



JULIA TEMPLETON

WIERAN THE BLACK





KIERAN El Negro

Julia Templeton

Si sujetas la espada en tus manos y colocas la punta en el broche de Kieran experimentarás un lado de la vida que nunca conociste.

Cuando la vieja hechicera de cabellos rizados cogió las manos de Lizzie Johnston, de treinta y nueve años y las envolvió en torno a la espada, se sintió rara. Pero no fue nada con lo que sintió cuando se encontró en el cuerpo de Lady Elizabeth de Aedelmaer, una joven sajona de veinte años de edad en 1067 y casada con el infame caballero normando llamado **Kieran**, **Kieran** el Negro, de uno noventa y ocho de altura, cabellos oscuros, con los ojos más azules que Lizzie había visto y un cuerpo duro como el granito. Lizzie, una mujer apasionada y decidida a llevarse al alto, moreno y peligroso caballero a su cama y ganarse su corazón, a pesar de la aversión declarada por la antigua Elizabeth hacia él. Solo que antes ella tenía que salvar su vida...



Prólogo

Kieran el Negro fue un famoso caballero normando, que según los rumores decapitó a tres soldados ingleses de un solo golpe con su espada, una espada que media casi dos metros, la misma altura del gran guerrero.

—¡Dos metros! —Lizzie sonrió y subió el volumen del “radio tour” que había alquilado en el mostrador de recepción.

Ella, junto con una docena más de periodistas, había logrado entrar en la anhelada exposición de Guillermo el Conquistador dos días antes de la apertura programada para el público. Siendo una amante de la historia y miembro de la Society of Creative Anachronism (SAC), había aceptado esta tarea inmediatamente y se había apresurado a confirmar su asistencia. Inmediatamente se separó del grupo yendo directa a la zona dedicada a Kieran el Negro.

Ahora, de pie ante las reliquias del último guerrero el corazón de Lizzie dio una sacudida.

¿Cómo habría sido vivir en la época de hombres como Kieran D’Arcy? cuando los hombres median 1,98 metros y tenían la constitución de un armario.

“Nacido en 1036. Muerto en 1067”.

—Solo tenias 31 años —dijo Lizzie en voz alta, resistiendo el impulso de recorrer con el dedo la fina talla gótica con el nombre del guerrero en la placa de mármol.

Algo sobre el guerrero removi6 su alma. Tal vez porque a la edad de siete años había dejado a su familia pobre para servir a alg6n caballero despiadado



que había realizado diferentes formas de abuso físico y verbal como castigo. Tal vez ese abuso había vuelto negro el corazón de Kieran. Tenía la mentalidad guerrera de asesinar o ser asesinado.

— ¿Te gustaría verla?

Sobresaltada, Lizzie se volvió para encontrar a su lado a una anciana de pelo blanco muy rizado y enormes ojos azules. Se quitó los auriculares.

— ¿Disculpe?

— ¿Te gustaría verla? — la anciana señaló con la cabeza la espada encerrada en una pulgada de grueso cristal.

— La espada del Negro.

Lizzie miró por encima del hombro. Al no ver a nadie más a su alrededor, se volvió hacia la mujer que llevaba un traje negro y blusa blanca, similar a los uniformes de los empleados de la sala de exposiciones.

— ¿Trabaja aquí?

La mujer sonrió y empujó el cristal. El lateral se abrió con un pequeño sonido de las invisibles bisagras.

Lizzie levantó las cejas, pero se mantuvo en silencio mientras la diminuta mujer levantó la espada con marcas de guerra sin hacer esfuerzo y la puso en sus manos repentinamente húmedas. Tropezó pero se mantuvo firme. La espada era pesada. Tan pesada, que casi la hizo caer de rodillas, y eso que ella tenía 1,67 de altura. La mujer a su lado debía medir 1,50 y había sujetado la espada con una mano.

Lizzie no podía creer su buena suerte. Quería más que nada tomar una fotografía de ella con la valiosa pieza, pero no se atrevió a preguntar por miedo a que alguien viera el flash de la cámara. Con su suerte, la sala de exposiciones de alguna manera encontraría la foto y ella y su revista serían prohibidos en el Reino Unido.

La mujer miró a Lizzie. Su expresión era seria.

— El Negro no era el hombre malo que quieren hacer creer.

Lizzie asintió.



—Se que no era malo. No pudo evitar ser lo que fue. Fue un producto de su tiempo. Un mercenario que vivió y murió por la espada.

—Es raro que digas eso. Yo estaba pensando lo mismo. Él era en gran medida un producto de su tiempo. Oh, y después de ser traicionado por su mejor amigo... Aunque fue tratado injustamente de varias maneras.

Sentía la espada caliente entre sus manos, y a cada segundo que pasaba lo estaba más.

La mujer se rió ligeramente.

—¿Conoces sobre el Negro entonces?

Lizzie sonrió, emocionaba por haber encontrado a alguien que compartiera su entusiasmo por el caballero.

—Sí, me fascina. No puedo explicarlo, pero...

—Existe el rumor de que si se mantiene la espada en las manos así —la mujer colocó sus manos sobre las de Lizzie— y apoyas la punta de la espada en el broche que le regaló a Kieran D’Arcy el propio rey Guillermo. ¿Ves el surco que hay a lo largo de la letra D? Pon la espada allí mismo... y serás capaz de experimentar la vida como nunca la has conocido.

Vale, ahora era ella la que estaba asustándose. Lizzie se volvió hacia la mujer que la miraba expectante.

Estaba a punto de preguntarle si estaba en una cámara indiscreta cuando la mujer le dio un codazo.

—Adelante... dale una oportunidad.

Lizzie miro por encima de sus hombros viendo que no había nadie e hizo lo que la mujer de dijo. Puso la punta de la espada encima del surco a la derecha de la letra D.

—¿Y ahora qué? —pregunto levantando las cejas, esperando que un equipo de cámaras apareciera gritando “sorpresa”.

La mujer sonrió, dio un paso atrás y dijo:

—Que tengas un buen viaje.



Capítulo 1

— La, la, la, la - la, la, la, la, lah...

La melodía sonaba repetidamente en la mente de Lizzie, hasta que abrió los ojos y gritó:

— ¡Ya es suficiente!

Se hizo el silencio ante su arrebató un segundo antes de que unas cortinas se abrieran y una mujer la mirara con los ojos abiertos por la emoción.

— ¡Milady, está viva!

Lizzie frunció el ceño. Yacía en una cama con dosel y pesadas cortinas rodeándola. Las cortinas fueron abiertas bruscamente por la mujer, la luz del día inundó la habitación casi cegándola.

Vestía una hermosa túnica color verde y oro con un cinturón de cuero que le recordaba la época medieval, la mujer corrió hacia la pesada puerta de madera.

— Voy a dar la noticia.

— ¿Qué noticia? — preguntó Lizzie, echando una mirada al cuarto. Un enorme tapiz floral cubría las austeras paredes. Dos sillas estaban cerca de la chimenea donde ardía el fuego, calentando la habitación de techo alto.

La mujer se detuvo tímidamente en la puerta y se giró.

— Voy a dar la noticia de que está bien Milady. Lleva usted en la cama desde el ataque. He tenido que obligarla a que se alimentara y bebiera durante semanas.

Lizzie se sentó contra el cabecero.

— ¿El ataque?



La mujer frunció el ceño, atravesó la habitación y puso la mano en la frente de Lizzie.

— ¿No recuerda el asedio?

Lizzie sacudió la cabeza.

— ¿Dónde estoy?

La mujer la miró afligida.

— Yo creo que...

— ¿Tiene esto que ver con Kieran el Negro?

La mujer respiró entrecortadamente.

— ¿Recuerda entonces?

A Lizzie el corazón le dio un vuelco. ¿Qué había dicho la anciana de la exposición? *Coloca la punta de la espada a la derecha de la letra D y serás capaz de experimentar la vida como nunca la has conocido.*

¿Podría ser que hubiera retrocedido en el tiempo?

Con el corazón latiéndole en los oídos, Lizzie sacó las piernas fuera de la cama y corrió hacia la ventana, abrió los postigos y miró fuera. La mansión estaba situada al lado de un río. A lo lejos, Lizzie pudo ver un castillo motte-and-bailey¹ casi finalizado asentado sobre un montículo. La torre y sus numerosas dependencias llenaban el enorme patio. Tras apoderarse de

1

Los primeros castillos eran del tipo conocido como motte-and-bailey. El motte era un montículo de tierra grande y nivelada, generalmente de 50 pies de altura, donde se levantaba una amplia torre de madera. Monte abajo había un terreno cercado con una empalizada de madera llamada Bailey. En ese terreno cercado, se construían depósitos, gallineros y chozas. Tanto el monte como la empalizada formaban una especie de pequeña isla, rodeada por un foso de agua, escavado para la construcción del monte, un camino empinado y estrecho conectaba las dos partes del castillo. En tiempos de peligro, las fuerzas defensoras retrocedían hasta la torre si la empalizada no podía ser defendida.



Inglaterra los normandos levantaron estructuras de madera para defender sus tierras recién adquiridas. Con el tiempo, las fortalezas de madera se convirtieron en preciosos castillos de piedra que aun existían en su tiempo.

Lizzie observó el patio y las tierras alrededor buscando a un hombre en particular. Tenía la sensación de que reconocería al guerrero inmediatamente.

– ¿Dónde está Kieran?

– Ha ido de caza milady.

– Regresará por la noche.

– Si milady. ¿Le preparo el baño?

Lizzie se pellizco. Sintiendo el pellizco en su piel, sonrió. No, no estaba soñando. Estaba en 1066 o 1067 en el cuerpo de...

– ¿Quién soy? – preguntó haciendo una mueca cuando la dama se quedó boquiabierta.

– Usted es Lady Elizabeth de Aedelmaer, la esposa del Barón D'Arcy.

– ¿Está vivo entonces?

El rostro de la mujer palideció.

– Por supuesto milady. Aunque me temo que su padre y hermano no fueron tan afortunados. Ellos no sobrevivieron en la batalla de Hastings.

El cerebro de Lizzie trabajó a toda velocidad, tratando de recordar la historia. Lord Aedelmaer y su hijo mayor habían muerto en la batalla, dejando a Elizabeth como única descendiente viva. Sabiendo eso, Kieran la obligó a contraer matrimonio. Por lo que Elizabeth cayó enferma en cama dispuesta a morir.

Eso fue lo que paso entonces o lo que está pasando ahora.

Y Kieran el Negro no sabría quien lo traicionó.



Un vestigio de pelo rubio flotó con la brisa y Lizzie tardó un segundo en comprender que le pertenecía a ella.

¿Pelo rubio? Ella tenía un pelo castaño con algunas canas no cabellos claros, casi blancos.

Hasta ahora. Ahora ella era la joven Lady Elizabeth Randal, no Elizabeth Johnson de treinta y nueve años, ex esposa de Brent Johnson, el gilipollas mujeriego.

Se arriesgó a mirar su cuerpo y se rió en voz baja. Dios, tenía un culo fantástico, pechos firmes y una cintura pequeña con caderas femeninas.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó Lizzie mirando hacia atrás a la mujer.

La criada miró a Lizzie como si la hubiera golpeado.

—Mary, milady.

—Perdóname Mary. Tengo dificultades para recordar el pasado.

Lizzie miró tras Mary y vio un vidrio ahumado. Contuvo el aliento.

Al ver su reflejo dejó escapar un suspiro aliviado.

—¡Sí!

Elizabeth tenía dieciocho años, como los que ella tuvo un día, no tenía una sola mancha en su piel de porcelana. Sus rasgos eran de una perfección absoluta, incluso el pelo largo y rubio que le caía en ondas sedosas hasta su prieto y redondo trasero. Sonrió para sus adentros imaginando lo que pensaría Brent si pudiera verla ahora.

¡La vida era maravillosa!

Lizzie se dio cuenta de que la otra ocupante de la habitación estaba confusa con su reacción. Se obligó a mostrar un semblante serio y se volvió hacia Mary.

—Soñé que el Negro me había convertido en una vieja bruja.

Mary la miró aliviada y sonrió.



– Milady eres tan hermosa como siempre.

¡La vida es buena!

Ella era joven y estaba casada con Kieran el Negro. Un escalofrío de emoción corrió por su espina dorsal. Vería al guerrero en carne y hueso.

– Búscame el vestido más bonito.

Ella se volvió hacia el espejo.

– Algo azul para que coincida con el color de mis ojos.

No había ni una sola arruga en su rostro. Lanzó un suspiro y se resistió al impulso de bailar por toda la habitación. Sus compañeros miembros del SAC no creerían esto.

Tres horas más tarde Lizzie estaba vestida con una túnica azul con bordados de oro y una faja dorada que pendía de sus pequeñas caderas. ¡Ahh! Pequeñas caderas... por primera vez. Caminó lentamente hacia el patio observando todo a su alrededor.

La torre de madera en la colina apareció ante ella. Los hombres trabajaban incansablemente en su estructura, incluso en la penumbra.

Las paredes de madera del patio median por lo menos tres metros de altura, mientras cruzaba el puente, varios soldados se detuvieron en la entrada al patio de armas y la miraron, sus expresiones mostraban sorpresa. Obviamente, ellos no esperaban que lady Elizabeth se hubiera recuperado tan rápidamente después de haber estado en cama durante tanto tiempo. Ella sonrió levantando las cejas en respuesta.

El Bailey crecía con la actividad. La sala era el único edificio completamente terminado. Los aldeanos y siervos trabajaban codo con codo en la gran estructura de piedra que Mary pensó sería la capilla. Qué extraño que los artesanos utilizaran, palancas, cinceles y paletas, tal como lo hacían en el futuro.

Había más edificios allí de lo que en un principio pensó. Un delicioso olor salía por la puerta de la cabaña del panadero.



—No milady, vamos retrasadas —dijo Mari tirando de ella fuera de la cabaña.

Habiendo sido independiente toda su vida, tendría que acostumbrarse a que un sirviente estuviera encima de ella constantemente.

La mano de Mary descansaba en el brazo de Lizzie guiándola hacia la puerta.

—Milady la cena ha empezado. Debemos ir a la sala.

La gran sala de dos plantas hervía de actividad. Sirvientes vestidos con túnicas de colores rojizos servían la cena en grandes platos. Las risotadas llegaban hasta ella incitándola a entrar. La música flotaba en la brisa de la tarde, el suave y melódico sonido de un laúd hizo sonreír a Lizzie. Había asistido a una recreación medieval el verano pasado junto a sus compañeros de la SCA, parecía casi igual excepto por alguna sutil diferencia.

La sala era enorme e impresionante, con grandes vigas de madera en el techo. Tapices increíblemente grandes cubrían las altas paredes. Una enorme chimenea encendida estaba situada en medio de la sala proporcionando calor a los habitantes. Largas mesas se alineaban y por encima de ellas una única mesa donde el señor de la fortaleza se sentaba con sus superiores.

El señor de la casa estaba sentado allí en ese instante.

Kieran el Negro.

El pulso de Lizzie se disparó.

Kieran el Negro. Era magnífico, de hombros anchos, muy musculoso, de pelo negro, ojos azules y fieros, que estaban fijos en algo al otro lado de la sala. Apartando la mirada del hermoso guerrero, Lizzie buscó lo que mantenía su atención. Una pelirroja medio desnuda, con los pechos apenas cubiertos por una cinta dorada, con una cintura pequeña y largas piernas, bailaba dirigiéndose al escenario, sus caderas se balanceaban provocativamente ante la agradecida audiencia.



Parecía que los hombres eran todos iguales, no importaba de qué siglo fueran.

No podría competir con la bailarina del vientre, se dijo sería. Pero era la nueva Lizzie, y deseaba a Kieran D'arcy. Lizzie se llevó la mano al vientre apartando el tejido, bajó el escote para que una buena parte de su busto sobresaliera por encima del corpiño.

¡Dios! Qué bueno era ser joven y tener los senos pequeños y firmes.

La cena ya había comenzado, así que tenía dos opciones: podría fácilmente deslizarse en uno de los bancos de las mesas de abajo viendo las idas y venidas o podría intentar salir de allí sin llamar la atención.

Miró a Kieran... su marido. El hombre más viril que había visto nunca. Exhalaba una ruda masculinidad. Un escalofrío de excitación la recorrió. Kieran se volvió hacia ella bruscamente. Sus miradas se encontraron, Lizzie contuvo el aliento.

Y casi se atragantó con él.

La ardiente mirada de Kieran se deslizó por su cuerpo, lentamente, como una caricia deliberada. Ella levantó la barbilla y los labios del guerrero se contrajeron. Se puso en pie, con su impactante altura.

¡Jesús! Realmente media casi dos metros de altura.

Le sonrió a pesar de su esfuerzo por impedirse hacerlo.

La sorpresa se dibujó en el rostro del guerrero.

— Ven, únete a nosotros, lady Elizabeth — su voz era baja y agradable — ven — le hizo una seña con la mano extendida.

Se escucharon exclamaciones en el salón, la música se detuvo y todos los ojos se volvieron hacia ella.

Bueno, al final había llamado la atención.



—¿Milady? —dijo Mary mirándola incomoda— ocuparé mi lugar con los demás.

—Está bien Mary. Te veré más tarde.

Sonriendo como una tonta, Lizzie se acercó al caballero que de cerca era más atractivo de lo que imaginaba.

Sus ojos azules contrastaban con el pelo oscuro y su piel morena, largas y gruesas pestañas cubrían sus parpados que, si los rumores no mentían, brillaban en el campo de batalla.

La túnica oscura se adhería a su ancho pecho y estrecha cintura. Las calzas ajustadas resaltaban sus largas y poderosas piernas. Su mirada se dirigió túnica azul abajo, sobre lo que claramente era un pene impresionante.

Lizzie se detuvo a unos metros de él cruzando las temblorosas manos.

El extendió la mano cogiendo una de ella y se la llevó a los labios. Tenía las manos bonitas, de largos dedos, callosas, grandes y masculinas, Y unos labios suaves y llenos.

Lizzie tragó con fuerza ante el nudo que tenía en la garganta. Habían pasado seis años desde que tuvo relaciones sexuales. Seis años desde su divorcio. Permanecer tan cerca de los casi dos metros de violenta masculinidad la hizo ser consciente de que su cuerpo respondía a sus caricias. Se le endurecieron los pezones cuando recorrió de nuevo con la mirada el poderoso cuerpo. Definitivamente Dios había roto el molde cuando hizo a este *chico malo*.

Cuando sus miradas se encontraron un lado de su boca se levantó en una media sonrisa.

—*¿Petit celui, aimez-vous que vous voyez?*

Le costó un momento recordar que el hombre era francés y que el inglés era un idioma recientemente aprendido. Había estudiado dos años de francés en la escuela secundaria, así que unió las palabras que había dicho. *¿Pequeña, te gusta lo que ves?*



Su pulso se aceleró cuando se puso de puntillas y le susurró al oído:

– De hecho milord, así es.

Por primera vez en sus treinta y un años, Kieran no estaba preparado para un adversario, sobre todo si era una simple mujer. En especial con la forma de una hermosa joven de dieciocho años, hija de un lord Sajón que había luchado contra el matrimonio con uñas y dientes, que se había postrado en la cama, matándose de hambre, en lugar de acudir a ella de buen grado. Su esposa.

Sin embargo, esta mujer, esta zorra descarada, tenía poco que ver con la fría mujer que juró proteger hasta la muerte. No, los ojos de esta mujer mostraban una pasión que le quitaba el aire de sus pulmones. Ella le miró, su mirada azul claro persistente sobre su miembro. Antes de sostener su mirada otra vez. Sin rubor, sin risas nerviosas, solo una insinuante sonrisa que prometía mucho.

Hizo un gesto hacia la mesa donde sus hombres, siempre alerta, observaban con atención.

– Por favor, toma asiento, milady.

Elizabeth pasó junto a él, sentándose a su derecha en el lugar que su vasallo Hugh acababa de abandonar.

Hizo un gesto para que la música comenzara de nuevo. Quería tiempo con esta encantadora criatura, su esposa, sin que los demás escucharan cada palabra que decían.

Kieran se sentó, su mirada vagó sobre ella. Elizabeth siempre había sido bella pero cuando sonreía como lo hacía ahora, elevaba su belleza a otro nivel.

– Estoy contento por tu recuperación, milady.

Ella le sostuvo la mirada sin parpadear.



–Gracias. Nunca me he sentido mejor.

En verdad sus ojos y su piel brillaba, algo muy extraño para una persona que había estado tan cerca de la muerte no hace tanto tiempo. Tenía que acordarse de agradecerle a la criada el que la obligara a comer.

–Hablas de manera diferente.

Ella volvió a sonreír mostrando unos dientes pequeños y blancos.

–¿Lo hago? Bueno supongo que debo decir lo mismo de ti.

Kieran vio la diversión en sus ojos y se preguntó lo que había querido decir exactamente. Obviamente ella entendía el francés, se había sorprendido cuando había respondido a su pregunta, se rió entre dientes, encontrando refrescante su rápido ingenio. Si hubiera sabido que esta era la verdadera naturaleza de su esposa, no la habría dejado languidecer durante tanto tiempo. Pero como ella no había mostrado ningún interés en él, había llevado a su amante a su cama.

–¿Te gustaría romper tu ayuno, milady? –Preguntó haciendo un gesto al criado–. Pareces débil por la falta de alimento.

Ella acercó la silla a la mesa.

–De hecho, me comería un caballo.

Sus ojos se abrieron.

Lizzie se echó a reír.

–No literalmente, milord. Aunque mi estómago ha estado gruñendo durante horas. Mary fue muy amable al traerme algo de pan cuando desperté, pero difícilmente me mantendría durante el resto de la noche.

–Sí, sobre todo cuando has estado tanto tiempo sin comer.

El sirviente colocó una fuente ante ella.

–Gracias –dijo, guiñándole un ojo al joven cuyas mejillas se ruborizaron.



Kieran había hablado muchas veces con los aldeanos desde que tomó posesión de Aedelmaer, cuando les preguntaba a cerca de su esposa, la respuesta era siempre la misma. Elizabeth era una joven tranquila y educada, era terriblemente tímida y apenas salía de la mansión. La encantaba bordar y tejer. Había pensado meterse a monja.

En verdad Kieran creía que Elizabeth era muy tímida. En su primer encuentro, ni una sola vez le miró a los ojos, más bien estuvo mirando el broche de su capa. Pero ahora, la Elizabeth sentada a su lado, guiñaba los ojos a los sirvientes, sonreía a los criados que estaban en la parte inferior, y miraba alrededor de la sala como si fuera la primera vez que la veía. Una tímida doncella no hacía eso. No, Elizabeth tenía una sagacidad que lo intrigaba inmensamente.

Elizabeth suspiró, cogió la carne de paloma con sus delicados dedos y sonrió al saborearla. El criado notando su gran apetito le trajo un plato de potaje humeante. Comía con desenvoltura, apenas deteniéndose para tomar un sorbo de cerveza.

Ella hizo una mueca.

—¿No encuentras la cerveza de tu gusto? —la preguntó.

Elizabeth levantó la mirada de sus ojos azules cálidos y suaves.

—Está bien, simplemente es que no estoy acostumbrada.

Ella le sostuvo la mirada tan fijamente que Kieran se removió en su asiento. No estaba acostumbrado a que una mujer lo observara tan intensamente. Si una mujer lo deseaba, simplemente le mandaba miradas coquetas durante toda la noche. Sin embargo Elizabeth ni una vez apartó su mirada de él. Le miraba como si fuese la primera vez que se encontraban y a ella parecía gustarle lo que veía...incluso lo había dicho. Su boca sonrió y ella se volvió para mirar la sala.

—¿Quién es esa? —señaló con la cabeza el lugar donde Gwendoline, su amante, bailaba.



La belleza de pelo castaño le miró, mientras movía las caderas atrás y adelante girándolas de una forma que generalmente hacía que su miembro se endureciera como una roca. Volvió a mirar a Elizabeth, que lo miraba fijamente esperando una respuesta. Qué extraño era hablar de su amante con su esposa.

—Es sajona.

Había encontrado a la mujer en un pueblo cerca de Aedelmaer. Su choza junto a las de los demás aldeanos habían sido reducidas a cenizas, junto con sus campos y cultivos. Había endurecido su corazón hacía mucho tiempo, por los caminos de la guerra, ignorando los gritos de dolor y angustia, eso fue lo que le valió el apodo de The Black One. Sin embargo, no había podido ignorar a Gwendoline. Estaba sentado en su caballo, mirando a sus caballeros en formación para destruir la aldea. La chica había salido de la nada y se había aferrado a su pierna, diciéndole que haría cualquier cosa si perdonaba a la aldea.

La aldea no se había librado, pero se la había llevado con él. Es cierto que no conocía a Elizabeth en aquel tiempo, pero tras su poco entusiasta recibimiento, guardó un lugar para Gwendoline en su cama.

—¿No tiene nombre? —la voz de Elizabeth llena de sarcasmo rompió sus pensamientos.

Sus labios se contrajeron.

—Gwendoline.

El paje le puso un tazón de pudin ante ella y le sonrió dulcemente al chico. A su vez el muchacho la miró con adoración. Probó el pudin hizo un gesto de desagrado y colocó la cuchara en el tazón.

—¿No te gusta? —él preguntó lo obvio.

—Pensé que sería más dulce — dijo distraídamente, sentada en el banco, sin apartar la mirada del insinuante cuerpo de Gwendoline.



Sentados en silencio, Elizabeth miraba a Gwendoline, y él miraba a Elizabeth. Se enderezó en el banco, sus senos elevándose por encima del corpiño del vestido. Ella levantó la barbilla y lo miró levantando una ceja.

—¿Es tu amante, verdad?

Kieran se atragantó.

—Es lo que pensaba —ella sonrió diabólicamente y para su sorpresa su corazón latió desbocado— puedo decirlo por la forma en que te mira. Prácticamente te está desnudando con la mirada. Ninguna mujer sería tan osada a menos que ya te hubiera visto desnudo.

¡No podía dar crédito a lo que escuchaba! Ninguna mujer debería hablar así, pero esta mujer, esta dama... no, su esposa, lo hacía y sin sonrojarse. Su inglés era diferente a todos los que había escuchado, pero él lo encontraba... fascinante.

Lizzie se rió en voz baja.

—Y por la expresión furiosa en su cara, creo que es seguro decir que no lo hará esta noche, me refiero a calentar tu cama. Es una pena...

Kieran se sentía como si estuviera soñando. Elizabeth verdaderamente no estaba diciendo lo que él pensaba que estaba dando a entender ¿verdad? No sabía si sentirse ofendido o divertido porque su esposa hablara con tanta franqueza.

Pronto llegó a la conclusión de que estaba contento de tener a una Elizabeth sonriente, en vez de a la fría y llorosa niña histérica que había conocido a su llegada a Aedelmaer.

Elizabeth se quitó los zapatos, cruzó las piernas y se apoyó en el brazo del banco, acercándose a él.

Olía a jazmín y alguna cosa más...

—¿Es palisandro? —preguntó desesperado por cambiar de tema.

Ella le miró.



—Sí lo es. Huele —dijo acercándole su delicada muñeca.

Kieran miró la piel blanca y suave, expuesta como un sacrificio ante él, no pudo evitarlo, alargó la mano y con los dedos delicadamente se llevó la muñeca a la nariz.

—¿Qué te parece? —le observó atentamente, expectante— ¿huele bien, verdad?

¿Quién era esta bruja a su lado? Esta mujer que hablaba de cosas de las que solo los hombres se atreverían a hablar. La mujer que le pedía que oliera su piel, que se quitaba los zapatos, que enseñaba los tobillos y las delicadas medias, no solo a él, sino a toda persona que se sentaba en la tarima de abajo. Su miembro se endureció palpitando sin piedad contra su vientre.

Se removió en el asiento con la esperanza de aliviar el repentino dolor.

—Es agradable ¿verdad?

Inhaló de nuevo, resistiendo la tentación de cerrar los ojos. Los otros le observaban de cerca, especialmente sus soldados. Podía sentir su mirada en él. No era bueno que se mostrara perdidamente enamorado de Elizabeth, aunque ella fuera su esposa.

Soltó su muñeca.

—¡Oh, mira, ahí viene tu amante! —la voz de Elizabeth destilaba ironía.

Gwendoline se acercó a él balanceando las caderas con provocación, las campanillas en sus muñecas, tobillos y caderas, titilaban a cada paso. Pocos parecieron notar su acercamiento, de lo que Kieran estaba agradecido. La mujer no sabía su lugar, ¿cómo se atrevía a acercarse a él ante sus hombres... y lo que era peor todavía, ante su esposa?

Estaba furioso. Le dirigió una mirada de advertencia. Pero ella la ignoró y siguió aproximándose.



Elizabeth parecía estar entretenida mientras observaba acercarse a Gwendoline. Se sentó en el banco con la espalda recta y una leve sonrisa en su perfecto rostro y miró a la mujer sin pestañear.

—Por algún motivo tu amante no parece estar muy feliz contigo... o conmigo. ¿Será acaso que estoy sentada en su asiento?

Él no tuvo tiempo de responder.

Gwendoline se paró a su lado con las manos colocadas en sus generosas caderas.

—Milord, voy a retirarme a mis aposentos —su mirada fue de él a Elizabeth durante un segundo, con aparente furia.

La expresión de Elizabeth no cambió nada... apenas una pequeña sonrisa cómplice.

—¿Va a unirse a mí en breve, milord?

La sangre rugía en los oídos de Kieran. No podía creer que su amante le humillara a él y a su esposa acercándose abiertamente en la sala para hacerle una pregunta tan íntima.

Elizabeth le dio bruscamente la espalda, poniendo toda su atención en el hombre a su derecha, el vasallo de Kieran, Hugh Vesli. Hugh era seis años más joven que Kieran, de piel blanca mientras que la de Kieran era morena.

Hugh se inclinó hacia adelante susurrando algo a Elizabeth en el oído, lo que la hizo soltar una carcajada. Donde quiera que fuese, las mujeres iban a Hugh como las abejas a la miel, y ahora no era diferente, pues, las carcajadas de Elizabeth se escucharon nuevamente.

No era diferente... salvo por que la mujer que se reía era su esposa.

Este levantó la jarra de cuero y dio un gran trago de cerveza. La sangre corría por sus venas, y no era por la mujer que estaba a su lado esperando una respuesta. No, él deseaba levantar el vestido de su esposa y tomarla hasta que gritara su nombre.



Dejó la jarra y a punto estuvo de volcarla cuando Elizabeth se echó a reír de nuevo.

– Te deseo buenas noches, Gwendoline.

Las palabras fueron secas y cortantes. La mujer apartó la mirada con las mejillas rojo llameante, dándose cuenta demasiado tarde de su error al acercarse a él en la sala.

Conociendo lo bien dispuesta que era la muchacha, esta noche encontraría el camino a su habitación de cualquier manera. Él había ocupando la habitación del lord del castillo sajón hasta que la torre estuviera terminada. La habitación estaba al final del pasillo donde se encontraba la de Elizabeth, un cuarto que evitaba desde que esta enfermó. En una ocasión Kieran visitó a su esposa, había encontrado el cuarto demasiado sofocante y lo había evitado desde entonces.

Sin embargo, se preguntó si podría visitarla ahora que se encontraba bien. Visiones de Elizabeth, de sus pechos y la mata de rizos pálidos que cubrían su sexo asaltaron su cabeza, haciendo que su polla se sacudiera y latiera.

– Me alegra saber que Elizabeth se encuentra bien – Hugh arrastró las palabras con una sonrisa ladeada, que pareció afectar a Kieran. Su vasallo de confianza había cabalgado con él durante años, y en verdad pensaba en él como en un hermano... pero ahora Kieran ansiaba acabar con su vida.

Durante la siguiente hora, Kieran bebió cerveza y soportó la charla de su vasallo y su bella esposa sajona que parecía haber hechizado a todos los que estaban a su alrededor. Estaban inclinados hacia adelante en sus asientos, fascinados con su extraño acento. Ella asentía a todo lo que decía Hugh, pareciendo cautivada por las oleadas de coraje de las que se jactaba. Una de las veces ella descansó la mano en el bíceps de Hugh, lo que hizo que Kieran casi saliera de su piel por los celos.

La mayor parte de sus hombres, probablemente no sabían casi inglés, no tenían ni idea de lo que decía, pero no parecía importarles. Todo el mundo reía cuando lo hacía Elizabeth, en verdad su risa tenía una cualidad contagiosa que hacía que todos desearan por lo menos sonreír. Sus encantadores modales se



contradecían con los de la mujer que había llorado durante toda la corta ceremonia de su boda. La mujer que había jurado que prefería morir a ser *“la esposa de un sucio normando”*.

No tenía sentido. Nada tenía sentido, ni los celos que amenazaban con estrangularlo.

Hugh se inclinó más cerca de Elizabeth sus labios a escasos centímetros de su oreja, mientras le susurraba algo que Kieran no pudo escuchar. Su pelo rubio se movió... las trenzas sedosas flotaron...

Con una maldición Kieran se levantó bruscamente, su silla chirriando terriblemente contra suelo. Todos los ojos se volvieron hacia él, incluyendo Elizabeth, quien los alzó brillantes de buen humor y vibrante salud.

¿Qué haría ella si se la echaba al hombro? Un nervio se contrajo en su barbilla. Forzó una sonrisa. Por Dios, realmente estaba temblando.

– Te deseo buenas noches, esposa.

Elizabeth sonrió.

– Buenas noches, marido.

Sin más comentarios, Lizzie volvió su atención a Hugh.

Hugh ajeno a su imprudencia, le hizo un gesto con la cabeza para sonreír seguidamente a Elizabeth. Kieran se despidió... cuando lo único que quería hacer era tomar a la dama en brazos y llevársela a la cama.

Tal vez lo mejor sería que llevara a su amante a la cama esta noche y embestirla contra el colchón. Su cuerpo ansiaba como nunca antes la liberación. El deseo que su esposa había construido dentro de él había llegado a un punto febril que nunca había conocido. Incluso ahora podía oler el embriagador aroma del cuerpo de Elizabeth, la sensación de su suave piel mientras le sostenía la delicada muñeca.

Sacudió la cabeza para apartar los pensamientos. La mujer estaba tramando algo. No podía pasar de ser una casi muerta dama insensible, a una zorra



sonriente en un abrir y cerrar de ojos. No, no confiaba en ella. ¿Qué podía haber causado tal transformación?



Capítulo 2

Recorriendo el camino a la fortaleza, Lizzie sintió en ella los ojos de Hugh Vesli, el vasallo de confianza y mano derecha de Kieran. El guapo hombre la miró con descaro y una sonrisa radiante al saludarla. Que descarado y arrogante era. ¡Traidor!

– Eso es, chico guapo. Ahora sonríes, pero te garantizo que no será por mucho tiempo.

– ¿Dijo algo milady?

Lizzie se había olvidado de Mary que ya estaba en la puerta de la mansión sujetándola para que pasara.

– Estaba comentando sobre Hugh. Es muy guapo ¿verdad?

– Eso no me corresponde a mi decirlo, milady – la doncella pareció confusa.

– ¿Pero tendrás una opinión, no es así? – dijo Lizzie entrando en el oscuro vestíbulo donde las velas parpadeaban en el interior sombrío y frío. La sala había sido descuidada en los últimos años. Elizabeth siendo la señora del hogar, no había contribuido mucho dándole toques femeninos. Un tapiz enorme que ocupaba toda la pared representaba una escena de caza, con sangre y vísceras. Lizzie decidió que sería la primera cosa en salir de allí – . ¿Bien, Mary me vas a decir algo?

– Sí, creo que Sir Hugh es guapo, pero mi señor también lo es.

Lizzie sonrió para sus adentros. La mujer no era ciega. Todas las mujeres del salón prácticamente jadeaban tras Kieran, especialmente la pelirroja bailarina del vientre. La perra.

– ¿Lo crees?

Mary asintió enérgicamente.

– Sí, cuando mira con esos ojos, es como mirarse en un zafiro.



Lizzie resistió el impulso de reírse al ver la expresión feliz en el rostro de la sirvienta.

—Cuánta razón tienes, Mary. Dime, ¿qué sabes de tu señor?

—Su señoría es muy querido entre su gente. Me atrevería a decir que ha sido muy amable con los sajones, aunque muchos no piensen así. En verdad, me siento afortunada de tener un techo sobre nuestras cabezas cuando muchos otros no lo tienen. Si somos leales y le respetamos, él a su vez nos protegerá.

Elizabeth empezó a subir las escaleras hacia el dormitorio.

—¿Y que sabes de esa Gwendoline?

Mary se encogió de hombros.

—No sé nada de la mujer, solo que llegó con el señor.

—Y desde entonces comparte su cama.

Mary captó el sarcasmo.

—¿Eso no le gusta? Usted pareció aliviada por que él tuviera una amante. Usted le dijo que estaba prometida a Lord Richard de Langaer. El barón D'arcy le contó que este se había prometido con otra, una bella viuda de un rico conde normando.

Lizzie paró de subir las escaleras girándose hacia Mary.

—¿Fue por eso que me encerré en mi misma?

Mary asintió con la cabeza.

—Al nacer, usted fue prometida a lord Langaer, y en los últimos años creo que usted le amó, aunque no sé por qué.

—¿Qué quieres decir?

—Es un hombre cruel, milady. He oído rumores de que pega a sus siervos ante la más mínima falta. Creo que esta mejor con el barón D'arcy.

—¿Qué pasó con Richard?

Mary se acercó un paso. Miro por encima de su hombro y luego al largo pasillo donde estaban las habitaciones de Kieran.



– Richard juró lealtad al rey William, sin embargo, circula el rumor de que está involucrado en un levantamiento sajón.

– ¿Qué pasó con su prometida normanda?

– Muerta – susurró Mary – La noche de su boda.

Un molesto pensamiento atravesó la mente de Lizzie. Richard parecía lo suficientemente malvado como para haber sido el responsable de la muerte de Kieran. Los rumores que rodeaban su muerte, habían circulado durante siglos. El problema era ¿quién había sido el responsable? Después de la masacre, solo un escudero había conseguido llegar a Aedelmaer con vida, este le había dicho al mayordomo del castillo que Hugh de Vesli había matado a Kieran D'arcy.

Lizzie se tocó los labios con un dedo.

– Vamos a callarnos. No quiero molestar a Kieran.

Lizzie pasó directamente a su cuarto, pero Mary se detuvo. Ella se giró y la criada movió la cabeza susurrando la palabra “no”.

Lizzie le hizo gestos. La criada dejó caer los hombros, pero hizo lo que su ama le mandó, siguiéndola.

Poniendo la oreja en la puerta, Lizzie escuchó. Los ojos de Mary se agrandaron y su boca se abrió. La puerta de por lo menos siete centímetros de espesor era impenetrable. No había manera de saber lo que pasaba al otro lado.

– Alguien viene – dijo Mary tirando del brazo de Lizzie. Llegaron a la puerta de la alcoba de Lizzie justo cuando el escudero de Kieran subía el último escalón –. Es el escudero del señor.

– Milady – dijo el joven inclinando la cabeza.

Lizzie sintió una oleada de compasión por el muchacho que perdería la vida con Kieran en la emboscada. En su adolescencia había vivido una vida similar a la de su señor, ser llevado a servir a un desconocido que a su vez sería su mentor en su intento por convertirse en un guerrero.

El joven hombre de cabello rubio y largo hasta los hombros, hermosos ojos verdes y rasgos casi femeninos, no parecía ser capaz de matar ni a una mosca. Una maternal compasión llenó a Lizzie que resistió el impulso de abrazarlo.



—¿Cómo te llamas escudero? —Lizzie le preguntó poniendo una voz autoritaria.

—Olivier, milady —dijo desviando la mirada a la pared tras ella.

—¿Cuánto tiempo hace que trabajas para el señor? —preguntó Lizzie.

—Once años, milady.

¡Once años!

¡No podía tener más de cinco años cuando comenzó!

La puerta al final del pasillo se abrió y Lizzie se dio la vuelta. Kieran apareció en el oscuro pasillo sin nada más que un lienzo cubriéndole las caderas. Ella tragó saliva. Tenía un cuerpo espectacular, duro, con los músculos delineados bajo la suave piel oliva. Claro, que tenía algunas cicatrices en el pecho, y una aun más desagradable en la ingle que aparecía hasta más abajo del lienzo, pero las plateadas marcas le hacían aun más... peligroso. Un escalofrío recorrió la espalda de Lizzie, al fantasear como sería sin la tela.

Kieran carraspeó y Lizzie apartó la mirada. Sus ojos azules estaban oscuros, brillantes, los parpados pesados de pasión, igual que Brent, su ex marido, había estado al principio de su matrimonio, antes de convertirse en un gilipollas adúltero. Brent no le llegaba a Kieran a los talones. Kieran era todo un hombre, que vivió y murió por la espada, sin embargo Brent es un hombre que vivía y moría por el dinero que tenía en el banco y por cualquier trofeo que pudiera colgar de su brazo.

Se obligó a apartar el horrible pensamiento, centrándose en el aquí y ahora.

—No tienes otras obligaciones que atender Olivier, ¿además de entretenerte en el pasillo con las señoras? —preguntó Kieran con voz ronca.

Olivier se ruborizó hasta la raíz del cabello y movió la cabeza.

—No milord. Iba a su cuar...

—En realidad yo lo entretuve —dijo Lizzie sonriendo a Olivier. El muchacho se la devolvió, hasta que miró en dirección a Kieran que se convirtió en una máscara sombría — no pretendíamos *interrumpirte*.

Kieran frunció el ceño.



— ¿Qué diablos quieres decir con *interrumpirme*?

Lizzie sonrió con suficiencia mirando al lienzo. Pudiendo ver que su pene había cobrado vida, presionando contra el estrecho confinamiento de la tela. Su sangre se calentó, precipitándose por su vientre, causándole una vibración en las piernas. Sería un animal en la cama. Una imagen de él penetrándola vino a su mente, por lo que apretó las piernas con fuerza.

— ¿Qué crees que quiero decir? — preguntó levantando las cejas.

Abrió la boca pero no dijo nada, ella lo había sorprendido.

Este caballero normando necesitaba una pequeña sacudida. Ella no era una mujer dulce y suave, había vivido treinta y nueve años, había tenido su cuota de dolor y sufrimiento, y lo más importante, conocía a los hombres. Sabía que tenían la capacidad de matar el espíritu de una mujer, hacerla sentir que no valía nada, dejando su autoestima por los suelos, mientras se iban a la cama con una mujer con la mitad de su edad, casándose con ella antes de que la tinta del certificado de divorcio se hubiera secado.

¡Pero no más! Ella tenía un nuevo comienzo y por Dios, que lo viviría como si no hubiese un mañana. Y empezaría llevándose a este guerrero a su cama lo más rápido posible.

Kieran se aclaró la garganta.

— Duermo solo, Elizabeth.

Su confesión sorprendió a Elizabeth y por su expresión también debió hacerlo a él por decirlo.

Ella sonrió esperando que el alivio que sintió al oírlo no fuera demasiado evidente.

— Entonces no te entretengo más — Lizzie se giró hacia Mary, que miraba sin parpadear al musculoso Kieran — vamos Mary — dijo empujando a la criada a la habitación y cerrando la puerta.

Al otro lado de la puerta Mary se volvió a Lizzie.

— Él no está contento con usted, milady.

Lizzie se encogió de hombros.



—No me importa lo que sienta por mi —fue una gran mentira, pero Mary no tenía que saberlo todo.

—Deje que la ayude a quitarse el vestido y luego la dejaré dormir un poco. Estoy segura que tanto ajetreo la ha agotado.

Mary puso un camisón encima de la silla cerca del fuego, y procedió a encender velas por la habitación.

—Está bien. Me iré a dormir sin tu ayuda.

Mary pareció ofendida y Lizzie sonrió tranquilizándola.

—La habitación está fría, quiero calentarme los huesos antes de ponerme el camisón.

Mary avivó el fuego con el rostro impasible.

—Milady, dice usted que recuerda poco del pasado.

Lizzie que observaba las llamas se volvió hacia Mary.

—Es verdad. Recuerdo muy poco.

La criada se mordió el labio.

—Parece usted tan diferente. Tan pero tan diferente a la niña que conocí desde que nació...

—¿Diferente? ¿De qué manera?

—En todos los sentidos. Usted ha sonreído más hoy que ninguna otra vez — Mary sonrió—. Me alegro que haya vuelto, señora, me alegro de verla feliz.

—¿No era feliz antes?

Lizzie sabía la respuesta antes de que la criada respondiera.

—No, usted no era feliz, de hecho era muy desgraciada.

—Eso fue en el pasado, Mary. No seré la antigua Elizabeth nunca más. Escogí ser feliz. No puedo cambiar lo que ha pasado, no puedo traer de vuelta a mi padre y mi hermano. Estoy casada con Kieran, así que voy a aceptar mi situación y sacarle el máximo partido.

—Me alegro —Mary cogió la mano de Elizabeth acariciándosela— quiero que sea feliz. Quiero que haga feliz al señor.



– Pretendo hacer exactamente eso.

Sin decir otra palabra la criada fue a abrir la cama. Tenía muy poco tiempo para seducir a Kieran, convencerlo de que confiara en ella y luego contarle el plan de Hugh para que lo mataran.

No sería una tarea fácil.

Su mente se dirigió al cuerpo duro como una roca de Kieran, y la promesa de lo que había bajo el lienzo que envolvía sus estrechas caderas. Su erección era enorme. Mucho más que la de Brent. Negó con la cabeza lamentando haber perdido diez años con un hombre que la había utilizado como un felpudo.

– Le dejo milady. Volveré mañana para despertarla.

Lizzie miró por encima del hombro a la criada que salía por la puerta.

– No muy temprano, ¿eh?

Los ojos de Mary se abrieron.

– Por supuesto, señora.

Lizzie se despertó a la mañana siguiente. Aunque estaba agotada, tardó en conciliar el sueño, sobre todo sabiendo que Kieran dormía al otro lado de la pared. Durante toda la noche los pensamientos sobre el cuerpo casi desnudo del guerrero invadieron sus sueños, haciéndola sudar y con las sábanas enredadas en su cuerpo excesivamente sensible. Con el corazón latiendo con fuerza, sus dedos avanzaron entre las piernas, recorriendo la carne sensible donde quería que Kieran la tocara. Con una maldición saltó de la cama dirigiéndose a la ventana, dejando que el aire frío aclarara sus calientes pensamientos. No quería tocarse, quería que Kieran la tocara... por todas partes.

Al diablo, hoy sería el día.

Ahora con el amanecer de un nuevo día, su intención era clara. Tenía que salvar de una muerte segura a Kieran.



Y por lo tanto tendría que ganarse su confianza, no era algo fácil de hacer cuando Elizabeth había jurado que prefería morir antes que someterse a él. Lizzie sacudió la cabeza. Esa Elizabeth no tenía mucha cabeza. ¿Acaso estaba ciega? Kieran D'arcy avergonzaba a todos los hombres. Guapo a morir, alto y con un cuerpo espectacular, Lizzie creía que la chica debía de haber agradecido a las estrellas su suerte y bailar todo el camino hasta la capilla.

Kieran había visto su cambio esa noche, pero solo era el comienzo. Lizzie Johnson iba a remover el mundo de Kieran el Negro.

Con ese pensamiento, Lizzie se refrescó con un paño humedecido en agua de rosas. Visiones de un jacuzzi cruzaron su mente y por un momento sintió nostalgia.

Qué triste era que tuvieran que pasar siglos para que el mundo experimentara el agua corriente. Poniéndose su falda más ajustada, Lizzie se dirigió al salón principal encontrándolo prácticamente vacío, excepto por algunos siervos que limpiaban. Como dicen... si te duermes, pierdes baza. Definitivamente se madrugaba en esta época.

Lizzie encontró a Mary en el patio. Ella le dijo que Kieran y sus hombres habían ido a cazar.

—¿Desea que camine con usted? —preguntó Mary, pero Lizzie negó con la cabeza.

—No es necesario, solo quiero aclarar mi cabeza. —A decir verdad, Lizzie solo quería tiempo para pensar, crear estrategias y orientarse. Caminó por el patio, observando a los constructores trabajar.

Sonrió reconociendo un rostro conocido entre los extraños, Olivier. Le saludó con la mano, él rápidamente desvió la mirada.

Lizzie frunció el ceño, y paseó saludando a todo el mundo que reconoció, se dio cuenta que Olivier estaba cerca. La mayoría de las personas eran amables, otros la miraban asombrados, con la boca abierta, obviamente sorprendidos por la transformación de Elizabeth. Quería a esa gente, eran su pueblo, y ganarse su confianza y la de su señor era parte del plan final.



Abandonó el patio dirigiéndose a la aldea, viendo a su sombra seguirla muy de cerca. Al ver algunas cabañas aceleró el ritmo, pasó junto a un hombre con una carreta cargada y se deslizó detrás de una choza con el techo de paja.

El pánico cruzó el rostro de Olivier, mientras se detuvo en medio del camino, mirando en todas direcciones, incrédulo. Sin duda temía enfrentarse a la ira de su señor feudal, cuando le dijera que la había perdido de vista.

De espaldas a ella, se quitó el sombrero pasándose los dedos por el pelo.

Lizzie caminó hasta él tocándole en el hombro.

– Buenos días, Olivier.

El muchacho casi se salió de su piel.

– Milady – dijo con el rostro enrojecido.

– Si no te conociera, diría que me estas siguiendo.

Se negó a mirarla, así que le levantó la barbilla con los dedos, encontrándose con su mirada inquebrantable.

– Me mandaron a vigilarla, milady.

A pesar de que ya sabía quién se lo ordenó, preguntó:

– ¿Quién te lo dijo?

– El barón D'arcy.

Kieran.

Lizzie cogió la mano de Olivier.

– Bueno, si vas a hacerlo, quizás también podríamos divertirnos.

Olivier demostró ser una persona divertida, aunque un poco asustadizo. No importaba donde estuvieran, el joven miraba continuamente por encima del hombro, como si temiera que Kieran apareciese de pronto. Lizzie sabía que Olivier había tenido una vida dura, y deseaba que tuviera solo una muestra de lo que la vida le podía ofrecer, que se sintiera importante, al menos durante un rato. Además le gustaba su compañía. La hacía sentirse joven. A los ojos de Olivier, ella era una joven princesa sajona, no mucho mayor que él. Por primera vez en mucho tiempo Lizzie realmente se sentía joven de nuevo.



Pasaron una hora en la aldea, hablando con los campesinos y siervos, finalmente terminaron en el río, lanzando piedras.

— ¿Cómo llegaste a servir a Kieran?

Olivier lanzó una piedra que llegó más lejos que las demás, por lo que sonrió, el gesto hizo que el corazón de Lizzie se encogiera. Sintió afinidad por el joven, como lo haría una tía con su sobrino favorito, o una madre por su hijo. Hizo una mueca, durante años había deseado tener un hijo, sin ningún resultado. Ella y su ex esposo Brent, habían sido hijos únicos, por lo que en su vida no había sobrinos ni sobrinas. La nueva esposa de Brent había dado a luz solo dos meses después de la boda, una prueba de lo que había estado sucediendo a espaldas de Lizzie.

— Me convertí en paje de milord en Normandía. Tenía seis años, soy el cuarto hijo de mi familia. Mi padre creyó que el barón D'arcy podría darme una vida mucho mejor de la que él podía. Sabe usted que mi señor comenzó siendo un mercenario.

Lizzie lo sabía, pero le agradaba el entusiasmo del joven y la forma en que sus ojos se iluminaron cuando hablaba de su señor feudal.

— ¿De verdad?

Olivier asintió.

— Si, milady. D'arcy es el más fiero caballero de todos los hombres del rey William. Es uno de los hombres de confianza del rey, y yo le seguiré hasta los confines de la tierra.

E incluso hasta la muerte...

Lizzie apartó el indeseado pensamiento a un lado, no podía imaginar que le quitaran la vida al joven a su lado. Solo de pensarlo le daban ganas de tirar de él y abrazarlo para protegerle.

Sin poder evitarlo, le apartó de los ojos un rebelde mechón de pelo. Él se ruborizó, pero no se apartó. Sin duda no había conocido la sensación de tacto de una madre sobre su mejilla desde que era un bebé. Lizzie sonrió y tomó su mandíbula.



—Entonces es el hombre más afortunado por tener un escudero como tú. Un día Olivier, serás un caballero feroz y con un poco de suerte el maravilloso marido de una mujer.

Ella dejó caer la mano y rápidamente desvió la mirada.

—¿Qué piensa Kieran de mi? —preguntó tocándole en el codo, con la esperanza de resolver su inquietud.

Olivier la miró con el ceño fruncido, como si fuera tonto.

—Piensa que usted es muy bella, milady.

—¿Eso dijo? ¿Mucho?

Olivier asintió.

—Sí, lo hizo. También mencionó que cuando llegamos por primera vez a Aedelmaer le pareció muy diferente.

—Ah, ¿sí? Diferente... ¿De qué manera?

—Usted no decía nada, excepto que prefería morir antes que ser la esposa del barón —dijo mirándole—. Ni una vez sonrió, ni se carcajeó como hizo anoche en el salón, o como lo hace ahora. La verdad es que no parece la misma persona.

—¿Y qué te parece la nueva Elizabeth?

—Los hombres se preguntan si es la misma o tal vez alguien que ha tomado como rehén a la antigua Elizabeth y regresó con la señora de nuestros sueños —dijo mirando hacia otro lado, con dos puntos brillantes de color en sus mejillas—. Los hombres disfrutaban de su risa. Creen que es la mujer que puede hacer feliz a nuestro señor.

—¿Y qué piensas tu, Olivier?

Tragó saliva, pero mantuvo su mirada.

—Creo que tiene razón.

Lizzie no pudo evitarlo, se inclinó hacia él y le besó en los labios.



Kieran no conseguía encontrar a Elizabeth por ningún lugar. Después de buscar en la fortaleza, el patio, el vestíbulo y en el nuevo solar, su agitación y frustración había crecido. Mary no tenía ni idea de donde estaba la señora, solo le quedaba una persona a quien preguntar.

Olivier. Había pedido a su escudero de confianza que cuidara de su esposa por él, sin embargo, parecía que la joven había desaparecido. ¿Dónde podría estar?

Un presentimiento comenzó en el fondo de su mente, pero se negó a creer que algo malo les hubiera pasado a los dos. El herrero había mencionado que los había visto salir de la muralla interior. Otro guardia dijo haberlos visto en el pueblo, y un aldeano que los vio caminando hacia el río.

El aldeano añadió lo feliz que parecía Elizabeth, mucho más feliz de lo que él o cualquier otra persona la habían visto. Toda una novedad.

Kieran caminó a grandes zancadas hacia el río, echando humo porque Olivier fuera tan descuidado como para abandonar la seguridad de la muralla cuando la amenaza de un levantamiento sajón era inminente. ¿Cuántas veces le había dicho al chico que tuviera cuidado? eso y que Olivier iba con Elizabeth aumentó aun más el miedo de Kieran.

Richard Langaer. El prometido de Elizabeth que había jurado lealtad a William pero los rumores decían que Richard apoyaba la rebelión. El hombre tenía la suerte de conservar parte de sus tierras, y en lugar de contentarse con lo que había logrado, tomaba partido contra William.

Sin embargo otro rumor preocupante ocupaba la mente de Kieran. Richard había envenenado a su esposa normanda y la enterró antes de que se descubrieran las causas de su muerte. Al parecer, no tenía nada que temer, ya que la familia no había presionado. Claramente el hombre no era de fiar. Aunque Richard había jurado lealtad a William, fácilmente había tomado partido por los sajones. ¿Será que el hombre osaría regresar a Aedelmaer y reclamar a Elizabeth?

Había oído hablar de otras princesas sajonas secuestradas en la oscuridad de la noche para tal fin. Las imágenes de Elizabeth tumbada bajo el lord sajón



convirtieron en hielo la sangre de Kieran. Él y solo él enseñaría a su esposa los caminos del deseo. Sería él quien la tendría debajo y la poseería hasta que suplicase por más.

Kieran se dirigió al río con su frustración creciendo a cada paso, cuando oyó su voz. Su risa, un inconfundible sonido tintineante, seguido por el inconfundible sonido de la risa de Olivier.

Kieran suspiró aliviado. Estaban a salvo.

No descubrió su presencia. En su lugar, se acercó por detrás. Los dos estaban sentados en una roca a la orilla del río. Olivier tenía las piernas cruzadas, Elizabeth tenía el vestido levantado hasta los muslos, las piernas largas y bien torneadas mientras que los pies descalzos chapoteaban en el agua. Kieran la devoraba con la mirada. Su escudero dijo algo, y Elizabeth le golpeó juguetonamente en el hombro inclinándose hacia él, con la cabeza sobre su hombro durante un breve momento antes de tirar una piedra, que saltó impresionantemente sobre el agua ondulante.

Por primera vez en su vida, Kieran envidió a Olivier. ¿Sería que la joven dama prefería a un niño en vez de a un hombre? Apartó el pensamiento. Olivier solo tenía diecisiete años, estaba casi preparado para convertirse en un caballero, algo que Hugh constantemente le decía. Kieran miraba a Olivier como a un hijo. El niño había estado a su servicio durante tantos años que casi era como de la familia, no podría cuidar más de él si fuera de su propia sangre.

Sin embargo al ver a Olivier con Elizabeth se preguntó que estaba pensando el joven. Los dos eran de la misma edad. Tal vez estaba herido y Elizabeth lo estaba cuidando.

Kieran casi gritó cuando Elizabeth se inclinó dándole un beso. Fue un beso breve, casto que tomó por sorpresa al joven.

Casto o no, la sangre rugía en los oídos de Kieran.

Como si percibiera que no estaban solos, Olivier se volvió.

—Milord —dijo poniéndose en pie, con los ojos muy abiertos y expresión avergonzada—. Yo... —cerró la boca y bajó la mirada al suelo entre ellos.



Kieran esperaba que Elizabeth se apresurara a justificar su actitud, o al menos que se ruborizara al ser descubierta besando a Olivier. Sin embargo, no hizo ninguna de las cosas. Sus piernas siguieron en el agua cristalina, mientras lo miraba, con una sonrisa dulce en su rostro angelical, como si un momento antes no hubiera estado seduciendo a su escudero.

–Hola milord –dijo con voz sedosa y suave– ¿cómo ha sido tu día?

Desde su altura podía ver los pezones rosas insinuándose por encima del escote del vestido. No ayudó el que se echara hacia atrás, arqueando la espalda ligeramente, presionando sus hermosos pechos contra el suave material del vestido. Su polla tembló y se sintió agradecido de llevar una túnica larga que cubría su excitación.

–Olivier, puedes regresar a casa e ir preparándome el baño –dijo con voz cortante y seca.

–Si mi señor.

–Adiós Olivier, gracias por ser una gran compañía –dijo Elizabeth mirando más allá de Kieran al muchacho que se alejaba rápidamente a la mansión. Para su favor, no se volvió para responder.

El silencio lo saludó, por primera vez Kieran se sintió como un muchacho enamorado. Nunca había tenido que cortejar a una mujer. Siempre había acudido a él. Sin embargo, esta no era una mujer fácil. Era su esposa. ¿Cómo “se cortejaba” a su propia esposa”? No tenía la menor idea.

Elizabeth levantó la mirada dando unas palmaditas en el lugar junto a ella.

–Milord, ven únete a mí.

Al menos se lo estaba poniendo fácil. Miró el lugar que su escudero acababa de abandonar. No era conocido por su ociosidad. Su mirada escudriñó la zona, sin ver a nadie en los alrededores, se quitó las botas levantándose las calzas sobre las pantorrillas.

Ella observó todos sus movimientos, sin apartar la mirada de su cuerpo. Había una sabiduría en sus ojos que no había notado la noche anterior. Era como si pudiera ver el camino a su alma. Por el aliento de Dios, iba a matarlo si no dejaba de mirarlo de esa manera.



Se sentó, dejando una pequeña distancia entre sus muslos. La tela de su vestido agrupada en torno a su piel cremosa expuesta al sol... y tan condenadamente cerca de sus dedos. Su pene se levantó empujando contra las calzas.

— Por lo que veo te agrada mi escudero — se sacudió el sudor de la frente con el dorso de la mano.

Ella sonrió, haciendo fuera aún más hermosa con ese gesto.

— Adoro a Olivier. Es tan dulce, tan amable e inocente a pesar de todos los años que ha convivido con los guerreros.

Kieran frunció el ceño.

— ¿Los guerreros?

Ella levantó una ceja rojiza.

— Eso es lo que eres. ¿Cierto?

Él se encogió de hombros.

— Yo lucho por Dios, por el rey y el país. Si eso es lo que se llama guerrero, entonces, soy un guerrero.

Kieran bajó la mirada a sus grandes piernas, musculosas y morenas, las de ella eran blancas y hermosas, esbeltas. Tenía una solemnidad muy semejante a la de aquella noche en la cena o más tarde en el corredor, cuando sus ojos se habían oscurecido con deseo. Sabía que ella no tenía ninguna experiencia en el trato con los hombres, pero sus ojos decían una cosa diferente.

— ¿Me temes, Elizabeth? — preguntó sin poder contenerse.

Ella frunció el ceño.

— ¿Por qué iba a tenerte miedo?

— Dijiste que preferías morir antes que sentir mi toque.

Ella se puso rígida a su lado, se preguntó si lo hacía por miedo.

Elizabeth se sentó poniéndole una mano en el muslo a solo unos centímetros de su pene que se encabritó ante el ligero roce.

— La primera vez que viniste a Aedelmaer, yo acababa de perder a mi padre y hermano. Había oído hablar de un hombre llamado el Negro y estaba



aterrada. Pero no te temo y no preferiría la muerte a que me toques. – Un lado de su boca se elevó en una sonrisa descarada –. De hecho, creo que prefiero tu contacto.

Él la miró, medio esperando que se echara a reír diciendo que bromeaba. Pero en vez de hacerlo, se inclinó levantando su barbilla y los labios entreabiertos.

¡Quería que la besara!

La sangre se calentó en sus venas, descendiendo a su bajo vientre, llenando su polla con una necesidad que superó todas las que había conocido nunca. Se inclinó y la besó.

Sus labios carnosos se abrieron y su lengua se deslizó sobre el borde de los labios buscando la entrada. Una parte de él estaba conmocionado por su experimentado beso. ¿Había adquirido esa experiencia con Richard, el prometido por el que tanto había llorado? Alejó ese pensamiento y la atrajo hacia él. Para su deleite, le puso los brazos en el cuello pegándose a él.

Su lengua se movía con la suya, las manos le recorrieron el pelo, acariciando su hombro, pasó por encima de su pecho, donde jugó con su tetilla.

–Por Dios, mujer –dijo contra sus labios– no duraré un minuto si no te detienes.

Ella se apartó mirándolo con los profundos ojos azules llenos de pasión.

–Entonces, no pararé.

Con un gemido, rodó sobre ella separando sus muslos con las rodillas. Levantó su vestido, acariciando con los dedos las piernas que estaban ampliamente abiertas para él... siguiendo hasta la mata de vello suave que escondía el tesoro que buscaba. Acarició los suaves pliegues de su feminidad que ya estaban mojados para él. Ella se arqueó contra su mano, soltando un gemido. Con el corazón resonando como un tambor, deslizó un dedo dentro de su vagina caliente, apretada, mientras el pulgar acariciaba la pequeña protuberancia.

Ella pasó una mano entre sus cuerpos, sus pequeños dedos rodearon su pene, acariciándolo desde la raíz a la punta, y viceversa. O ella era aprendía



muy rápido, o ya había hecho esto antes. La idea era inquietante, pero no iba a dejar de sentirse complacido por su evidente entusiasmo.

Kieran no escuchó la voz de su vasallo. Había sido la reacción de Elizabeth la que le advirtió que no estaban solos. Sus ojos se abrieron.

– Sir Hugh – susurró.

Mataría a su vasallo y sentiría un gran placer ante el dolor del hombre. Con un juramento, cayó de costado, bajó el vestido de Elizabeth y se ajustó las ropas mientras Hugh bajaba la colina.

– Milord. Hay un mensajero que espera en el salón. Es un asunto urgente.

Las palabras fueron tan eficaces como si le hubieran rociado con agua helada. ¿Un asunto urgente? Se puso de pie y le tendió la mano a su esposa para ayudarla a levantarse. Ella la tomó, recogió sus medias y zapatillas y le siguió por la colina. Hugh los miró a ambos, para seguidamente ir tras Kieran. Su boca sonreía, pero no dijo nada. Kieran miró a Elizabeth. Ella desvió su mirada al campo, como si lo viera por primera vez. Podía ver la alegría brillando en sus ojos y se preguntó si la había causado él. ¿Qué había esperado de ella? ¿Remordimiento? Sí, lo había hecho. Todavía no podía olvidar la expresión de Elizabeth al verle hace dos meses.

¿Podría tener la esperanza de que el corazón de Elizabeth hubiese cambiado, y que se preocupara por él, aunque solo fuera un poco?

Sintiendo su examen, le miró y sonrió. Esta mujer no era una doncella ruborizada. La recorrió con los ojos, sobre los pechos llenos, el cinturón con joyas incrustadas que marcaba el montículo donde anhelaba sumergirse hasta el fondo. Al recordar la sensación de sus pliegues con miel, se llevó la mano a la nariz sonriendo mientras inhalaba el olor almizclado de su feminidad. Sus ojos se abrieron de golpe, ella desvió vista, sin embargo, mantuvo la sonrisa.

Se echó a reír y ella lo miró, sus dientes se mordían el labio mientras observaba a Hugh que caminaba unos pasos por delante de ellos, aparentemente sin darse cuenta de lo que casi había presenciado. En verdad, Kieran habría tomado a Elizabeth allí mismo, a la orilla del río, y sabía en su corazón que ella no le habría detenido.



No le gustaba tener que dejar su compañía, pero cuando llegó a la fortaleza, se giró hacia ella.

– Tal vez quieras descansar antes de la cena.

Ella asintió con la cabeza.

– Sí, me gustaría dormir un poco.

Kieran quería preguntarle sobre la tarde que había pasado con su escudero. ¿Sería que buscaría a Olivier de nuevo?

– ¿Elizabeth?

– ¿Sí? – ella levantó una ceja.

– ¿Por qué has besado a Olivier? – dijo casi sin darse cuenta.

En vez de ruborizarse o tartamudear avergonzada, sonrió suavemente, aliviando sus miedos con su expresión genuina.

– Porque lo adoro y cuando tengamos un hijo, espero que se parezca a Olivier.

Cuando tengamos un hijo.

El deseo que mantenía guardado desde la interrupción de Hugh en el río, regresó causándole un profundo dolor en su miembro. No podía esperar hasta la noche cuando por fin consumaría su matrimonio.



Capítulo 3

Lizzie durmió hasta justo antes de la cena. La noche anterior se había cobrado su precio, y su “siesta” se convirtió en cuatro horas de sueño sin sueños.

Mary dejó un plato de guiso tibio, y el budín que no era lo suficientemente dulce para su gusto. Kieran le había dicho antes que el azúcar era un lujo difícil de encontrar e increíblemente caro. Consiguió dar unos bocados del suave postre mientras se preocupaba por la noticia que Kieran había recibido.

¿Y si el mensajero trajo una citación para Langaer?

Tendría que hablar con Kieran esta noche. Se puso una camisola que servía de poco para alejar los escalofríos. La habitación estaba fría. Esa era una de las pocas cosas que echaba de menos de su tiempo. La calefacción central. Gracias a Dios la cama estaba llena de pieles.

Sonó un golpe en la puerta. Pensando que era Mary que venía a vestirla, abrió la puerta llevándose una sorpresa. Kieran estaba ante ella con una expresión intensa.

El hombre definitivamente llenaba la habitación.

— ¿Kieran? — su voz sonó aguda.

Cerró la puerta con el pie, cruzó los pocos pasos que los separaban y la tomó en brazos. Lizzie se aferró a sus hombros mientras caminaba por la habitación. La dejó en la cama, con la respiración agitada, mientras la miraba con unos ojos tan calientes que ardían. Se quitó la camisa, los zapatos y las calzas. El corazón de Lizzie latía con tanta fuerza, que no podía oír nada más. Su mirada bajó por su pecho ancho deteniéndose ante una cicatriz profunda, antes de pasar por la ondulación de su abdomen definido... y más abajo.



Su estómago se tensó y un dolor caliente creció entre sus piernas. Sus seis años de celibato estaban a punto de terminarse. Se mordió el labio inferior y miró hacia abajo. Lizzie sonrió pese al esfuerzo de no hacerlo.

El hombre era enorme, su grueso y largo miembro se erguía contra el ombligo, la cabeza era del tamaño de una ciruela.

– Dime ahora si esto es lo que quieres, Elizabeth. Tus ojos dicen que sí, pero quiero escucharlo de tus labios.

¡Diablos sí! Tenía la garganta seca, por lo que asintió vigorosamente.

Un lateral de su boca se curvó en una sonrisa arrogante antes de que se inclinara sobre ella, sus manos sorprendentemente suaves le rodearon los tobillos, subiendo hasta las pantorrillas, rodillas y muslos, llevándose la camisola con ellas. Con un gruñido feroz se la quitó tirándola a un lado.

Dio un paso para atrás contemplándola totalmente desnuda.

Lizzie yacía en la cama, todo su cuerpo temblaba mientras la recorría con los ojos desde los pechos hasta la unión en sus muslos. Por un instante, se sintió la vieja Lizzie con las tetas pequeñas y el cuerpo fuera de forma.

Recordó los comentarios de Brent sobre su culo gordo y levantó las manos para ocultar su cuerpo, pero entonces vio la mirada caliente en los ojos de Kieran y dejó caer las manos a los costados.

– *Magnifique* – susurró, desechando todos sus miedos con la maravillosa palabra francesa.

Capturó un seno con su mano, jugando con el pezón entre el pulgar e índice, mientras que con la otra mano recorría su estómago. Lizzie no podía dejar de temblar cuando la posó por el montículo, frotando el clítoris antes de profundizar en los pliegues suaves y húmedos.

Lizzie contuvo la respiración cuando sus dedos hábilmente le rodearon el clítoris, tirando de él, provocándola implacablemente.

Se sentía tan bien, tan malditamente bien. Sus caderas se levantaron animándolo, extendió las piernas mientras deslizaba un largo dedo en su interior.



Cada terminación nerviosa de su cuerpo cobró vida cuando introdujo otro dedo en su interior. Sus largos y ásperos dedos se movieron dentro, fuera, simulando el acto sexual, mientras con el pulgar le acariciaba el clítoris.

Lizzie podía escuchar los latidos de su corazón, se inició un zumbido dentro de ella que crecía a cada minuto. Su cuerpo se tensó, su respiración produciendo pequeños jadeos irregulares. Los dedos de Kieran continuaron con el ataque y entonces ocurrió: sus entrañas se contrajeron construyendo en su interior la sensación de olas rompiendo contra la orilla, el clímax sacudió todo su cuerpo.

Lizzie gritó, con las manos en los costados apretando las sabanas, cabalgando su mano mientras él la sujetaba por la cintura. Se dejó caer en la cama, mirando el techo con una sonrisa tonta que no podría borrar de la cara aunque le fuera la vida. Acababa de ser seducida por Kieran. Kieran el Negro.

Él se arrastró hasta ella con una suave sonrisa en su rostro y la besó en los labios, suave y gentil.

Lizzie abrió la boca para él, deseando sentir su necesidad. Deslizó la lengua a lo largo de sus labios, incitándole a que los abriera. Notó que se sorprendía por su agresividad, pero no dijo nada, en lugar de eso se abrió a ella.

Sabía a vino dulce, y ella no conseguía tener suficiente de él. Adentró la lengua en su cálida boca, tomando todo lo que él daba. Lizzie presionó sus pechos sensibles contra su torso, deleitándose con la sensación de sus duros músculos contra su cuerpo suave.

– Te deseo – susurró ella contra sus labios.

Con un gemido, se apartó de ella para bajar por su garganta. Su aliento cálido abanicó un seno, el pezón se frunció al contacto de sus labios, alargándose. Tomó el botón sensible en la boca, jugando con los dientes, enviando una oleada de excitación a través de ella. El suave tirón de sus dientes sacudió su vagina que se volvió más caliente y húmeda por momentos.

Lizzie levantó las caderas sintiendo su polla dura y enorme contra su vientre. Instintivamente abrió las piernas ampliamente. Lo quería dentro de ella ahora.



Tenía las manos en su pelo, agarrando fuertemente los mechones oscuros, en contraste con su piel clara, mientras le observaba amarla.

Como si percibiera sus perversos pensamientos, miró para arriba, con los ojos entrecerrados y sensuales. ¡Maldición, el hombre era sexy! Y era suyo.

— *Ma belle adorée, vous m'avez ensorcelé.*

Mi adorada belleza, me has embrujado. Las palabras la emocionaron, aumentando su necesidad de él.

Incapaz de soportar la creciente presión en su interior, metió la mano entre sus cuerpos y se apoderó de su gloriosa polla. Su cuerpo se tensó con anticipación.

Él gimió mientras su mano se deslizaba arriba y abajo por su dura longitud. Sin poder evitarlo deslizó su eje grueso entre sus pliegues resbaladizos, haciéndole sentir su necesidad.

Todo el cuerpo de Kieran se estremeció de deseo. La mujer bajo él era su esposa, la mujer que lo había desafiado a cada momento desde que llegó para reclamar Aedelmaer. Ya la había llevado al clímax. Había sentido la prueba por la tensión en su apretado canal en sus dedos, su suave sonido mientras gemía su nombre una y otra vez.

Ahora yacía debajo de él, jadeando por él, diciéndole sin palabras que lo deseaba tanto como él a ella.

No se cuestionaría más. Sin pensarlo se introdujo en su interior, el corazón le dio un vuelco al sentir la barrera que proclamaba su virginidad.

Se apoyó en los codos, mirando su cara enrojecida. Tenía los ojos cerrados y la boca ligeramente abierta, era una mujer en la agonía de la pasión. De pronto abrió los ojos mirándole fijamente. El deseo que vio en las profundidades azules le quitó el aliento. Ella lo deseaba...amaba...codiciaba, así como él la anhelaba a ella.

Lizzie sonrió suavemente con el placer escrito en la cara. Levantando un poco la cabeza, lo besó suavemente al principio, para después con su lengua aterciopelada empujando la suya.

Fue más allá de la redención.



Con un golpe, rompió la barrera que confirmó que era el primero. Jadeó de dolor en sus labios y se detuvo, completamente incrustado en su apretado canal, dejándola adaptarse a su intrusión. Besándola suavemente, sus labios viajaron desde la nariz, la frente, los parpados, para regresar de nuevo a sus dulces labios.

Esperó que ella lo empujara... que llorara... o lo que sea que las vírgenes hacían cuando perdían la virginidad. Sin embargo, Elizabeth no hizo nada de eso. En cambio sonrió contra su boca.

—Se siente bien dentro de mí —susurró ella.

Las palabras hicieron que su verga se alargara y engrosara. Cuando se movió debajo de él, arqueando las caderas, sonrió como un tonto.

Le tomó cada gramo de voluntad no derramarse en su interior. Nunca había experimentado un deseo tan abrasador. Pero no tomaría su placer y la dejaría. No, quería saborear la sensación, mostrarle lo bueno que podría ser esta primera vez entre ellos. Quería dejar su marca en ella, demostrarle que podía hacerle tocar las estrellas.

Lentamente se movió en su interior, temblando por el esfuerzo de mantener el control de sí mismo. Con un gemido satisfecho ella encontró su ritmo, pasando las manos por su espalda hacia los hombros, volviendo de nuevo abajo, sobre sus caderas y nalgas que apretó.

Dulce Jesús. Si no paraba se correría antes de que estuviera preparada.

Se apartó dejando apenas la cabeza del miembro besando su abertura. Ella se retorció bajo él, arqueándose, buscándolo. Se inclinó sobre ella. Tomó un pezón duro como un guijarro en la boca y lo chupó con avidez. Con manos desesperadas, tiró de sus caderas hacia abajo, metiéndose hasta la empuñadura. En cuestión de segundos su funda se contrajo alrededor de su pene.

—Kieran —susurró con voz suplicante—. Oh, sí...

Sintiendo el último espasmo, se calmó dentro de ella, moviendo la lengua contra el pezón.

—¿Qué, mi dulzura?

—Fóllame.



Las palabras fueron impactantes, pero emocionantes, llevándolo a un punto álgido.

Con una sonrisa maliciosa, la embistió una y otra vez, golpeando contra ella, su necesidad fuera de control. Le clavó los dedos en la espalda acompañándole en cada empuje, con la respiración agitada.

—Oh, sí —susurró— eso es, dame todo.

Controlando su propio orgasmo, capturó su boca empujando su lengua contra la de ella, imitando los golpes de su pene en su cuerpo. Lizzie clavó los talones en la cama, arqueándose y gimiendo en su boca cuando sus entrañas se apretaban alrededor de él.

No podía esperar un minuto más. Con un gruñido satisfecho la acompañó, con el orgasmo más explosivo de su vida.

Lizzie sonrió al dosel de la cama.

Realmente había valido la pena los seis años de celibato.

Kieran dormía acurrucado junto a ella. Nunca se había sentido tan protegida, tenía el gran cuerpo amoldado a suyo, su corazón latía a un ritmo constante contra su espalda. Brent siempre se había apartado inmediatamente de su lado después de su clímax, abandonándola mientras él roncaba ruidosamente. Kieran no. Él se acercó a su lado de la cama abrazándola, pegando su cuerpo al de ella, haciéndola sentir pequeña y protegida.

Él avergonzaba a todos los hombres. No solo era tierno, además era un maestro en la cama, llevándola a un orgasmo que nunca habría creído posible. Nunca había sido follada tan profundamente, y maldición, eso la hacía sentirse bien.

Sintió un golpecito en la espalda, notó que cierta parte de él ya estaba despierta. Instantáneamente se excitó, se dio la vuelta para encararlo mientras



sus dedos acariciaban la gruesa erección. Ella lo acariciaba, amando la sensación de seda sobre acero. Kieran gimió, abriendo un ojo y sonriendo.

– Bruja – dijo acercándola.

Empujándolo de espaldas, se sentó a horcajadas sobre sus caderas, con las manos extendidas contra su enorme pecho, sus dedos rozando las tetillas planas que se endurecieron con su toque. Descendió por su estómago ondulado, maravillándose de la fuerza bajo sus dedos.

Kieran la miró con los ojos brillantes, oscurecidos por la pasión.

Movió las manos por sus muslos, abriéndola, tocando la caliente hendidura. Los ojos azules se oscurecieron más, cuando las manos de ella se movieron hacia su polla y la acarició desde la base hasta la punta. Con la otra mano, jugaba con sus testículos, sonriendo soltó un gemido bajo.

Se movió bajo ella, sus manos se movieron hacia sus pechos.

Ella arqueó la espalda ofreciéndose a él. Levantando las caderas se dejó caer sobre su erección, introduciéndole lentamente. Él miraba su descenso mientras tragaba saliva. A Lizzie le gustaba la sensación de tener el control, de ver su rostro desde la posición en que estaba.

Totalmente empalada en su polla, Lizzie movió las caderas, girándolas en círculos, pequeños al principio, saboreando la sensación de su enorme eje. Echó la cabeza para atrás, dejando que su cabello le rozara los muslos mientras lo montaba con furia, como una mujer poseída. Tenía muchos años para tenerlo en su interior, y maldita sea que iba a aprovecharlos.

Kieran se incorporó lo suficiente para llevarse un pezón a la boca. Ella enredó los dedos en su pelo, sujetándolo allí, mientras se movía lentamente arriba y debajo de su dura longitud.

Las manos recorriendo su espalda, bajándolas hasta las nalgas, amasándolas, acariciando a continuación su grieta antes de subir nuevamente. Una de sus manos la sujetó por la nuca, empujándola contra su boca. Sus labios tomaron los de ella en un beso que la dejó sin respiración.

Sintiendo los primeros espasmos del orgasmo, se apretó con fuerza contra él. Sus manos fueron a las caderas aumentando el ritmo.



– Eso es, Elizabeth. Déjate ir.

Ella lo hizo. Con un gemido que salió de lo más profundo de su interior, cayó encima de él, presionando con fuerza hasta que su cuerpo se convulsionó en un clímax que hizo que sintiera que sus huesos se habían convertido en mantequilla.

Kieran se apoyó en un codo, mirando a la mujer que lo había embrujado.

¿Quién era esta mujer desnuda ante él? Esta mujer que apenas unas horas antes había sido virgen, intacta y sin experiencia. Kieran sonrió, complacido de que a su esposa de gustara hacer el amor tanto como a él.

En verdad, ella había demostrado tanto entusiasmo que se podría haber pensado que había sido entrenada en los mejores burdeles de su tierra natal. Pero la prueba de su virginidad manchaba las sabanas y entre sus muslos.

Pero no por mucho tiempo. Lizzie se introdujo en el baño caliente, gimiendo de placer cuando el agua la envolvió.

Él sonrió disfrutando de su placer. Nunca se había quedado en la cama después de hacer el amor. Nunca le había apetecido hacerlo. Pero no había sido capaz de separarse de su lado en toda la noche. Ahora, con el día amaneciendo ante ellos, la luz derramándose en la habitación, maldijo los deberes que le alejarían de ella.

La noche anterior había recibido noticias de que varios señores sajones se habían unido para atacar las fortalezas normandas cerca de la frontera con Gales. La presencia de Kieran, junto con otro de los barones de la región, había sido solicitada en Langaer, la propiedad de Richard, el ex-prometido de Elizabeth. A Kieran le pareció extraño que la reunión sobre una revuelta sajona se realizara en una de las pocas propiedades mantenidas por un sajón, pero no cuestionaría a su rey.

Su cuerpo rechazaba tener que dejar a su esposa cuando habían encontrado tanto placer el uno en el otro. Nunca hubiera imaginado que una mujer podría



tener tanto poder sobre él. Nunca había conectado con una mujer como lo había hecho con Elizabeth. Todo en ella le intrigaba. Su belleza, su espíritu, la forma en que sus ojos mostraban lo que estaba pensando. Tenía una conexión con ella que no había pensado posible con otro ser humano. En verdad, podría pasar un par de semanas en esta cama, no le importaría ni se preocuparía por nada.

Sí, realmente estaba embrujado.

– Ven y únete a mí.

Sus palabras suaves interrumpieron sus pensamientos. Sin que tuviera que pedírselo de nuevo, se levantó de la cama y caminó hacia ella. La sangre latía en sus oídos, mientras seguía todos sus pasos, recorriendo su cuerpo con avidez. Sonrió al ver su excitación.

Sí, ella era una hechicera que tenía poder sobre él.

La bañera de madera no estaba hecha para dos personas, pero no le importaba. No rechazaría su invitación, y cuando ella se deslizó hacia adelante mirándole por encima del hombro, se metió en la bañera y ella se apoyó contra él. Su cabeza se recostó contra el pecho, los mechones suaves de su pelo alejados de la cara. Nunca había conocido tanta paz y tranquilidad. No sabía que pudiera existir algo así entre un hombre y una mujer.

Descansando los brazos en el borde de la bañera, saboreó la sensación de agua caliente, pero lo más importante era el suave roce de la piel de Elizabeth contra él.

Permanecieron uno en brazos del otro hasta que el agua se puso tibia.

– Se está haciendo tarde – dijo Elizabeth rompiendo el silencio –. Tenemos que unirnos a los demás en la sala o se preguntaran que ha pasado con nosotros.

Kieran frunció el ceño.

– ¿A quién le importa lo que puedan pensar?

Ella sonrió atrevidamente y su corazón dio un saltó junto con su pene. Elizabeth se dio la vuelta, besando su pecho, con una trayectoria descendente.

– Siéntate en el borde de la bañera – susurró ella.



Él la obedeció sujetándose con las manos al borde.

De rodillas, ella se puso entre sus piernas y tomó el eje rígido con su boca. Las manos de él se movieron a sus pechos, tirando de los pezones mientras lo chupaba hábilmente, tomándolo profundamente en la boca.

Bajó la mirada, observando su pálida cabeza, sus labios alrededor de su miembro, chupando, lamiendo con la lengua a lo largo de la cresta, que creció y se hizo más gruesa.

El corazón le latía fuertemente, mientras su mano jugaba con su saco, acariciándolo con suavidad y delicadeza.

Un gemido salió de su garganta, metió los dedos entre su pelo, reteniéndola mientras ella chupaba más duro, su lengua recorriendo con maestría su longitud y rodeando la cabeza.

La apartó extendiendo el brazo, y sin una palabra, la puso sobre su regazo para que lo montara a horcajadas con las piernas ancladas fuera de la bañera. Su polla se alzó entre ellos, él la levantó colocándole sobre él.

Lizzie le miró fijamente mientras lo llevaba dentro de su cuerpo, con los ojos cerrados, la boca abierta.

Ella sería su muerte.

—Sí —susurró Lizzie, con una sonrisa sensual en sus labios, mientras pasaba los brazos alrededor de su cuello, empezando a montarlo con un ritmo rápido y furioso, como si no pudiera tener suficiente de él. Antes de que se corriera, la detuvo poniendo las manos en sus caderas, deteniendo el movimiento, levantándola despacio, arriba y abajo, yendo más lento, al ritmo que él necesitaba. Ella asintió con la cabeza comprendiendo, Kieran se metió un pezón en la boca, sonriendo cuando ella se arqueó, el ritmo rápido regresó cuando la feroz necesidad se apoderó de ella.

Gimiendo en voz alta, su cara era una imagen de pura felicidad mientras se mecía contra él, su apretada vagina latiendo a su alrededor, llevando su necesidad al límite. Con las contracciones del orgasmo latiendo la empujó aun más hacia abajo, mientras giraba las caderas, llenándola con su semilla.



Pasó una semana como en una nube, Lizzie nunca se había sentido tan feliz en sus treinta y nueve años.

Era increíble tener de nuevo dieciocho años y estar enamorada. En su época nunca habría vuelto a esa edad horrible en la que se sentía tan insegura con su mundo y consigo misma. Pero, ser Elizabeth D'arcy, esposa de Kieran el Negro era un sueño que no cambiaría con nadie. La vida era perfecta. Tenía treinta y nueve años de experiencia, una bella apariencia y un marido caliente y guapo, que codiciaba su cuerpo de dieciocho años así como ella deseaba el suyo a cambio. Nunca había pensado que el amor podría ser así.

Para aumentar su alegría, Kieran la había animado para que comenzara a cuidar el jardín de rosas cercano a la torre, que estaría preparado en breve. La jardinería había sido su hobby en su época, pero siempre le faltó tiempo para dedicarse a ello, ya que trabajaba setenta horas semanales en la revista. Ahora tenía más tiempo libre del que pensaba, pero lo amaba... y pareció que Kieran apreciaba su esfuerzo, porque elogiaba la belleza del jardín todos los días, diciéndole que cuando se mudaran a las habitaciones de la torre, le gustaría mirar al jardín ya que siempre le recordaría a ella.

Sonrió con el recuerdo, la expresión tierna en su rostro cuando había dicho aquellas dulces palabras. *¿Kieran el Negro?* ¿Qué podía tener negro ese hombre? No tenía el corazón negro, ni el espíritu oscuro. Los libros de historia estaban completamente equivocados. Sus enemigos podían apodarlo "el Negro", pero todos a su alrededor le adoraban, incluida ella.

Dirigió la mirada hacia donde Kieran y sus hombres luchaban. El choque de las espadas en la cálida tarde capturó su atención. Olivier estaba preparado con su espada en posición, manteniéndola en la mano para cuando Kieran la necesitara. Estaba trabajando más para Kieran en los últimos días y Lizzie echaba de menos la compañía del escudero. Mary ocupó su lugar, lo que estaba bien, aunque tendiera a tratarla más como una niña que como una adulta. Tenía



que recordarse continuamente que la criada la veía así. Tendría que recorrer un largo camino antes de que la hiciera cambiar de forma de pensar.

— Los hombres partirán en dos días — dijo Mary, inclinándose para cortar otra rosa y colocarla en la cesta.

El estómago de Lizzie se encogió.

— ¿Dónde van?

— A Langaer.

— ¿No son los dominios de Richard?

Mary asintió con un gesto.

— Sí, son de Lord Faulkner — respondió recordando a Lizzie con una mirada que no debía llamar a Richard por su nombre de pila. Parecía demasiado familiar, comentó, especialmente ahora que ella era Lady D'arcy—. Hay rumores de una revuelta sajona. Los Barones vecinos se reunirán en Langaer para discutir la estrategia. Creo que muchos se cuestionan la lealtad de Lord Faulkner al rey William.

Lizzie tragó el nudo que se le hizo en la garganta.

— ¿Hugh irá con Kieran?

Mary la miró como si la hubiese crecido otra cabeza.

— Por supuesto. Su señoría no iría a una batalla sin tener a Hugh a su lado. No quiero decir que esto sea una batalla, milady. Hugh es vasallo de su señoría. Y es lo que se espera de él.

Lizzie había observado a Hugh desde su llegada. Había sido encantador desde el primer día y nada en su comportamiento, hasta ahora, le hacía creer que era otra cosa que un vasallo fiel a Kieran... pero la historia había registrado otra cosa.

Ambos habían simpatizado inmediatamente y no le había dado motivos para sospechar de él.

Lizzie miró a los soldados, cuyos cuerpos brillaban por el sudor, se detuvo en aquel hombre que se había abierto camino en su corazón. Kieran...



Tenía los hombros más anchos que cualquier otro y era más fuerte que todos ellos, era la encarnación de un macho alfa. Cada duro centímetro de él era glorioso. Sonrió recordando el sexo oral de la noche pasada, el roce de su lengua en su hendidura, la forma en que lamió su clítoris hasta hacerla gritar su nombre para que todo el mundo lo oyera.

Lizzie se paró, viendo que el compañero de batalla de Kieran era Hugh. El rostro del joven era una máscara de intensidad. Kieran, por otro lado, parecía tranquilo, los músculos rígidos moviéndose bajo su piel con cada giro de la espada. La acción parecía automática, sin esfuerzo, tan controlada como si la espada fuese una parte suya. Lo que también la excitó.

Entonces Kieran la vio. Su atención se desvió, sonrió, hasta que la punta de la espada de Hugh rozó su bíceps.

A Lizzie se le puso el corazón en un puño. Incluso a esa distancia, podía ver la línea roja de la sangre saliendo de la herida.

El rostro de Hugh cambió de intensidad guerrera ¿a qué? ¿Satisfacción... o era horror? Hugh dejó caer la espada como si le quemara los dedos, bajo la piel bronceada su cara se puso blanca. Lizzie vio el destello de los dientes de Kieran, mientras sonreía a su vasallo tranquilizándolo con una palmada en la espalda. Aunque los intentos de Kieran no parecieron hacer efecto en el caballero que se pasaba las manos por el pelo.

Lizzie resistió el impulso de correr hacia Kieran. Por suerte no fue necesario. El iba en su dirección con la mano presionando la herida y la sangre escurriéndose entre sus dedos. Su rostro se suavizó cuando se acercó a ella, sus ojos cambiaron a un azul más oscuro.

El corazón le dio una pequeña sacudida de excitación, pero ella rápidamente apartó el deseo a un lado y se centró en su brazo.

—¿Estas bien? —preguntó, incapaz de ocultar su preocupación.

—Solo es un rasguño —su voz era suave y sedosa.

Ella movió la cabeza.

—¿Un rasguño? No lo creo. La sangre baja desde el “rasguño” por todo el brazo.



—¿Crees que soy un niño, mujer? —gruñó, con un brillo en los ojos que mostraba diversión por su preocupación. Sin duda había tenido heridas peores en los campos de batalla.

Ella sonrió nuevamente.

—Nunca creería que eres otra cosa más que un hombre lleno de sangre.

Sus ojos se oscurecieron.

—¿Te ocuparás de mi, señora esposa? —dijo levantando una ceja oscura, deslizando la mirada a sus labios.

Ella nunca se había sentido poderosa en su relación con Brent. El nunca se lo había permitido. La había controlado siempre, y ella, pensando que eso significaba amor, se lo había permitido. Sin embargo, con Kieran era diferente. Él permitía que ella tomara el mando de vez en cuando e incluso parecía excitarlo. Lo amaba por ello.

Dentro de la habitación, lavó la herida con agua templada. El “rasguño” iba a necesitar puntos. Olivier apareció en la puerta con aguja e hilo. Cuando vio a Lizzie, sonrió ampliamente.

—El chico te quiere... —susurró Kieran en voz baja con una pizca de celos que Lizzie casi encontró cómica. Kieran era un hombre, y Olivier... aunque fuera de la misma edad que Elizabeth, Lizzie lo consideraba un niño. Claro que Kieran no tenía ni idea de que ella en la “vida real” tenía casi el doble de edad que Olivier, y que lo que sentía por el joven escudero era un vínculo maternal que nada tenía que ver con la atracción. Ahora... si ella fuera una adolescente, sería una historia diferente. A los ojos de Kieran, ella era una mujer de dieciocho años y Olivier un muchacho de diecisiete que pasaban mucho tiempo juntos. A Lizzie le encantaría ver la cara de su marido si le dijera quien era ella en verdad, ocho años mayor que él. ¡Ah!

Lizzie se giró para el escudero.



— Entra Olivier — sonrió de forma seductora dando un golpecito en el lugar a su lado. Observó que Kieran levantó las cejas, pero no dijo nada.

Cogió la aguja e hilo de las manos de Olivier.

— Mira y aprende como se hace — dijo con un guiño.

Olivier sonrió y obediente atendió su orden. La expresión de Kieran era indescifrable pero sabía que la observaba con atención. Lizzie escondió una sonrisa, apreciando perversamente los celos del normando hacia su escudero, un muchacho que pensaba que su señor caminaba sobre las aguas, se lo merecía después de exhibir a su amante ante sus hombres durante tanto tiempo. Por supuesto, que eso había sido antes de que ella llegara, pero aun así se lo merecía.

Intentando olvidarse de la pelirroja Gwendolyne, que desapareció de su vista tras el primer día, Lizzie trabajó con rapidez, hablando para ocultar su nerviosismo. Había tenido una D en la asignatura de costura, la piel de Kieran era mucho más dura que cualquier otro material con el que había trabajado. Se alegraba de que Olivier participara en la conversación porque Kieran permanecía en silencio. Ella lo miró más de una vez, encontrando que los observaba, con los ojos entrecerrados y un lado de su boca curvado en una sonrisa suave.

Su corazón dio un pequeño vuelco y el calor la inundó. Oh, amaba a ese hombre, que Dios la ayudase si se veía apartada de su vida de forma inesperada... o él de la de ella. Era verdad que había perdido algunas de las comodidades de su propio tiempo, principalmente los teléfonos móviles, el ordenador, internet y su amado azúcar. Pero, cada día que pasaba se adaptaba mejor en todos sentidos, especialmente a los hombres de esta época. Le sonrió a Kieran y se le aceleró el pulso cuando vio el deseo brillando claramente en sus ojos. Lamiéndose los labios, ocultó una sonrisa al escuchar su respiración acelerada.

Él no podía viajar a Langaer. Tenía que encontrar la manera de mantenerlo en casa.



Hizo un nudo en el hilo. Inclinandose, lo cortó con los dientes y a continuación, le dio un beso en la herida.

– Listo, milord – dijo dando un paso atrás admirando su obra.

Kieran le sonrió, después le hizo un gesto a Olivier indicándole la puerta, con un claro significado.

Las mejillas de Olivier se pusieron rojas y se levantó abruptamente.

– Milord... milady – dijo saliendo del cuarto con un movimiento de cabeza.

– Creo que has avergonzado al muchacho – dijo Kieran con voz sedosa.

Lizzie miró entre las piernas de él, donde su erección se marcaba contra las calzas.

– Creo que has sido tú quien lo ha hecho. ¿Puedes culparlo? ¿Eso es una lanza en tu bolsillo o es que te alegras de verme?

Él se rió entre dientes.

– Ven aquí, bruja.

Ella se acercó y enderezó el tapiz de la pared.

– ¿Qué piensas de Hugh? – dijo ella sin pensar.

Su ceño se frunció profundamente.

– ¿Qué quieres decir?

Ella se encogió de hombros inocentemente.

– Quiero saber lo que piensas de él.

– Es mi vasallo. Luchamos hombro con hombro en muchas batallas.

Lizzie sabía que estaba pisando un terreno peligroso. ¿Cómo podía decirle que su brazo derecho, y su llamado mejor amigo, tenía la intención de asesinarle?

– ¿Por qué tienes que irte mañana? – dijo de forma impulsiva.

Él pareció sorprendido al ver que sabía de sus planes para partir.



—Somos un país en crisis, Elizabeth. Los sajones están enojados y tenemos que calmarlos —él avanzó en su dirección intentando tomarla en sus brazos, pero ella se apartó.

—Temo por tu vida —dijo ella intentando ocultar el miedo en su voz.

Kieran pareció divertido, sonriendo suavemente.

—He estado en muchas batallas, Elizabeth. Salí ileso de todas. Esto es solo una reunión entre los otros barones y yo. Todo irá bien. —La apoyó contra la pared presionando su duro miembro contra ella. El deseo al rojo vivo la inundó, y le agarró las nalgas con las dos manos acercándole más a ella—. Muchacha lujuriosa —dijo, besándola en la frente.

¡Dios! Qué bien se sentía. Lizzie intentó mantener su atención en la conversación, pero no consiguió resistir cuando su dura polla se apretó contra el vientre. Cerró los ojos, escuchando los latidos del corazón de él. Aquel corazón que dejaría de latir si ella guardaba silencio.

Respirando profundamente, se apartó un poco y nuevamente respiró.

—Kieran, escúchame. Y si... ¿y si te dijera que tu hombre de confianza va a matarte antes de que llegues a Langaer?

Sus ojos se volvieron fríos.

—¿Estás hablando de traición, mi señora esposa?

Tragando con dificultad, le miró sin pestañear.

—Te estoy diciendo la verdad.

—¡Pues vas a parar con esta locura de una vez, mujer!

—Hugh va a matarte. No puedes ir a Langaer. Si vas morirás, tan seguro como que estoy en pie ante ti ahora.

La mirada de él era de incredulidad y aunque quería encogerse, ella mantuvo su posición cuando se acercó a la ventana con largos pasos, donde el choque de las espadas todavía se escuchaba. Lizzie no se movió. Sabía a quien buscaba. Su espalda se tensó y los músculos se endurecieron bajo su piel morena. Ella quería ir hasta él, sentir su corazón contra su oído, como lo había escuchado un minuto antes de abrir su gran boca.



Tenía que salvarlo, para poder tener esos momentos en el futuro. Porque no podía perderlo ahora, no cuando se había enamorado de él.

Kieran se pasó la mano por el pelo y se volvió hacia ella. Su rostro era una máscara seria.

— ¿Por qué le acusas de traición?

— Porque es la verdad.

Un nervio de su mandíbula se contrajo.

— ¿Cómo lo sabes? — preguntó con voz cortante y brusca.

— Solo lo sé.

Atravesó el cuarto yendo hacia ella, pero se detuvo de golpe.

— Me lo vas a decir ahora.

Lizzie cerró los ojos. Siempre supo que no iba a ser fácil contárselo. Esperaba que ella negara la acusación, pero la ira que vio en sus ojos azules le hizo dar un paso atrás.

Respirando hondo, dijo sin pensar.

— Lo sé porque puedo ver el futuro.

Él sacudió la cabeza como si no la hubiera oído.

— Te lo juro, Kieran. Vas a ser asesinado por Hugh de Vesli. He visto el futuro y se como pasará.

Kieran la miró sin pestañear, con las facciones endurecidas.

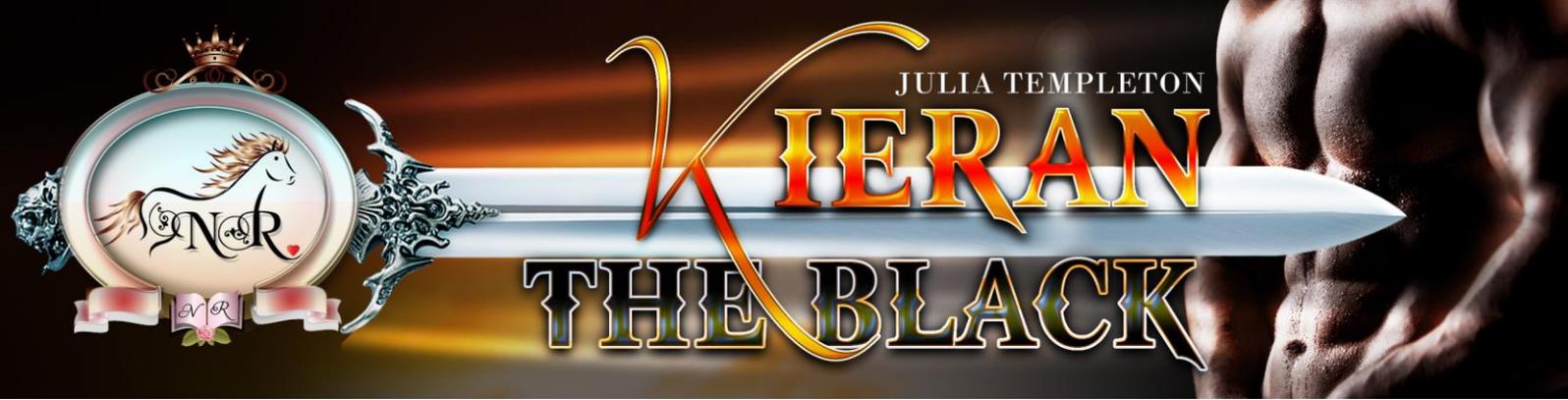
— *Nay*. Hugh me prometió respeto y fidelidad. Es mi compañero, mi vasallo, mi amigo. No me traicionaría. Es leal, más fiel que cualquier hombre o mujer que conozco.

Ella notó el ligero desprecio en su voz, y eso la hirió.

— ¿Por qué te iba a mentir, Kieran? ¿Qué ganaría con eso?

Kieran fue hacia la puerta.

— Eres sajona.



En realidad, norteamericana. Una estadounidense que no quiere que mueras. Le quiso gritar esas palabras, pero no podía por miedo a que la declarase loca y la encerrara en una mazmorra.

– Te lo digo porque me preocupo por ti. Eres mi esposo y quiero que vivas.

– Estás diciendo locuras.

Ya en la puerta, se giró hacia ella, con las manos en las estrechas caderas, más imponente de lo que nadie tenía derecho a ser. Ella no quería pelear... solo quería que la escuchara.

– No estoy loca. Piénsalo Kieran. Recuerda el pasado. ¿Ha mostrado Hugh alguna vez celos de ti o de algo que tienes? ¿Ha querido de alguna forma superarte? – Lizzie lanzó un suspiro frustrado – por favor, no vayas a Langaer. Quédate aquí conmigo... donde estas a salvo.

Quédate conmigo, donde estás a salvo.

Las palabras resonaban una y otra vez en los oídos de Kieran. Sentado en una silla con Hugh a su lado, escuchaba las conversaciones a su alrededor sin prestar atención. Elizabeth permaneció en el dormitorio en lugar de bajar a cenar con él. Hizo que Mary le dijera que no tenía apetito. No le gustaba lo que le había dicho de Hugh y estaba molesto. No quería creer a Elizabeth. Hugh había sido su vasallo durante seis años. Habían luchado juntos en muchas batallas. Hugh era un caballero digno y Kieran nunca se había cuestionado su honor.

Sin embargo, ahora, el miedo de Elizabeth le hacía dudar de la lealtad de su vasallo más apreciado y la odiaba por eso. ¿Sería Hugh tan leal como Kieran pensaba? Se frotó la herida que había recibido precisamente esa tarde.

Kieran miró a Hugh, que observaba las mesas de abajo. Allí, mirando al joven caballero estaba Gwendolyn, con los labios arqueados en una sonrisa descarada. No le molestó nada que su ex amante deseara a Hugh. Incluso era mejor que se uniera a otro y le dejara en paz. En verdad se había sentido aliviado porque no hiciera una escena ante Elizabeth. Desde que fue expulsada



de su cama la noche en que Elizabeth se levantó de su lecho de muerte, él y Gwendolyn no se habían encontrado y deseaba que siguiera así.

Tomó un trago de cerveza apretando la copa con fuerza, con la acusación de Elizabeth vibrando en sus oídos. La cena siguió con Kieran observando, comiendo poco, bebiendo menos y pensando demasiado. Recordaba la determinación en el rostro de Hugh siempre que luchaban juntos, practicando con el arco e incluso cazando. Kieran nunca había pensado mucho en el asunto, pero quizás el hombre realmente le envidiase de alguna forma.

Muchos de los aldeanos salieron, y después sus soldados, la mayoría para prepararse la cama para la noche. Solo unos pocos partirían a la mañana siguiente, el resto se quedarían para proteger Aedelmaer.

Poco después Hugh le deseó buenas noches, Kieran se recostó en la silla observando al joven abandonar el salón.

Kieran lo siguió, deteniéndose para hablar con Olivier un momento.

Encontró a Hugh tras el almacén de armas... tenía compañía. Gwendolyn estaba de rodillas, con las manos de Hugh sobre sus cabellos, atrayéndola hacia su polla. Gwendolyn chupaba con avidez, con las manos apoyadas en los muslos del joven soldado, moviendo la cabeza con un ritmo frenético. Hugh echó hacia atrás la cabeza, un gemido ahogado salió de su garganta.

¿Ha mostrado Hugh alguna vez celos de ti o de algo que tienes?

Kieran los dejó solos. Cuando salió al patio en dirección a la fortaleza, su mirada se fijó en la ventana de su cuarto con la esperanza de vislumbrar a su esposa. Estaba furiosa con él. Sus palabras y su fuerza le habían sorprendido. La mayoría de las mujeres de su edad eran inseguras, pero había una madurez en Elizabeth que otras mujeres no poseían. Le sostenía la mirada con firmeza, sin ceder, ni siquiera en la agonía de la pasión. Ella lo miraba como si leyera sus pensamientos y muchas veces decía exactamente lo que él estaba pensando.

La inseguridad le recorrió la espalda. Le había dicho que podía ver el futuro. ¿Sería una bruja? ¿Estaría alguien ocupando el cuerpo de Elizabeth? Todo el mundo, desde Mary la criada de mayor confianza de Elizabeth a los aldeanos, comentaban sobre el cambio radical en su personalidad, como si alguien más se



hubiera apoderado de su cuerpo. ¿Qué había causado realmente la transformación de una niña callada y tímida en aquella mujer sincera y atrevida?

Subió las escaleras hasta el segundo piso. Se paró ante la puerta de su habitación, levantó la mano para llamar y vaciló. Escuchó que alguien cantaba, levantando el pestillo abrió la puerta.

Mary, que estaba arreglando la habitación, se volvió hacia él.

– Milord.

– ¿Dónde está mi señora esposa?

– Creo que la encontrará en la cabaña del panadero.



Capítulo 4

¿La cabaña del panadero?

¿Qué hacía Elizabeth a esas horas de la noche en la cabaña del panadero? Se agachó para entrar en la vivienda en la que hacía un calor sofocante, entrecerró los ojos ante la humareda, buscándola.

La encontró con el cabello recogido en la cabeza del que se escapaban algunos mechones por su cuello, acariciando sus caderas y estrecha cintura. De espaldas a él estaba ante una gran mesa, troceando manzanas. A su lado, también con un delantal, estaba su escudero, Olivier. Sus cabellos sujetos con una cinta, mientras ponía harina en un gran recipiente de madera.

Un lado de la boca de Kieran se curvó divertido.

¿Estaban cocinando?

Toda la actividad se paralizó en la cocina, todos, excepto los dos ante la mesa, que estaban con las cabezas inclinadas como si estuvieran hablando entre ellos. ¿De qué hablaban? Esos dos estaban tan unidos como los ladrones, nunca estaba uno muy lejos del otro. En verdad, creía que Olivier había ido corriendo a Elizabeth en cuanto le dispensó de sus tareas. En vez de estar celoso de su escudero, envidiaba al muchacho por el tiempo que pasaba con su esposa. Los dos parecían tener un vínculo secreto que Kieran ansiaba tener con Elizabeth, que se había vuelto tan misterioso para él como la forma en que se comportaba cuando tomó posesión de Aedelmaer.

Sintiendo obviamente que habría una confrontación, los sirvientes salieron por la puerta trasera. Elizabeth al fin había notado que todos huían y se volvió. Tenía harina en la nariz, a lo largo de la mandíbula y en el corpiño del vestido,



donde el delantal no lo cubría. Le sonrió dulcemente y el corazón de Kieran se sacudió.

A su lado, Olivier miró por encima del hombro y palideció. Se esforzó por quitarse el delantal, pero Kieran levantó la mano.

—Tu señora necesita tus servicios más que yo, Olivier. Por favor, termina lo que has empezado.

Aunque a regañadientes, Olivier siguió añadiendo ingredientes en el recipiente, Elizabeth se acercó a Kieran y le pasó los brazos por lo hombros. El mal humor, o mejor dicho, todo el miedo que sentía, se desvaneció con el abrazo.

—Has arruinado mi sorpresa.

Kieran enterró el rostro en sus cabellos, el perfume de rosas atacó sus sentidos. Dios lo ayudase, pero perdía la cordura cuando estaba en su presencia. Adormecía sus pensamientos a tal punto que le costaba mantener uno solo decente en su cabeza. Deseaba tomarla allí. La imaginó tumbada sobre la mesa con las piernas bien abiertas para recibirlo.

—¿Qué pensamientos malvados pasan por esa cabeza? —preguntó ella, besándolo levemente en los labios.

—¿También puedes leer mis pensamientos? —murmuró contra sus labios— realmente eres una bruja.

—No, no lo soy. Solo quiero creer que tus pensamientos son reflejo de los míos.

Su verga se levantó con esas palabras. Se presionó contra ella, dejándola sentir lo que hacía con él. Ella levantó una ceja.

—No me provoques milord. Hoy he trabajado muy duro para complacerte.

—Me complaces en todos los sentidos.

—¿Yo? —ella pareció sorprendida— y yo que pensaba que estabas enojado conmigo.

Olivier carraspeó abruptamente y Kieran miró al chico, que a su vez hizo un gesto hacia la puerta.



Kieran se dio la vuelta. Hugh de Vesli estaba con el brazo apoyado contra el marco de la puerta con el rostro inexpresivo.

– Milord, los hombres están preparados.

Se volvió hacia Elizabeth cuya sonrisa había perdido su brillo. Según se aproximaba Hugh se ponía más tensa. ¿Podría estar diciendo la verdad? ¿Podría, de hecho, ver el futuro? ¿Temía por su vida? Una parte de él se sentía culpable por cuestionar la lealtad de Hugh hacia él, sobre todo cuando la persona que lo acusaba lo conocía desde hace tan poco tiempo. A pesar de su deseo de confiar en ella sin dudar, una pequeña voz le decía que tuviera cuidado.

– Estaré aquí cuando regreses – dijo mirando a la mesa – estaré sola.

Los lados de su boca se curvaron.

– Regresaré pronto.

La tarta de manzana se enfriaba en la ventana, Lizzie había colocado estratégicamente el delantal que utilizó Olivier, usándolo de cortina. Ya había limpiado la mesa y ahora estaba sentada en la dura madera, esperando con impaciencia a Kieran.

Se sintió aliviada cuando fue a buscarla. Aunque no había podido unirse con él en el salón, especialmente tan cerca de Hugh sin perder la compostura y llorar; tampoco había sido capaz de esperarle en el dormitorio. Inquieta y desanimada, hizo lo que siempre hacía cuando necesitaba distraerse. Cocinar.

Encontró a Olivier en el patio y le pidió que la ayudara. Él aceptó sin dudar. Pensó al menos mil veces suplicar a Olivier que no fuese a Langaer al día siguiente, pero sabía que Kieran se pondría furioso si ella le dijera algo. Además, no quería asustar al chico. No era algo fácil, pero tenía que detenerlos a ambos, Kieran y Olivier, impedir que se marcharan mañana.



Si Kieran insistía en ir a Langaer, entonces le pediría que la llevara con él. No estaba segura de cómo podía ayudarle, pero sabía que le sería imposible permanecer en Aedelmaer cuando se marchara.

Y Olivier. Su corazón dio un pequeño salto al pensar en el joven. En las últimas semanas se había convertido en su confidente, su compañero y amigo, quería verlo crecer y convertirse en adulto, que se convirtiera en caballero y se enamorara.

Escuchó pasos acercándose y se enderezó, colocándose el delantal en la cintura, era la única ropa que vestía. Su trasero desnudo descansaba sobre la mesa todavía caliente. Ahora que había llegado el momento, estaba nerviosa, se movió y respiró profundamente. Nunca en su vida había hecho algo tan escandaloso cuando se trataba de sexo. La cosa más atrevida que hizo fue una felación a Brent mientras conducía por la carretera. Aparte de eso no recordaba haber hecho el amor ni una sola vez con las luces encendidas o sin ningún tipo de ropa. Recordó que él no sabía lo que eran los preliminares. En todos los años que estuvieron juntos, solo le hizo sexo oral unas pocas veces y su técnica dejaba mucho que desear.

El hombre podría haber aprendido algunas lecciones con Kieran.

Kieran no llamó a la puerta... simplemente la abrió. Al verla, levantó las cejas y rápidamente la cerró atrancándola. Se puso ante ella con las manos en sus estrechas caderas, mirándola, sus ojos azules brillaban fijos en sus pechos y pezones que se erguían como el relleno del pastel de manzana. Ella respiró profundamente, levantó las caderas y abrió ligeramente las piernas... lo suficiente como para que él tuviera una seductora visión de lo que le esperaba. Su mirada se dirigió a algo tras su cabeza, se quitó la túnica apresuradamente y comenzó de desatarse las calzas. Se las quitó junto con las botas, tirándolas de cualquier manera, fue hacia ella con su enorme miembro totalmente erecto.

Un caliente deseo fluyó por las venas de Lizzie, descendiendo hasta su vientre y piernas. Kieran se situó entre sus muslos, con una sonrisa auténticamente perversa en su hermoso rostro. De repente le acercó el trasero al borde de la mesa, apretando toda su longitud contra ella. Mirando por encima, vio la taza con el relleno del pastel y sonrió diabólicamente al mojar un largo



dedo en ella. El pulso de Lizzie estaba acelerado cuando él se puso lentamente de rodillas. Se quedó sin aliento cuando sus dedos cubiertos por el relleno caliente lo extendieron por su núcleo y vagina. El corazón de Lizzie martilleaba cuando colocó sus piernas sobre los hombros, lamiendo su vagina y acariciando con la lengua su perla de placer.

Con un suspiro de satisfacción, Lizzie se dejó caer sobre la mesa y cerró los ojos cuando la lengua de Kieran acarició sus suaves pliegues, lamiéndola, rodeando su clítoris con la lengua, jugando con ella sin descanso. Sentía excitado el cuerpo entero. Su cuerpo se estremecía con el inminente orgasmo. Él la calmó con una mano firme en el estómago, sujetándola allí, continuó con su asalto. Ella levantó la cabeza, mirándolo con placer. La visión de su oscura cabeza entre los muslos era increíblemente erótica. Como si él sintiera su mirada, levantó la vista. Tras las gruesas pestañas, los ojos tenían un brillo diabólico mientras chupaba su clítoris rígido. Su cabeza se apoyó en la mesa, agarrándose a los bordes para sujetarse.

El calor recorrió cada centímetro de su cuerpo, haciéndola estremecer al contacto de aquella hábil lengua. El clímax rondó su cuerpo, su corazón se aceleró mientras luchaba por respirar. Entonces la golpeó como olas rompiendo contra la orilla, haciéndola desplomarse contra la dura madera de la mesa, intentando respirar.

Fue consciente de sus grandes manos acariciando el interior de sus muslos, los dedos largos y suaves se movían bajo su trasero, apretándola, acercándola más a su boca mientras la amaba una vez más. Este hombre era demasiado bueno para ser verdad.

Acarició y rodeó el clítoris con la lengua, y luego la introdujo en su interior, eso fue todo lo que pudo soportar. Con las piernas en sus hombros arqueó la espalda, ansiando una nueva liberación.

Cuando levantó la vista, Kieran se deslizaba por su cuerpo. Los largos dedos acariciaban sus piernas, luego el vientre al tiempo que la besaba, subiendo por el estómago hasta los senos, donde lamió un pezón, y seguidamente el otro, tomándolo con los dientes y labios, haciéndola tensarse nuevamente.



Desesperadamente, trató de alcanzar su eje con la mano, pasando un dedo sobre la cabeza del tamaño de una ciruela que ya estaba purpura por la necesidad. Le miró, con los ojos pesados, apasionados, diciéndole sin palabras lo que quería hacerle. Observó la taza del relleno. Quería devolverle el favor tomándolo en la boca, probarlo, lamerlo, darle el mismo placer que acababa de darle. Se arrodillo sobre la mesa, usando sus piernas para abrirle los muslos tanto como fuera posible. Aparentemente, él tenía otra cosa en mente.

Se introdujo en ella. Sin abandonar su mirada mientras se impulsaba lentamente. Su cabeza cayó contra la mesa y gimió extasiada.

– Mírame mientras te amo, Elizabeth.

Su respiración era entrecortada mientras empujaba una y otra vez. Ella se agarró a sus anchos hombros, su vientre contrayéndose cuando otro orgasmo la sacudió de forma tan rápida que la hizo llegar a las estrellas. Puso su boca contra la de ella, con su lengua entrando y saliendo, coincidiendo con el impulso de su lanza dentro de ella.

Lizzie se tambaleó con la fuerza del clímax. Abrió los ojos para encontrarle mirándola, gotas de sudor brillaban en su frente mientras mantenía su deseo bajo control. Él sonrió suavemente, luego reclamó su boca con un beso que la robó el aire de los pulmones. Introdujo su miembro profundamente en una embestida final y culminó con un rugido triunfal.

Lizzie abrió los ojos. Se sentó abruptamente y abrió las cortinas de la cama. La luz del día entraba por la ventana, iluminando el sitio vacío a su lado. Su estómago se contrajo en un nudo apretado. Era demasiado tarde.

Kieran había partido para Langaer.

Anoche habían reído todo el camino desde la cabaña del panadero hasta sus aposentos y después hicieron de nuevo el amor. Ya era de madrugada cuando se durmieron uno en brazos del otro.



Durante toda la noche le pidió que la llevara a Langaer, pero él la hizo callar diciendo que hablarían de ello por la mañana.

Pero no lo habían hecho.

— ¡Mary! — gritó Lizzie, yendo hacia la puerta.

En cuestión de minutos, se escucharon los pasos de Mary corriendo escaleras arriba. La puerta se abrió y Mary apareció con ojos asustados.

— ¿Qué pasa milady?

Lizzie puso un par de vestidos sobre la cama.

— Ayúdame a empaquetar.

— ¿Dónde va, milady?

— A Langaer.

Mary contuvo el aliento.

— *Nay*, no puede. Su Excelencia partió esta mañana dando órdenes estrictas de que usted permaneciera en Aedelmaer. No seré responsable si algo le sucede a usted.

Lizzie que estaba amontonando algunos vestidos se giró a ella.

— ¿Prefieres ser responsable por no impedir su muerte? Porque serás culpable si me impides salir.

Los ojos de Mary se abrieron.

— ¿Qué locuras me está diciendo?

— He visto el futuro, Mary. Kieran morirá si no puedo detenerlo. Está yendo directamente a una emboscada.

— Milady, no haga eso...

— Olivier también morirá.

Mary se atragantó mirándola asombrada.

— ¿Cómo sabe algo así?

— No voy a dejar que suceda, y creo que tú tampoco deseas una muerte en tu conciencia. — Lizzie miró los vestidos, ninguno servía para cabalgar — . Necesito



ropa de escudero. Cualquier cosa que se ajuste, también un sombrero. Sujetaremos mi pelo con horquillas para que no descubran que soy una mujer.

– Voy con usted – dijo Mary impulsivamente con el rostro pálido.

Lizzie se volvió hacia la criada colocándole las manos en los hombros. Estaba a punto de decirle que de ninguna manera, cuando recordó algo. No tenía ni idea de cómo llegar a Langaer.

– ¿Has estado alguna vez en Langaer?

Mary asintió.

– Estuve en dos ocasiones, una de ellas cuando apenas tenía doce años por mi compromiso.

Lizzie se estremeció ante la idea de niños comprometidos a una edad tan temprana. Tenían una infancia muy corta.

– Bueno. Sugiero que te hagas con un traje de escudero para ti también.

Cuatro horas después, helada y amargamente consciente de que solo había montado a caballo dos veces en su vida, Lizzie se alzó en los estribos estremeciéndose cuando todos sus músculos protestaron. Es cierto que tenía un cuerpo joven, pero mentalmente iba camino de la mediana edad. Miró a Mary notando que su criada no se sentía mejor. La mujer estaba sentada con la espalda totalmente recta, su cabello oscuro y grueso estaba amontonado bajo el gorro que se había bajado hasta las orejas.

– Pareces un chico guapo, Mary – dijo intentando aligerar el ambiente.

Mary frunció el ceño.

– No le veo la gracia, milady. Estoy cansada y pienso que estamos irremediabilmente perdidas.

Esas no eran las palabras que Lizzie quería oír. En lugar de ceder a la frustración, pidió a Mary que hablara, pero la mujer estaba claramente desconcertada e irritada. Por lo que prosiguieron en silencio.

Una risotada masculina sonó en la distancia y Lizzie levantó la mano.



— Me pregunto si serán...

Las palabras no habían terminado de salir de su boca cuando dos hombres armados aparecieron entre los árboles. Lizzie se sintió aliviada al reconocer los colores de Kieran en el estandarte.

— ¿Quiénes son y de donde vienen? — preguntó uno de ellos. Tenía aspecto amenazante con la cota de malla de la cabeza a los pies.

Lizzie se enderezó en la silla.

— Traemos un recado para Lord D'arcy.

Uno de los hombres hizo un gesto al otro, desconfiando obviamente se acercaron. Un momento después las riendas fueron bruscamente arrancadas de las manos de Lizzie y Mary, que la miró suplicante. Al parecer los soldados no las reconocieron con sus cabellos recogidos y vestidas como escuderos. Abrió la boca para decirles quien era ella, pero decidió no hacerlo. Si tenía suerte, la llevarían directamente ante Kieran.

En diez minutos llegaron al campamento donde los hombres se juntaban ante una hoguera. Se divisaban tres tiendas de campaña en la distancia. Lizzie divisó a Kieran inmediatamente, más alto que ninguno estaba ante una hoguera, todavía vestido con la cota de malla completa, parecía un auténtico guerrero. Olivier estaba a su lado. El joven dijo algo y Kieran sonrió. El gesto hizo que el corazón de Lizzie saltara en su pecho. ¡Ah! Era tan guapo. Estaba completamente loca por ese hombre.

Cuando se aproximaron, Kieran se giró. Ella se puso tensa sintiendo su mirada.

— Desmonten — dijo el hombre a su lado, esperando que ella obedeciese.

Lizzie asintió con la cabeza a Mary, que desmontó y bajó su sombrero hasta los ojos, escondiéndolos.

Unos dedos rodearon el brazo de Lizzie. Un caballero la empujó hacia el frente.

— Barón, encontramos a estos jóvenes en los alrededores. Seguramente nos han seguido.



Con el ceño fruncido, Kieran se acercó, su mirada recorriéndola desde el gorro a la punta de sus botas, subiendo de nuevo poco a poco.

Lizzie se abstuvo de sonreír mientras Kieran la traspasaba con su mirada. Levantó una ceja junto con un lado de su boca. Miró a Mary, pero solo un momento, antes de que su atención regresara a ella.

—Quiero hablar con este... *escudero* a solas. —El hombre empujó a Lizzie al frente. Kieran le dio una mirada de advertencia—. ¿Crees que esta es la manera de tratar a un huésped, Maubenc?

El caballero pareció avergonzado.

—No milord.

Kieran miró a Mary.

—Debes estar cansado de la agotadora jornada. Por favor, coma y beba con los demás.

Mary inclinó la cabeza, se bajó el sombrero aún más y se fue directa al fuego.

Lizzie entró en la tienda y se volvió, esperando a Kieran. No tuvo que esperar. Él entró, aseguró la entrada y la encaró. La sonrisa en su boca no llegó a sus ojos.

—Escudero, tienes un asombroso parecido con alguien muy querido para mí.

Lizzie levantó la barbilla.

—¿En serio? ¿Y quién es?

Sus labios temblaron.

—Una hechicera de cabellos rubios que me ha atrapado en su malvada tela de araña. Incluso ahora, cuando te miro, es el rostro de ella el que veo.

—¿Será una alucinación, tal vez?

Él rió bajo.

—*Nay*, creo que no. Creo que esa hechicera me siguió hasta aquí —su mirada se desvió hacia la túnica descendiendo a las ajustadas calzas, las cuales Lizzie sabía que realzaban sus largas piernas. Ella se removió reconociendo esa mirada apasionada en los ojos de su marido. Dios la ayudase, ella lo quería allí y ahora.

—Quítate el sombrero, esposa.



Ella fingió asombro.

– No soy su esposa.

Él gruñó.

– Reconozco esa cara y esas piernas – recorrió la distancia que los separaba, extendió la mano y pasó los dedos por su entrepierna – reconozco este dulce bocado de aquí – dijo acariciando la hendidura húmeda bajo el suave tejido de las calzas.

– No es justo – dijo ella con un gemido, poniéndose de puntillas para besarlo. Él la besó con fuerza apretándola contra sí–. Tu cota de malla se interpone en nuestro camino.

Él la colocó delante con una sonrisa.

– Antes de que me olvide de cuan deseable estas, te ruego me digas que estás haciendo aquí. ¿Debo pensar que me extrañabas tanto que no podías soportar la idea de estar separada de mí durante quince días?

Todas las señales de alegría desaparecieron de sus facciones, sustituidas por una intensidad que la mantuvo inmóvil en el suelo. Ella tragó en seco.

– Ya te lo dije. Temo por tu vida.

– ¿Quieres que me esconda en Aedelmaer, Elizabeth? ¿De verdad? ¿Qué pensarían nuestros enemigos? ¿Qué pensaría mi Rey? *Nay*, no voy a vivir como un cobarde. No temo a nadie.

– Vuelve a casa – las palabras salieron de ella mientras las lagrimas quemaban sus ojos, desvió la mirada avergonzada por no poder resistir la presión. Si fuera necesario, lo arrastraría con sus propias manos de vuelta con ella.

– Shhh – dijo él en voz baja, abrazándola –. Vamos, Elizabeth. Estoy bien – levantó su barbilla con dedos gentiles – soy de carne y hueso como puedes ver y sentir con tus propias manos. No tengo ninguna intención de convertirte en viuda para que algún otro vigoroso caballero normando te ponga debajo de él.

Ella sabía que intentaba animarla, aunque sus ojos habían perdido el brillo e incluso su mandíbula estaba tensa.



– *Nay*, Elizabeth. No voy a dejarte. No ahora. No hasta que envejezcamos juntos y tengamos muchos niños.

Dios lo oyese.

– Envié a Sir Hugh por delante para informar a Richard de nuestra llegada.

Ella se puso tensa.

– ¿Cuánto tiempo hace?

Las palabras acababan de salir de su boca, cuando uno de los hombres de Kieran carraspeó por fuera de la tienda.

– Milord.

– ¿Si? – Kieran habló por encima de su hombro.

– Se acercan hombres. Creemos que es Sir Hugh, ya que son sus colores... aunque hay más hombres con él de los que partieron.

Todos sus temores se estaban cumpliendo. Lizzie comenzó a temblar. Una intensa sensación de horror cayó sobre ella, sentía que iba a vomitar.

Kieran la besó suavemente.

– Quédate aquí, veré que está pasando.

Ella no lo hizo, esperó unos momentos antes de seguirlo fuera de la tienda. El grupo de una docena de hombres, todavía con sus armaduras, cogieron sus escudos y armas. Mary corrió a su lado y la sujetó por el brazo. Era la primera vez que la mujer demostraba su miedo. Olivier la miró, con ojos sorprendidos. Obviamente Kieran no había sido el único en ver a través de sus disfraces.

Kieran montó en su caballo, con la mirada en su escudero.

– Olivier, tú te quedas con mi esposa y Mary. Bajo ninguna circunstancia las pierdas de vista. ¿Me entiendes?

Olivier asintió con la cabeza entregando a Kieran su arco y escudo.

– Dios este con usted, milord.

– Y contigo, Olivier – Kieran se giró en la silla, con la vista clavada en ella – Milady, voy a volver.



Lizzie observó impotente como Kieran y sus hombres partían, dejándola a ella, Olivier y Mary solos. La oscuridad los envolvió hasta que solo pudo escuchar los latidos de su propio corazón. Luego escuchó gritos de rabia, seguidos por el choque de metal y los gruñidos de los hombres. Elizabeth cogió la mano de Mary.

—Regresa a Aedelmaer y diles que su Señor está en problemas —se volvió a Olivier — y tu iras con ella.

Él negó con la cabeza furiosamente.

—*Nay*, no lo haré, milady.

Lizzie sujeto su cabeza entre las manos y le miró.

—Vas a hacer lo que te digo. Regresa con Mary. Tu señor está en apuros. Necesita de tu ayuda... ¡ahora! No hay tiempo que perder.

Lizzie temblaba de miedo y por la mirada obstinada del joven ante ella sabía que era inútil ordenarle nada. Había dado su palabra a Kieran de que se quedaría con ella y no rompería esa promesa. Él agarró sus manos, las apartó de su rostro y las mantuvo apretadas contra él.

—*Nay*, milady. Di mi palabra a Lord D'arcy y no la romperé.

Con una frustrada maldición, Lizzie se giró hacia Mary.

—Vete, ahora, lo antes posible. Cabalga tan rápido como puedas a Aedelmaer. Diles que Kieran y sus hombres han sido emboscados. Trae todos los hombres disponibles de Aedelmaer.

—Si, milady —Mary corrió hacia el caballo y en segundos estaba en camino.

—Milady, no lo entiendo... —la voz de Olivier estaba llena de incertidumbre y de algo más. ¿Miedo?

Ella tiró de él, sin poder evitar que las lagrimas cayeran.

—Prométeme que harás lo que te diga. Prométeme que no importa lo que... no importa cuánto quieras negar lo que les diga a ellos, les dirás que es verdad.

Olivier arrugó la frente.

—No entiendo. ¿Quiénes son esos "ellos" de los que habla?



¿Qué les pasaba a estos soldados? Continuamente cuestionaban todo lo que ella decía.

—En estos momentos, Kieran está luchando por su vida, y si Dios quiere vivirá para ver el mañana. Pero independientemente de lo que pase, sea quien sea el que aparezca por encima de aquella colina, debes estar preparado para mentir. Nuestras vidas dependen de ello.

No había terminado de hablar cuando escuchó el sonido de cascos de caballo acercándose. Nunca en su vida había tenido tanto miedo.

—Prométemelo, Olivier —susurró, al oír a los caballos más cerca— pase lo que pase, no digas una palabra a no ser que te lo pida. Déjame hablar por los dos. ¿Me lo prometes?

Parecía muerto de miedo, pero para su asombro, asintió con la cabeza.

—Lo prometo, milady.

Ella suspiró.

—Mantente con vida, Olivier. Solo sigue vivo.

Su respiración se agitó al ver aproximarse a unos hombres desconocidos. La bandera de D'arcy ondeaba entre la tropa, pero los hombres que se acercaban no eran normandos. Eran sajones de cabellos espesos, barbudos que iban hacia ellos... rápidamente.

Lizzie vaciló sobre sus pies ahogando un grito. Los normandos habían sido derrotados. ¿Por qué sino iban a estar allí en vez de Kieran y sus hombres? El dolor y la furia la atravesaron, ahogando su respiración como si le hubieran dado un golpe en el estómago. Dios mío, ¿cómo podría vivir sin Kieran? Pensar que podría estar cerca, herido, hizo que se mordiera el labio con fuerza.

El hombre ante ella levantó la mano. El caballero la miró, un lado de su boca se levantó en una mueca. El hombre tras él levantó el arco, su objetivo estaba claro. Ella moriría si no decía alguna cosa.

Su garganta estaba cerrada por las lágrimas no derramadas, entonces hizo la única cosa que pudo pensar. Se arrancó el gorro, dejando que sus cabellos se extendieran por su espalda.



El hombre bajó el arco y el que estaba al frente sonrió.

—¿Qué tenemos aquí? ¿Los normandos visten a sus amantes como escuderos?

Olivier enrojeció a su lado, pero ella le apretó la mano.

—*Nay*, no soy la amante de un normando, soy Lady D'arcy de Aedelmaer.

Las palabras acababan de salir de su boca, cuando los sajones se separaron como el Mar Rojo, dejando a un hombre ante ella.

El estómago de Lizzie se encogió, reconociendo que el hombre que avanzaba era nada menos que Richard, el prometido de Elizabeth. Aquel con quien rompió su compromiso. Llevaba la armadura de Hugh, portaba los colores de D'arcy. Hugh no había emboscado a su señor finalmente. Por el contrario, Richard estaba vestido como Hugh.

Se le revolvió el estómago. Hugh había sufrido la muerte de un traidor, pasó a la historia como un traidor que había matado a su señor a sangre fría, cuando en verdad el fiel vasallo murió cumpliendo con su deber.

Richard desmontó, se quitó el casco y lo tiró a un lado.

—¿Elizabeth?

—¿Richard? —dijo Lizzie, echando la cabeza hacia atrás para mirar al sajón que era casi de la misma altura que Kieran, pero no era tan fuerte, ni tan guapo. Sus cabellos castaños estaban enmarañados, llevaba barba como el resto de sus soldados, pero la suya era más corta. Sus ojos castaños estaban fijos en ella y sonrió ampliamente, descubriendo unos dientes blancos pero torcidos. Lizzie arrugó la nariz. Olía a rancio.

La tomó en sus brazos echándose a reír.

—No podía haberlo planeado mejor. Los cielos ciertamente me sonrían este día. ¿Por qué motivo mi señora se entregaría a mí, momentos después de que maté a mi enemigo? —dijo volviéndose a sus hombres— hoy celebraremos, no solo el haber vencido a esos bastardos normandos de una vez por todas, sino que mi mujer ocupe su verdadero lugar a mi lado.

Richard se rió por lo bajo susurrándole al oído.



—No tengas miedo milady. Te protegeré. No tienes que temer más a esa bestia normanda. Mi arquero apuntó a su corazón, y nunca falla.

Lizzie temblaba un poco por miedo, y mucho por dolor. Había confirmado su peor miedo. Kieran estaba muerto.

Él la colocó a su lado y la atención de Richard se volvió abruptamente hacia Olivier, que estaba de pie con la cara blanca y los ojos muy abiertos. Lizzie vio la confusión en sus ojos. Le vio ponerse rígido de la desesperación, pero ella captó su mirada implorándole que confiara en ella, recordándole su promesa.

Richard la apartó.

—¿Quién es este? —desenvainó la espada ensangrentada.

Lizzie colocó su mano sobre la de Richard, para que la envainase de nuevo.

—Es mi fiel siervo, Olivier.

—¿Es normando?

—Si milord —Lizzie forzó una sonrisa— se convirtió en uno de mis favoritos en el momento en que llegó con “El Negro”. Es como un hermano para mí, odia a los normandos tanto como yo. Durante años, su señor abusó de él... hasta que yo lo puse bajo mi protección. No podía soportar dejarlo allí, para que aquellas bestias descargaran su furia sobre él, por lo que me lo llevé conmigo en mi fuga.

Richard la miró.

—¿Tu fuga?

Ella asintió con la cabeza.

—*Aye*, El Negro nunca me perdió de vista, cuando se fue esta mañana vi la oportunidad de huir. Traje a mi siervo de confianza conmigo. Le dije a Olivier que eras un Lord gentil y que lo tratarías como si fuera de la familia.

Richard miró a Olivier con escepticismo, luego se volvió hacia Elizabeth. Sus ojos buscaban en su cara, como si pudiese encontrar la verdad. Ella se mantuvo sin parpadear. Sintiendo incomoda por su escrutinio le echó los brazos al cuello y se apretó contra él.

—Milord, no tengo palabras para decir lo feliz que estoy de verlo. Temía por mi vida todos los días, recé por el día en que estuviéramos juntos.



El sexo duro de Richard se restregaba contra ella y sus manos abrazaron su cintura.

— Estoy muy contento por este recibimiento. También me gusta escuchar que arriesgaste tu vida para escapar del normando — dijo levantándole la barbilla con suavidad — no tienes nada que temer. Finalmente estamos juntos, nuestros cónyuges normandos están muertos, enterrados donde pertenecen y ahora estamos con quien Dios quiere que estemos.

Los ojos de Richard estaban oscuros por la lujuria. Ella conocía bien esa mirada y se dio cuenta que podía haber mordido más de lo que podía masticar. No tenía ni idea de cómo iba a esquivarlo cuando llegasen a Langaer. Parecía preparado para saltar sobre ella.

— ¡Regresemos a Langaer y celebremos nuestra victoria de este día!

Los caballeros sajones saquearon el campamento, llevándose todo lo que pudieron acarrear. Olivier montó en un caballo y Richard puso a Lizzie encima de su silla antes de subir tras ella.

Lizzie escudriñó con la mirada el campo y los alrededores, buscando cualquier señal de Kieran y sus hombres. La luz de la luna era débil, cubriendo el paisaje de sombras. No cabalgaron mucho cuando ella notó un pequeño lugar, perfecto para una emboscada, lleno de cuerpos. Su corazón dio un salto horrorizado. Kieran y sus hombres. No pudo distinguir a su marido en medio de todos aquellos cuerpos ya que llevaban cota de malla. Cada fibra de su ser quiso matar al hombre que estaba tras ella y a todos los que cabalgaban con él.

Levantó la mirada y encontró la expresión horrorizada de Olivier. Casi lo echó todo. a perder. Parpadeaba para contener las lágrimas, tenía la boca abierta sin poder creerlo. Lizzie le hizo una señal de advertencia. Él se apartó de ella, mirando al frente, con un nervio pulsando en su mandíbula y estremeciéndose como si le hubieran herido.

Estaba dolido y confundido. ¿Cómo no iba a estarlo? No tenía ni idea de lo que iba a hacer cuando llegaron a Langaer y tampoco le importaba en esos momentos. Si pensase solo en ella, podían lanzarla a la mazmorra y dejarla allí hasta que se pudriera, pero tenía que pensar en Olivier. Si Dios quería, Mary



llegaría sana y salva a Aedelmaer y alertaría a los hombres. Ellos buscarían a Kieran y los suyos, los llevarían de vuelta a Aedelmaer y los enterrarían. Entonces, solo entonces, irían a por ella y Olivier.

Lo que significaba que tendría que quedarse en territorio enemigo durante un tiempo.

Tendría que vivir con la esperanza de que regresaría a Aedelmaer, al lugar donde Kieran y ella habían compartido una desenfrenada pasión.



Capítulo 5

Kieran abrió los ojos y miró al cielo nocturno, las estrellas estaban borrosas, así que cerró los ojos un momento para orientarse. Un lacerante dolor le recorrió, quemándole el pecho, extendiéndose hasta su hombro derecho.

El aullido de un lobo llenó la noche, giró la cabeza, el simple acto le hizo estremecerse de dolor. Con una mirada pudo ver los cuerpos de sus hombres, esparcidos en el claro. Los recuerdos del ataque regresaron rápidamente. Hugh, o mejor un sajón vestido con su armadura, se acercó de entre los árboles, un grupo de treinta soldados saltaron sobre ellos, por no hablar de los arqueros que estaban tras los arboles, lanzándoles flechas en la distancia.

El ataque vino de pronto, con rapidez. Kieran, siempre preparado, destrozó a diez sajones antes de que una flecha le atravesara el pecho, después otra se clavó profundamente en su hombro, golpeándole con tal fuerza que lo tiró del caballo al suelo. A su alrededor, escuchaba a sus hombres luchando por sus vidas y seguidamente la oscuridad se adueñó de él.

El silencio era ensordecedor ahora. Elizabeth tenía razón. Se lo había advertido, y sin embargo cabalgó con sus hombres derecho a la emboscada. Se maldijo por no haberle creído. Ahora muchos de sus mejores soldados estaban muertos, y solo Dios sabía lo que le había pasado a Elizabeth. Una imagen de su esposa poco antes del ataque le persiguió.

Dios, ella lo había sabido desde el principio, trató de decírselo, pero no le había escuchado. Un dolor mucho peor que la herida en su pecho y hombro le recorrió. Si le pasaba algo a Elizabeth, despellejaría a Richard vivo. El odio por el traidor sajón hervía en su sangre, haciendo que Kieran bullera con el ansia de venganza.



Richard había matado a su esposa normanda porque se había interpuesto en el camino de la mujer que quería. Ahora que tenía a Elizabeth. ¿Qué haría con ella?

Lizzie se sentó en la torre esperando noticias. Había estado prisionera en el interior de las murallas de castillo durante nueve días. Dos guardias custodiaban su puerta y una criada, una vieja de ojos feroces estaba con Elizabeth las veinticuatro horas del día, siete días a la semana, observando sus movimientos, e incluso acompañándola cuando iba a hacer sus necesidades.

Los primeros días estaba agradecida de que la dejaran con su dolor. Tuvo que apartar las lágrimas y esconder su angustia por miedo a que la mujer se lo contara a Richard, y él le preguntara por su lealtad, pero a cada momento, incluso en sueños, pensaba en Kieran. Había dejado un gran agujero negro en su corazón y su vida. Se preguntaba si alguna vez volvería a sentir algo. Aunque no tenía apetito, se obligaba a comer, sabiendo que necesitaría tener fuerzas para escapar con Olivier en cuanto tuvieran una oportunidad.

Si al menos pudiera hablar con el pobre muchacho. No había visto a Richard, y no sabía el por qué de su ausencia. Pero estaba demasiado afectada para darle importancia. En su lugar, se pasaba el tiempo mirando por la ventana, esperando ver a Olivier. ¿Qué estaría haciendo el muchacho en la guarida del enemigo? Su corazón se retorció por él que lamentaba la pérdida de su señor en solitario.

—¿A quien busca lady Elizabeth? —preguntó la vieja.

Lizzie miró a la mujer, que bordaba un magnífico motivo en una túnica rojo oscuro. En varias ocasiones, había intentado que Lizzie la ayudara, pero esta le había dicho que no tenía paciencia para esas cosas. La verdadera razón era que no podía bordar. No tenía ni la menor idea de cómo se hacía y tampoco se preocupaba por aprender, especialmente ahora, cuando necesitaba toda su energía para escapar.



Unos pasos resonaron al otro lado de la puerta, minutos después, se levantó el pestillo y entró Richard, sus ojos oscuros la encontraron al instante, las comisuras de su boca se levantaron en una amplia sonrisa.

—Perdóname Elizabeth por mantenerte aquí. Me vi obligado a salir de Langaer y no confiaba en que mis hombres mantuvieran sus manos alejadas de ti.

Su mirada la recorrió posesivamente.

—¿Te han alimentado bien?

Ella asintió con una sonrisa forzada.

—Teniendo en cuenta que he estado encerrada durante casi quince días, estoy relativamente bien.

Richard frunció el ceño mientras se acercaba a ella.

—¿Crees que me ha agradado tenerte aquí?

—¿Por qué entonces tenía guardias en mi puerta día y noche? ¿Por qué tengo una criada que ni siquiera me deja intimidad para hacer mis necesidades?

Se detuvo ante ella con sus ojos paseándose por sus pechos. Se sintió aliviada de haberse cambiado la ropa de escudero por el precioso vestido, un regalo de su hermana dijo, aunque la vieja arpía había mencionado que la voluptuosa amante de Richard era casi de su mismo tamaño. Lizzie sintió un inmenso alivio al saber que el hombre tenía una amante que lo mantenía ocupado durante la noche.

Él extendió la mano, cogió un mechón de sus cabellos, se lo llevó a la nariz e inspiró profundamente.

—Lavanda. Dicen que añades hierbas a tu baño. Me complace que te prepares para mí.

Lizzie se estremeció. ¿Cómo podía pensar el hombre que ella se había refrescado para él? La única razón por la cual insistía en bañarse cada día era para ocupar su tiempo esperando que la lavanda consiguiera que su mente descansara, hasta que finalmente pudiera dormir. Las pesadillas todavía la mantenían despierta y los recuerdos de su corto tiempo junto a Kieran la hacían



dormir tanto como las pesadillas no lo hacían. Los pensamientos de su feroz caballero normando la asaltaban, haciendo que su corazón le doliera todavía más por la inmensa pérdida.

—¿Por qué frunces el ceño, Elizabeth?

Lizzie movió la cabeza y se volvió hacia él forzando una sonrisa.

—Lo siento mucho, Richard. Estoy aburrida. No he visto más que estas cuatro paredes en casi quince días. No entiendo porque me mantienes aquí encerrada, sobre todo ahora que has regresado a Langaer.

Él la levantó el mentón con los dedos y se inclinó para besarla. Ella se tensó, pero viendo el surco en su frente, se obligó a relajarse. Levantó la barbilla mostrándose más complaciente.

Richard sonrió y posó su boca sobre la de ella. Sus labios estaban secos, cuando él pasó la lengua por la línea de sus labios, ella se estremeció, pero los abrió un poco.

Gimió bajo, atrayéndola contra él, moliendo su erección contra ella.

—Ojala pudiera llevarte a la cama ahora —susurró contra sus labios.

La repugnancia la recorrió y lo apartó con brusquedad alejándose.

—Te olvidas que no estamos solos —miró a la vieja que observaba atentamente con una sonrisa divertida en su rostro ajado.

—Ah, sí. Margaret —dijo él, soltando a Lizzie— esta relevada de sus deberes durante el resto del día.

La vieja asintió con la cabeza, colocó el bordado en una bolsa y se fue, cerrando la puerta tras ella. Lizzie fue repentinamente consciente de que estaban solos y Richard aprovechó la oportunidad para atacar.

La atrapó entre sus brazos, besándola ferozmente, su lengua penetrando en su boca, incitándola a devolverle el beso. Ella dudó, pero lo hizo, aunque lo odió. El hombre no tenía ninguna técnica con todos esos dientes y mucha baba.

A pesar de sus intentos de pretender que la gustaba su beso, Lizzie lo empujó lejos de ella.

—¿Dónde está Olivier?



Los ojos de Richard estaban oscuros de lujuria, la devoraba con la mirada. La agarró por las muñecas, los dedos hincándose en su carne. Ella se estremeció, pero no gritó. Era lo que él quería y ella se negó a darle ese placer. Sus ojos brillaban y ella sabía que el tratamiento áspero por parte de ella era lo que le excitaba.

—¿Dónde está Olivier? — preguntó de nuevo.

Él la acercó más, su mirada era intensa y sus dedos la apretaron con más fuerza.

—¿Qué significa el chico para ti?

Ella se mordió el interior del carrillo para no gritar. Un segundo después, dijo con voz fría:

—Ya te lo he dicho. Es mi amigo.

El levantó las cejas.

—Es un muchacho muy guapo. Incluso se ha ganado el afecto de mi hermana, que casi se desmaya cada vez que se acerca.

Lizzie ocultó una sonrisa. Olivier, sin duda haría latir muchos corazones, y eso que todavía era un muchacho. No dudaba que rompería varios corazones en un día.

—¿Dónde está? No lo he visto en el campo con los demás.

—¿Le has buscado? —su tono era letal— es inquietante que estés tan preocupada por ese chico, Elizabeth. ¿Tengo que preocuparme por tu obsesión?

Ella apretó los labios, sabiendo que había hablado demasiado. Si a su hermana le gustaba Olivier, entonces, seguramente estaría seguro.

—Estoy tan aburrida que me he pasado mirando por la ventana todas las horas del día, ya que no tenía nada que hacer. Sola como un pájaro enjaulado. No conozco a nadie aquí, excepto a ti y a Olivier.

Ella vio un brillo de alivio que cruzó su rostro antes de que pudiera ocultarlo. Si pudiera calmar su mente con la misma facilidad, entonces tal vez tuviese una oportunidad de salir y buscar a Olivier. Ese sería el primer paso para huir.

Un golpe sonó en la puerta.



—¿Quién está ahí? —preguntó Richard.

—Soy Betty. Usted me llamó.

—Ah, sí, Betty. —Richard tomó la mano de Elizabeth y se la llevó a los labios—. Te he traído un presente. Una mujer que tiene un gran conocimiento sobre hierbas y aceites. Desde que Margaret me habló de tu gran interés en las artes curativas, pensé que disfrutarías con la compañía de Betty. Ella te enseñará mucho.

Lizzie sonrió, lo que excitó a Richard. Tal vez esa Betty fuese mejor compañía que Margaret. O mejor aún, que fuese una mujer vieja, propensa a beber. Sea cual fuese el caso, Lizzie esperaba que la mujer no fuese tan leal a su señor, y que incluso pudiera ayudarla a escapar.

—Gracias, Richard.

—Me agrada que te interese la curación. En estos tiempos de guerra, tenemos una gran necesidad de tal don. Y quien mejor para curar a la gente de Langaer que su Señora.

Se las arregló para mantener la sonrisa, cuando lo que quería decirle era que se largara.

—Ahora tengo cosas que hacer —la besó profundamente y seguidamente dijo— quería que hoy fuese nuestra noche de nupcias. Estoy esperando noticias del rey William. Si Dios quiere, las tendremos en breve. Mis entrañas arden por poseerte en mi cama—. Él miró abajo, a la erección que presionaba contra sus calzas y túnica.

Lizzie mantuvo la mirada en su pecho, ya sentía su erección, pero sin duda no era necesario que la mirara.

—Te deseo, Elizabeth.

¡Por el amor de Dios, que salga este hombre del cuarto!

Él suspiró profundamente, enseguida, caminó hacia la puerta y la abrió. Apareció una mujer que portaba un gran bolso negro, vistiendo una raída capa oscura que cubría su pequeño cuerpo. La puerta se cerró tras ella y Lizzie se aproximó. La mujer se quitó la capa y Lizzie se quedó sin aliento.



– Hola Lizzie.

¡Era la mujer de la sala de exposiciones!

La mujer que la había dado la espada de su Kieran estaba ante ella en carne y hueso. Llevaba un viejo vestido de lana desgastado. Sus ojos brillaban con gran alegría y los grisáceos cabellos rizados estaban alborotados, dándole un aspecto ridículo. Lizzie no sabía si reír o llorar. Ella la abrazó.

– Te has metido en un buen aprieto, ¿no? – dijo Betty manteniendo la voz baja.

Las lágrimas obstruían la garganta de Lizzie por lo que asintió con la cabeza.

Betty extendió el brazo.

– Tenemos mucho que discutir, pero primero tengo que hacerte una pregunta, que debes responderme con toda sinceridad, porque no hay una segunda oportunidad. Puedes dejar este lugar ahora mismo sin mirar atrás. Regresarás al futuro, al mismo lugar donde estabas. Tu mente será una página en blanco. Kieran y todo esto, ella señaló la habitación, no habrá existido.

Ser capaz de olvidar la muerte de Kieran, al horrible Richard con quien se casaría y sabe Dios lo que haría con ella. Partir sería un regalo del cielo, pero...

– ¿Qué pasaría con Olivier?

Betty alzó las cejas.

– ¿Qué pasa con él? Su destino está sellado, Lizzie. Has hecho todo lo que podías por el chico.

Sus hombros se hundieron.

– No hice lo suficiente.

– Lizzie, la única razón por la que ahora está vivo es porque tu lo hiciste posible. Una vez que te comprometas con Richard, se deshará de Olivier, así como de todos los normandos, bajo su techo. Ha amenazado a todos lo que no son sajones. Su odio es profundo y no quiere que nada se interponga en su camino para llegar a ti. Siente que Olivier es un obstáculo a superar.

Imágenes de Olivier pasaron ante ella y Lizzie tuvo su respuesta.

– Tengo que quedarme.



Betty se acercó un paso.

– Nunca tendrás otra oportunidad de regresar a tu tiempo. Es ahora o nunca.

Recuerdos de su corto tiempo allí llenaron la mente de Lizzie. Kieran, Olivier, Mary, Hugh, los otros caballeros, los siervos y aldeanos. Ellos eran una familia muy unida. Muy diferente a la vida introvertida y solitaria que vivió en su propio tiempo.

Ahora o nunca.

¿Toda una vida en este siglo sin Kieran? ¿Qué sería de ella? Había soportado el cambio de tiempo, porque amaba mucho a Kieran. Podría regresar a su vida como si nada hubiese pasado... de vuelta a su existencia solitaria, donde trabajaba setenta u ochenta hora a la semana, comía comida congelada y hablaba con amigos por Internet de vez en cuando.

De repente, la respuesta fue clara.

Ahora esta era su casa. Tenía que pensar en toda la gente de Aedelmaer a la que había llegado a amar.

– Necesito tu última palabra, Lizzie. La necesito ahora.

Lizzie respiró profundamente.

– Me quiero quedar.

Betty sonrió.

– Como quieras –buscó en su bolso sacando un frasco con un líquido color ámbar.

– ¿Qué es eso?

– Esta noche, cuando traigan la cena, vamos a usarlo para drogar a los guardias. Dormirán hasta mañana. Richard lleva a su amante a la cama cada noche, me aseguraré de darles a él y a la mujer una poción para volverlos más desvergonzados de lo que son habitualmente. Los dos pasaran la noche uno en los brazos del otro y si Dios quiere, estaremos todos seguros en Aedelmaer antes de que despierten.

– ¿Todos? ¿Se refiere también a Olivier?



—Hugh vive. Morirá mañana... ahorcado. Lord Richard desea que su cabeza sea puesta en una pica como advertencia a todos los normandos, demostrando que no va a soportar traiciones.

Lizzie casi cayó de rodillas por el alivio, ¡Hugh vivía! Ella le debía unas enormes disculpas al hombre por dudar de él.

Unas horas más tarde, golpearon la puerta.

—Su bandeja está aquí, milady —gritó un guardia al otro lado de la puerta.

Betty, que había estado hirviendo hierbas, derramó el contenido del frasco en dos copas haciendo un gesto a Lizzie para que abriera la puerta. Esta lo hizo y entró un paje; un niño de unos nueve años fue directamente al lado de Betty. Sacó una túnica, calzas, medias y sombrero de debajo de su casaca y las puso sobre la mesa. Con un gesto de la cabeza, cogió las copas de Betty y un frasco, que colocó dentro de su zapato... junto con un puñado de monedas. Salió tan rápido como apareció. Lizzie supo, sin preguntar que la ropa era para ella.

— Ahora tenemos que esperar a que los guardias beban.

Al cabo de una hora los guardias roncaban al otro lado de la puerta. Betty, que estaba cerca de la ventana llamó a Lizzie.

—Mira allí —dijo ella, señalando el pasillo por donde Richard atravesó hacia el patio con su amante tirada sobre su hombro. Las risas excitadas de la mujer llenaban la noche— estarán muy ocupados durante un tiempo. Vamos a esperar y ver.

Pasó otra hora en silencio. Finalmente cuando Betty pensó que estaban seguras, abrió la puerta y pasaron por encima de los dos guardias que estaban tumbados en el rellano corriendo escaleras abajo.

El instinto le dijo que giraran a la derecha en la parte inferior de la escalera. Risas sonaron fuera y ella presintió que el salón estaba cerca. Betty agarró su brazo y susurró:



— Te veré en el claro cerca del bosque de las brujas — el bosque de las brujas fue apropiadamente llamado de esa forma debido a un enorme árbol, con grandes ramas, que crecían descontroladas pareciendo brazos, y un enorme agujero redondo, en el tronco, que se asemejaba a una persona gritando. Irónicamente, Richard se lo había mostrado camino de Langaer.

— Estaremos allá, buena suerte, Betty.

— Que Dios te acompañe, mi querida niña — sin otra palabra, Betty se fundió con la noche.

Lizzie respiró hondo y entró en el patio. Vestida con ropas de paje demasiado pequeñas, esperaba pasar por un chico joven. Kieran había visto a través de la ropa de escudero, pero esperaba que esta gente no se fijara demasiado en ella como para descubrirla. Por suerte, Richard no estaba en disposición de aparecer durante el resto de la noche.

El salón hervía de actividad. La voz del heraldo que contaba una historia de resistencia heroica y valentía contra los enemigos normandos resonaba en el gran salón. De vez en cuando la multitud aplaudía y reía con las proezas de las que el hombre hablaba. Mencionó a una princesa sajona de cabellos rubios, y Lizzie tuvo la sensación que hablaba de ella. No pensarían que era tan bella cuando notasen que había huido.

Se deslizó por el salón abarrotado, junto a un joven paje que no parecía tener más de seis años. El sonrió, luego volvió su atención al heraldo.

Lizzie examinó el salón buscando a Olivier frenéticamente. Cada minuto que pasaba, comenzaba a entrar en pánico. El tiempo era esencial. Cuanto más rápido consiguieran escapar, tendrían más oportunidad de llegar a Aedelmaer.

Entonces recordó los comentarios de Richard y miró al estrado, donde la hermana de este estaba sentada. Allí en el rincón más alejado, estaba una niña de unos trece años. Estaba sentada en el borde de su asiento, mirando a la multitud, no al heraldo que tenía toda la atención de los demás. Elizabeth siguió la mirada de la niña y la encontró fija en Olivier. Él estaba cerca de una mesa, sujetando una jarra en las manos. Alguien agarró sus dedos y se lo llevó para que cumpliera órdenes. Su rostro blanco estaba alarmantemente grisáceo y su



constitución delgada parecía aun más frágil. Semicírculos oscuros hacían que el verde de sus ojos fuera más brillante y su cabello rubio se veía apagado y pegajoso. Su corazón dio un vuelco. ¿Qué había pasado en estas dos últimas semanas? ¿Cómo podía conseguir que la mirase?

Él sirvió la bebida, seguidamente, regresó a su lugar junto a la pared. Se inclinó hacia atrás y recostó la cabeza contra la piedra.

Mírame Olivier. Mírame. Ella lo miraba, deseando que él lo hiciera a su vez. Pero lo hizo hacia el estrado, obviamente capturando la mirada de la niña. Ella no conseguía leer su expresión, pero notó el rubor que se extendió por su cara. Él rápidamente desvió la mirada de la niña, dejándola vagar por el salón, pasando por ella, y en seguida, se movió abruptamente de nuevo a ella.

El jarro casi se le cayó de las manos antes de contenerse. Se quedó tieso como un palo, con la mirada yendo del estrado a ella. La frente de la chiquilla se frunció cuando miró a la pared opuesta, donde Lizzie estaba. Ella dio un paso atrás en las sombras, esperando que la chica no la hubiera visto.

Lizzie respiró profundamente y se abrió paso en dirección al fondo del salón. Cogió una jarra de una mesa y llenó una copa o dos a lo largo del camino, no queriendo llamar la atención.

De vez en cuando, miraba al estrado buscando a la joven hermana de Richard que tenía todavía los ojos pegados en Olivier. Por suerte, el heraldo se había dirigido a la muchacha en un lado de la tarima, bloqueando una buena parte de la visión de las mesas inferiores.

Lizzie terminó de llenar una copa, cuando miró para arriba encontrándose con Olivier al otro lado de la mesa llenando otra. Sus ojos se encontraron y ella miró hacia la puerta al fondo del salón, cerca de la entrada de servicio, y luego se volvió en esa dirección apresurándose.

Ahora dependía de él. Tenía que seguirla... preferentemente, mientras el heraldo estaba ante la hermana de Richard.

Él no la defraudó, a los pocos minutos, apareció, temblando visiblemente.

—Milady, oí decir que no te encontrabas bien.

—Estoy bien, Olivier. Eres un regalo para la vista, amigo mío.



Él sonrió y le dio un abrazo rápido.

—Vamos. Tenemos que apresurarnos para llegar al bosque de las brujas. Betty y Sir Hugh nos esperan.

—¡Sir Hugh! —dijo él, estremeciéndose cuando noto que casi había gritado las palabras. Asegurándose de que nadie había escuchado a Olivier sobre la potente voz del heraldo, Lizzie le agarró de la mano dirigiéndose al patio. Al poco estaba corriendo para mantenerse a la altura de los largos pasos de Olivier. Un caballero montaba guardia y otro estaba a menos de diez metros de distancia. Alrededor de la empalizada de madera se encontraban soldados vigilando. Lizzie se centró en la puerta cerrada.

—¿Dónde vas escudero? —una voz resonó desde lo alto de la torre de madera. Tres hombres estaban de guardia en la parte superior de la pequeña estructura.

Olivier apretó su mano y Lizzie dijo:

—Nuestro señor ha bebido mucha cerveza esta noche. Nos pidió que trajéramos a su mujer favorita, que vive en la aldea. Por favor, bajen el puente.

El caballero y su cohorte la observó atentamente. ¿Podían ver a través de su disfraz? Hizo una seña al hombre de abajo. Lizzie contuvo el aliento esperando a que bajaran el puente.

Sintiendo los ojos de los soldados en ellos a lo largo del camino lleno de baches, Lizzie no quería otra cosa que echar a correr, pero esperó hasta que perdió de vista la fortaleza. Escuchó gritar a alguien.

—¡Corre! —gritó ella, y corrieron para salvar sus vidas.



Capítulo 6

Kieran montó en su caballo, su boca era una definida línea severa. Richard le había quitado algo más que la vida de diez de sus mejores hombres. Le había quitado a su mujer y pagaría muy caro por ello.

Aye, a pesar de que estaba débil por la pérdida de sangre y que la fiebre había hecho estragos en su cuerpo la quincena pasada, era fuerte de espíritu y ardía con la necesidad de venganza.

Le había pedido a Dios que tuviera en cuenta a Elizabeth, para que sobreviviera a la terrible experiencia. Unos campesinos sajones le habían dicho a uno de sus hombres que la mantenían en un cuarto en la torre y que no había salido desde entonces. ¿Seguiría con vida, o Richard la había tomado por una traidora y le negaba la comida y bebida? Elizabeth había estado mucho tiempo antes sin alimentarse, pero su cuerpo todavía no había vuelto a su estado normal. Se le revolvieron las entrañas. ¿Cuál sería su destino en Langaer? ¿Había estado sola todo el tiempo?

—Milord, alguien viene.

Miró a su vasallo y este desmontó. El sonido de pasos se acercaban. Quien quiera que fuese, tenía prisa y se dirigía directamente a su trampa.

Un hombre se apoyaba pesadamente sobre una vieja, con los cabellos enmarañados en la cabeza. Sus ropas estaban tan sucias como el resto de él. Kieran se enderezó en la silla sintiendo una punzada de reconocimiento a la que renunció. No quería tener esperanza y decepcionarse.

La mujer los vio primero. Ella dudó, seguidamente, mirando fijamente a Kieran, sonrió ampliamente, como un viejo amigo.

Se relajó. No había ningún enemigo a la vista.



– Es tu hombre... Sir Hugh – la mujer lo confirmó con una bella sonrisa en su rostro.

Kieran desmontó y corrió hacia adelante. Al acercarse los ojos del hombre se abrieron, la familiar mirada lo observó con incredulidad.

– ¿Mis ojos me engañan? Pensé que estabas vivo, pero contemplo la cara del Barón D'arcy. Un hombre me dijo que habías muerto hace casi dos semanas. ¿Dime eres eral? – las lagrimas se acumulaban en los ojos del otro hombre, y Kieran colocó la mano en el hombro de su fiel vasallo.

Hugh gritó y abrazó fuertemente a Kieran.

– ¡Milord! Pensé que estabas muerto.

A pesar de que Kieran no era de mostrar sus emociones, se le hizo un nudo en la garganta, mientras palmeaba torpemente al caballero más joven para tranquilizarlo.

– *Aye*. Soy yo, D'arcy y ambos estamos muy vivos, amigo mío – se apartó de Hugh para mirarlo.

El hombre tenía lágrimas escurriendo por su rostro, pero rápidamente se enderezó.

– Milord, escuché rumores de que a la señora, su esposa, la mantienen en la torre. No pude escapar de la mazmorra para liberarla. Me mantenían constantemente vigilado.

– Has hecho bien en mantenerte vivo.

– ¿Qué sabes de Olivier?

– ¿Olivier está en Langaer? – Hugh le miró sorprendido – juro que no sé nada del muchacho. Oí rumores sobre la señora... y su próximo matrimonio.

Kieran se tensó.

– ¿Matrimonio?

Hugh asintió.

– *Aye*, Lord Richard pretende tomar a Elizabeth como esposa.

Kieran siseó.

– ¡Por Dios, lo mataré con mis propias manos!



La vieja se adelantó. Era una cosa pequeña que apenas le llegaba a Kieran al pecho. Su impactante cabello blanco rizado, le hubiera hecho gracia en cualquier otra circunstancia. No importaba el aspecto cómico de la mujer, podría besarla por arriesgar su vida para salvar a su vasallo.

—Escúchame, Kieran. Richard piensa que estás muerto, pero pronto descubrirá la verdad y será capaz de cualquier cosa para hacer suya a Elizabeth.

—Entonces no me conoce muy bien, ¿verdad?

La mujer sonrió.

—*Nay*, no te conoce. No tengas miedo Lord D'arcy. Tu mujer viene a ti ahora... mientras estamos hablando.

La esperanza renació en el pecho de Kieran.

—¿Cómo lo sabes?

— Me contrataron para cuidar de Elizabeth en la torre, drogamos a los guardias. Mi deber era sacar a Sir Hugh del calabozo, mientras ella encontraba a Olivier.

En verdad, Kieran podría estrangular a Elizabeth por arriesgar su cuello con el fin de salvar a su escudero, aunque admiraba su valentía.

—Si está prisionera. ¿Cómo puede andar por el patio sin arriesgar su vida?

—Va vestida como un paje.

— Parece que a su esposa le gusta vestir trajes masculinos, Milord — intervino un caballero a su espalda, con voz en tono de humor.

—Ella viene —dijo la mujer y fiel a su palabra, ni un minuto más tarde, por un recodo del camino apareció Olivier... con Elizabeth cargada sobre sus hombros. A Kieran el corazón se le cayó al suelo. Tenía una flecha clavada en la espalda.

Corrió hasta su esposa tomándola en brazos.

—¿Que ha pasado?

Olivier miraba a Kieran con ojos sorprendidos y la boca abierta, como si viera a un fantasma. Obviamente, el muchacho pensó que no había sobrevivido a la



emboscada. De repente, una enorme sonrisa iluminó las facciones del joven, pero se puso serio instantáneamente.

—Milord, los guardias gritaron y corrimos. Lo siguiente que supe fue que una flecha hizo blanco y ella cayó al suelo. La levanté y corrí. No sé cuánto nos hemos alejado, pero es seguro que nos persiguen.

Lizzie soñó que la habían atado a un poste y dado cien latigazos mientras Richard observaba. Estaba de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirándola con desdén.

—¡Puta normanda! —gritaba junto con los otros sajones que le lanzaban repollo podrido. ¡Horrible hombre!

Apartó las mantas que la cubrían. ¡Maldita sea... tenía mucho calor! ¿Richard también la había quemado viva?

Luchó contra las ataduras que la mantenían cautiva.

—Shsss — un susurró familiar sonó suavemente — solo es un sueño Milady.

Lizzie intentó abrir los ojos, pero le pesaban demasiado los párpados. Cambió repentinamente de posición pero gritó ante el dolor que le atravesó la espalda.

—Está llorando de nuevo, milord, dice cosas incoherentes —la voz de Mary se escuchó en la oscuridad— prepararé otra poción.

Una gran mano acarició su cabeza.

—Elizabeth, esposa mía, despierta

¡Su voz! ¡Su bella voz! Estaba en el cielo. Había muerto y estaba en el paraíso con su Kieran.

Abrió los ojos lentamente, parpadeando por la luz. La habitación le daba vueltas e intentó enfocar la vista. Afortunadamente, la luz disminuyó siendo sustituida por la de una vela.

—¿Elizabeth? — escuchó la preciosa voz de Kieran.



Cuando finalmente consiguió mantener la vista, miró a Kieran como un borracho que desea desesperadamente un trago. Estaba delgado, sombras oscuras rodeaban sus ojos azules, sus pómulos marcados parecían aun más pronunciados. A sus ojos, él nunca había estado tan bien.

– ¿Estoy en el cielo?

Él sonrió, sus dientes blancos se vieron en la oscuridad.

– Milady, aunque has estado enferma durante un tiempo. Te aseguro que no estás en el cielo.

Ella miró alrededor de la habitación, seguidamente, a Mary cuyos ojos estaban anegados de lágrimas, y luego por fin miró a Kieran. ¡Era real! ¡Real! Abrió los brazos y con una carcajada lo abrazó, colocando la cabeza contra su pecho.

Temblando, lo atrajo más, dejando caer la barbilla sobre su cabeza, inhalando el rico aroma masculino que había anhelado desde que lo creyera muerto.

– El corazón late muy rápido en tu pecho, milady – dijo él, levantándole el rostro para mirarla apasionadamente.

– No creí que volvería a verte de nuevo – dijo ella con la voz embargada de emoción y el profundo amor que sentía por él.

Kieran la besó levemente.

– Estamos vivos Elizabeth. Burlamos las flechas sajonas y sobrevivimos.

Todo el dolor y angustia acumulado en las últimas semanas en su interior desapareció. Kieran cambió de posición tomándola entre sus brazos, mientras ella cedía a su dolor, su frustración y a la felicidad de tenerlo de vuelta de entre los muertos. Nunca había sido tan feliz, nunca. No conseguía acercarse lo suficiente a él para escuchar el constante martilleo de su corazón bajo su oreja.

Cuando finalmente dejó de llorar, le miró.

– ¿La próxima vez que te diga que siento que algo va mal, me escucharás?

Él sonrió débilmente sujetando sus manos entre las suyas, besándole los dedos.



—Aye, lo prometo. Perdóname por no creerte. Tu historia me pareció inverosímil, por esa desconfianza pagué con la vida de mis soldados. Incluso tú arriesgaste tu vida por mi escudero... que está más que impaciente por verte. En realidad, lleva todo el tiempo al otro lado de la puerta esperando noticias de tu recuperación.

Lizzie no quería que se fuera. Era demasiado pronto.

— Abrázame un minuto más.

Él se rió entre dientes, abrazándola con fuerza, recorriendo con la mano su espalda, lejos de la herida. El contacto les recordaba que habían estado separados mucho tiempo. Le deseaba a pesar de estar herida.

Levantó el rostro para que él la besara suavemente, pero ella no quería eso. Abrió la boca, empujando la lengua contra sus labios. Él se apartó.

—No milady. Tendremos tiempo de eso cuando estés curada. Por ahora vas a descansar y recuperarte.

La tumbó en la cama y tras comprobar que estaba cómoda se dirigió a la puerta. Tenía el corazón lleno de felicidad y un amor intenso.

—Gracias, Dios —ella susurró.

—¿Quieres verlo ahora o más tarde? —preguntó él con la ceja arqueada, una peculiaridad que ella amaba.

En verdad estaba deseando ver a Olivier tanto como él a ella.

—Dile que pase.

Un segundo después Olivier entró en la oscura habitación con expresión reservada. Se acercó a unos pasos de la cama e inclinó la cabeza.

—Milady.

Siempre tan formal.

Extendió la mano hacia él.

—Ven aquí, Olivier.

Él dudó, pero atendió su pedido, tomando su mano. Ella sintió su temblor.

—¿Qué va mal?



— Pensé que no sobrevivirías — se le quebró la voz y tosió para disimular. Si ella no estaba equivocada, vio un ligero brillo de lágrimas en sus ojos verdes. Lizzie no podía creer que fuera por ella semejante reacción. Se conmovió por su preocupación, y si era posible, hizo que se metiera aun más en su corazón.

— Si hubiera podido tomar esa flecha en mi espalda por usted, lo habría hecho milady. De buen grado — dijo bajando la cabeza—. Debería haberla protegido.

Lizzie hizo que se sentara a su lado, mientras se recostaba en la cabecera de la cama, se encogió de dolor. Olivier se movió para ayudarla.

— La única forma en que podrías haberme salvado es si tuvieras ojos en la espalda.

Su boca se curvó en una sonrisa.

Ella le dio un leve toque en el brazo, movimiento que provocó una punzada en su espalda, pero sonrió a pesar del dolor.

— Me has salvado la vida Olivier. Ni un noble caballero podría haberlo hecho mejor.

Dos puntos brillantes de color aparecieron en sus mejillas.

— Perdóneme milady. Dudé de usted durante un instante. No quería creer que había engañado al Barón D'arcy... pero oí decir que se casaría con Lord Richard. Pensé que no venía al salón por mi causa. Que estaba demasiado ocupada con su boda para acordarse de mí. Pensé que se había olvidado de mi... y de Lord D'arcy.

Ella sabía cuánto le costaba decir esas palabras. No era fácil, y debía confesar que estaba sorprendida por que él se hubiera sentido engañado. Sin embargo, ¿cómo no iba a hacerlo? La última vez que vio a Lizzie estaba prácticamente arrojándose sobre Richard.

— ¿Recuerdas las palabras que te dije en el bosque aquel día, Olivier?

El inclinó la cabeza.

— Me dijo que me mantuviera con vida.



—Y lo hiciste. Ahora yo vivo gracias a ti — dijo apretando su mano— eres el escudero más fiel que D’arcy puede tener.

Su rostro se iluminó por el elogio, ella lo abrazó estrechamente. Sabía que no podía querer más a Olivier si hubiera sido su propio hijo. En ese momento se sintió la mujer con más suerte del mundo. Su amado esposo estaba vivo y ella y Olivier habían conseguido regresar a Aedelmaer. Tenía todo lo que necesitaba allí mismo.

La puerta se abrió y Kieran asomó la cabeza.

—Olivier vamos a despedirnos y dejar que mi esposa descanse.

Este se puso en pie rápidamente.

—Gracias, milady — dijo con una genuina sonrisa en su rostro. Lizzie se relajó sabiendo que el antiguo Olivier había regresado.

Olivier se retiró con pasos largos, compartiendo una sonrisa con Kieran, que cerró la puerta tras el joven.

Kieran se recostó contra la gruesa puerta, con una sonrisa satisfecha.

—Tengo trabajo que hacer, vendré a verte esta noche.

Un intenso calor recorrió su cuerpo descendiendo por su vientre y piernas. Recorrió con la mirada el cuerpo de él. Deseaba que se quedara con ella ahora, que la llenara con su gran miembro.

—¿Vas a dormir conmigo esta noche?

Él negó con la cabeza, a pesar del fuego que mostraban sus ojos.

—No, no quiero hacerte daño.

—No te estoy pidiendo que me hagas el amor. Solo quiero sentir tu abrazo. La curva de tu cuerpo amoldándose contra mí.

Kieran sonrió ladeadamente.

—Aye, Elizabeth. Volveré esta noche, pero solo para dormir.

— De acuerdo — dijo ella sonriendo feliz de saber que volvería para tenerla en sus brazos... no había otro lugar donde quisiera estar.



Capítulo 7

Kieran subió las escaleras de dos en dos, con el corazón desbocado. No hacía ni dos semanas que Elizabeth había huido de Langaer. Había estado en la cama todo ese tiempo. Mary le había asegurado que había mejorado, y realmente se veía mejor cada día.

Sin embargo, Mary le había llamado a su dormitorio diciéndole que Elizabeth lo necesitaba urgentemente.

Preguntó a la criada si tenía fiebre, pero esta solo le dijo que se apresurara. El guardia que vigilaba la puerta se cuadró.

Kieran le hizo un gesto con la cabeza y entró en el dormitorio. El cuarto estaba a oscuras, las cortinas alrededor de la cama estaban echadas, la pequeña llama de una vela brillaba en el interior.

Frunció el ceño. ¿Qué locura era esa? Cerró la puerta aproximándose a la cama con cautela.

– ¿Elizabeth? – dijo en la oscuridad.

No obtuvo respuesta.

Extendió la mano, cogió la cortina de terciopelo y la abrió.

Se le cortó la respiración al ver a su bella esposa tumbada sobre las pieles, completamente desnuda, una solitaria vela iluminaba su piel suave. Su mirada fue de la tímida sonrisa en su rostro, a los pezones rígidos, descendiendo por la suave piel de su estómago y más abajo a los rizos pálidos que guardaban un valioso premio.

Con un gemido se arrancó la túnica, las calzas, las botas y se subió a la cama. Cerró la cortina tras él, aislándolos en un mundo donde solo ellos dos existían.

Puso sus manos alrededor del cuello y la abrazó tímidamente.



Aunque su cuerpo quería una gratificación instantánea, sabía que tenía que tomárselo con calma por su bien. Ella lo había pasado mal en las últimas semanas, su cuerpo todavía no estaba en condiciones.

Ah, pero se sentía tan bien. Se había contenido durante mucho tiempo, no queriendo dañarla. Ahora, finalmente podía tener su cuerpo desnudo entre sus brazos, acariciar su delicada piel, sentirla bajo su cuerpo. Su miembro sentía una necesidad que le hacía temblar. Le haría el amor hasta que ninguno de los dos pudiera aguantarlo más.

Su lengua acarició la de ella entrando y saliendo. Su boca golosa se apartó, trazando un camino de besos por su mandíbula, descendiendo por el cuello donde su pulso latía acelerado.

Su pene se levantó entre ellos tan duro como el acero, Elizabeth sonrió.

– Ahora, milord. Quiero probar algo. Túmbate.

Lo hizo sin decir nada, mientras ella se volvía poniéndose a horcajadas sobre su pecho, de espaldas a él, con el trasero en forma de corazón a pocos centímetros de su cara. Supo lo que ella quería cuando bajó la cabeza y le acarició con la punta de la lengua el pene erecto. Casi le hizo derramarse. Ella le apretó los muslos con las manos, se rió y lo tomó en la boca.

Con un gemido, levantó las caderas femeninas de manera que quedase de rodillas, abierta para él. Lamió sus dulces pliegues, abierta y preparada para tomarlo. Su olor almizclado excitaba sus sentidos, la lamió, manteniendo sus propias caderas pegadas a la cama. No era una tarea demasiado fácil, cuando ella estaba tomando la mitad de su miembro en la boca, lamiendo y chupándolo hasta querer hacerlo rugir.

Sus manos le sujetaban la parte interna de los muslos, mientras Lizzie abandonaba su polla a punto de reventar y acercaba la boca a sus testículos que también estaban a punto de explotar. Cuando su boca los encontró, él se contrajo intentando apártala, pero las manos de ella lo mantenían sujeto a la cama.

– Así Elizabeth, tómame – dijo antes de pasar la lengua por la dulce y húmeda hendidura.



Fueron las palabras equivocadas. Mientras él provocaba el minúsculo núcleo de placer con la lengua, ella chupó su duro saco mientras con la mano le apretaba el pene acariciándolo frenéticamente.

Lanzando una maldición, la agarró de la cintura colocándole a cuatro patas. Se arrodillo tras ella, con el pene erecto mientras ella arqueaba la espalda mirando por encima del hombro. Se inclinó, restregando el miembro duro contra sus resbaladizos pliegues. Ella levantó las nalgas, invitándole a tomarla. A través de la cortina de sus cabellos, pudo ver la cicatriz que marcaba su precioso hombro. Besó la herida con delicadeza, deseando poder apartar el dolor... y la marca.

Se deslizó dentro de ella con un gemido satisfecho, llenándola hasta que creyó tocarle el vientre. Cerró los ojos soltando un suspiro. ¡Por fin! ¿Cuánto tiempo había soñado con este momento?

Sus manos encontraron sus pechos, atormentando los picos duros como diamantes hasta que se retorció contra él, su envoltura caliente sujetándolo con cada embestida. Intentó mantener un ritmo lento, pero ella no quería eso. Deslizó una mano por su estómago hasta los suaves labios de su sexo encontrando el sensible botón. Lo acarició suavemente, demorándose, disfrutando de los suaves gemidos de Elizabeth, del sonido de su nombre en los labios de ella, susurrando en el tono ronco que tanto amaba. Ejerció más presión, provocando con los dedos el hinchado clítoris. Ella abrió más las piernas levantando las caderas, incitándolo. Entonces su canal le apretó la polla, latiendo en torno a su longitud cuando llegó al orgasmo. Sujetándola por las caderas, la penetró dos veces más y la siguió en el clímax.

Se dejaron caer en la cama uno al lado del otro. Se apoyó con el codo y miró a su esposa. Después le puso un brazo a lo largo del cuerpo y el otro sobre su estómago. Tenía el rostro enrojecido y una amplia sonrisa cuando le miró.

— Bruja — murmuró, apretándola contra su cuerpo — me has hechizado.

Ella lo besó suavemente.

— Tú eres quien me ha arruinado para cualquier otro hombre.

Él se rió entre dientes tirando de ella.



– Bien. Ese era mi plan desde el principio.

Esa mañana Lizzie se despertó temprano e inmediatamente miró al hombre a su lado.

Kieran.

Su corazón se contrajo de amor y deseo. La noche pasada habían hecho el amor enloquecidos. Había sido algo glorioso, hermoso, al final había llorado como una niña, agradeciéndole a Dios el haberle dado a este magnífico hombre. Kieran había malinterpretado sus lagrimas, pensando que la había lastimado. Cuando le dijo que lloraba de felicidad, la abrazó con fuerza contra su cuerpo, diciéndole y demostrando, lo mucho que le importaba. ¿Le importaba, pero la amaba como ella a él? Todavía tenía que decir las palabras.

– Ven aquí, esposa – murmuró, ella le miró sorprendida de encontrárselo despierto cuando parecía estar profundamente dormido.

– No quise despertarte.

– ¿Cómo podría dormir con tantos suspiros? – se rió entre dientes.

Ella frunció los labios.

– ¿Olivier tiene suficiente edad para ser un caballero?

Kieran gimió.

– Elizabeth, no interfieras en mis asuntos. Olivier será mi escudero hasta que decida nombrarle caballero.

– Pero tiene casi dieciocho años.

Él se levantó apoyándose en un codo.

– ¿Hablas de otro hombre mientras estas en la cama con tu marido? – la atrajo y ella se acurrucó contra la calidez de su cuerpo duro.

– Sabes que veo a Olivier como a mi propio hijo. Arriesgó su vida por mí.



—Aye, lo sé —se enrolló un mechón de pelo en un dedo llevándose a la nariz donde inhaló profundamente— mencionaste una vez que cuando tuviéramos un hijo te gustaría que fuera como Olivier.

Lizzie asintió, esperando que su infertilidad no la hubiera seguido hasta este siglo.

La mirada de Kieran prendió la suya.

—También me gustaría.

Ella sonrió, sabiendo cuanto le costaba decir esas palabras.

—Él te adora.

Kieran frunció la frente.

—¿De verdad?

—¡Oh si! —Lizzie se rió de su expresión desconcertada. Estaba claro que el hombre no era vanidoso — cree que puedes andar sobre el agua.

Él presionó su excitación contra ella.

—¿Y qué piensa mi esposa de mi?

Ella balanceó la cabeza.

—Pienso que eres insaciable milord, lo que encuentro perfecto.

Levantando una pierna sobre la suya, frotó su pene contra su húmeda vagina deslizándose en su interior, su sonrisa era maliciosa mientras la llenaba por completo. Ella gimió mientras él entraba y salía con golpes firmes, rápidos. Deslizó la mano entre sus cuerpos, sus dedos encontraron el clítoris que acarició delicadamente, trazando círculos a su alrededor, pellizcándolo, atormentándola sin piedad.

Su otra mano alcanzó un seno cogiendo el pezón, apretándolo levemente con el índice y el pulgar.

Elizabeth se presionó contra él, mientras sus dedos la acariciaban y su pene entraba y salía, tan despacio que quería gritar.

Le pidió que acelerara el ritmo, pero la calmó con una mano en su cadera con los dedos haciendo círculos en su piel. Sus labios rozaban su oreja, recorriendo el lóbulo con la lengua, lamiéndolo hasta hacerla gemir.



Movió la mano al otro pecho, tomándolo en los dedos, acariciándolo. Su cuerpo excitado se tensó apretándose contra él, mordiéndole el hombro cuando el clímax la sacudió.

– Eso es Elizabeth, sube hasta las estrellas.

Ella giró su cabeza ligeramente y él la besó, su lengua acariciando la de ella. Si solo le susurrase que la amaba, que sus sentimientos eran tan intensos como los de ella. Su cuerpo se tensó y ella observó su expresión cuando alargó las embestidas. Sus ojos, oscuros de parpados pesados, eran los de un hombre al borde del abismo del deseo. Con un gruñido, la puso de espaldas penetrándola profundamente. El cuerpo de ella respondió al deseo que vio en sus ojos, a la sensación de su enorme miembro alojándose en su interior.

Afianzando los talones en la cama, ella se arqueó y tocó las estrellas.

Richard recorrió la gran sala. Había sido puesto en ridículo por el rechazo de una mujer y aquel maldito normando, D'arcy, el hombre al que había creído ver morir una fría noche hacia menos de un mes. Él mismo debería de haber cortado en dos al hombre para asegurarse de que el trabajo se había cumplido.

Ahora a causa de la negligencia de su arquero, Richard había perdido no solo a su prisionero, el caballero normando Hugh de Vesli y a su prometida, sino al hombre que había tomado la pureza de Elizabeth haciéndola su puta.

Su espía infiltrado en la guarida del normando en Aedelmaer había regresado al castillo contando historias sobre Elizabeth, una mujer tan embelesada con su marido que raramente lo perdía de vista. Si lo que escuchaba era verdad, D'arcy, a su vez tampoco podía apartar las manos de su esposa. Su espía había descubierto una vez a D'arcy y Elizabeth haciendo el amor en una pequeña habitación al lado del salón principal mientras se servía la cena. Según su espía no podían alejar las manos el uno del otro, el Barón la poseía contra las piedras grises y frías, mientras silenciaba sus gemidos con la boca.



Tras el relato Richard temblaba de furia, imaginando las sucias manos del normando sobre la mujer, que desde su nacimiento había sido destinada para él. Elizabeth no había escapado de Langaer aquella noche. Se había ido con D'arcy. No había duda que no podía soportar estar alejada de su amante, que la mantenía feliz noche y día. Ella seguramente ahora mismo estaba con las piernas abiertas esperando a que D'arcy regresara de sus deberes.

¡La muy zorra!

Aquí la había tenido a su alcance. La había mantenido bajo siete llaves, temiendo lo que sus hombres podrían hacerle. Pensó que ella había soportado el toque del normando. Cuando en verdad la mujer tenía el corazón de una prostituta y el cuerpo de una dama. Si hubiera sabido entonces lo que ahora, la habría tratado como a la puta que era. Su pene se endureció al pensar en la deliciosa Elizabeth tumbada en la cama, su pálido cabello rubio extendido sobre la almohada, con las largas piernas completamente abiertas para él.

Era una prostituta, una mujer a la que le gustaba ser poseída como una prostituta en los pasillos oscuros de la fortaleza del normando. ¡Su espía había oído rumores de que Elizabeth y Kieran habían follado en la mesa de la cabaña del panadero! Por Dios, las historias que escuchó le quemaban los oídos. La mujer era una desvergonzada.

Miro a los sirvientes que preparaban las mesas para la comida. Su amante no estaba entre ellos. Seguramente estaría con su madre en la aldea. Vio a una criada, con un vestido de lana rojo oscuro que llenaba las copas con una gran jarra. Paseó la mirada por sus caderas y senos redondeados. Ella miró para arriba, descubrió su mirada caliente y sonrió. Richard miró por encima del hombro, no viendo a ninguno de sus hombres cerca, le hizo un gesto para que lo siguiera.

Se reunió con él junto a la puerta y él la agarró de la mano arrastrándola hacia los establos. Su polla palpitaba mientras le quitaba el áspero vestido, exhibiendo sus enormes pechos con pezones de color coral. A pesar de que no era guapa, le gustaba su cuerpo y cuando se quitó las calzas liberando su miembro, ella suspiró de placer.



No había tiempo para preliminares. Su necesidad era demasiado grande y a la mujer no parecía importarle por el modo en que estaba tirada en la paja, con las piernas abiertas. Cayó sobre ella penetrándola.

Cerró los ojos imaginándose que era lady Elizabeth quien estaba debajo de él, mirándole con sus ojos azules, con su dulce boca temblorosa mientras la penetraba una y otra vez.

La criada gritó varias veces, Richard se imaginaba que era Elizabeth la que decía su nombre, gimiendo, pidiendo más. Cuanto más altos eran los gemidos, más duro estaba su pene, hasta que su canal se apretó a su alrededor y alcanzó el clímax con un gemido.

Rodó apartándose de la criada, se puso las calzas y salió de los establos, jurando que la próxima vez sería Elizabeth de Aedelmaer quien estaría debajo de él.



Capítulo 8

Lizzie lloró de felicidad cuando Olivier, ataviado con resplandecientes ropajes blancos, se arrodilló para hacer el juramento como caballero.

Kieran se inclinó para susurrarle al oído:

–Milady, cometes una injusticia llorando por él. No lo trates como el muchacho que conociste, si no con el respeto al hombre en que se ha convertido.

Lizzie levantó la barbilla y contuvo las lágrimas. Kieran tenía razón. Olivier no era un niño. Era un hombre... y era su décimo octavo cumpleaños.

Kieran carraspeó mirando a Olivier con una sonrisa.

–Se valiente y justo para que Dios pueda amarte y recuerda que perteneces a un pueblo que nunca ha sido cobarde.

Olivier respondió:

– Así será con la ayuda de Dios.

Kieran le presentó la espada, Olivier besó su punta antes de que se la colocaran sobre la cabeza, en el hombro izquierdo y después en el derecho.

–En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, te nombro caballero.

El ritual terminó con Olivier ejecutando hazañas de caballería que hizo que los otros caballeros aplaudieran. Fue un momento de orgullo para el joven caballero y para todos.

La fiesta de esa noche dio a todos un motivo de celebración. Elizabeth brindó por su más joven y valiente caballero, junto con Hugh que estaba cerca, pareciendo encontrarse mejor desde que regresó a Aedelmaer.

Lizzie, que todavía se sentía culpable por haber dudado del vasallo de Kieran, le dijo si podía hablar con él un minuto.

–Siento que cometí una terrible injusticia.



Hugh frunció el cejo.

– Usted nunca podría ser injusta, milady.

– Dudé de su lealtad para con mi marido.

Él pareció afligido, pero no dijo nada.

– Tuve un sueño... en el que usted mataba a Kieran y se lo dije.

– Olivier dijo que Richard llevaba mi armadura y portaba los colores de D'arcy – se encogió de hombros –. ¿Tal vez tuvo una visión?

Se detuvo volviéndose para mirarla.

– Sea lo que sea, lo siento. Estaba equivocada, pido su perdón.

Abrió la boca para negar y ella le hizo un gesto con la cabeza. Él sonrió e inclinó la suya.

– Muy bien milady. Está perdonada.

Ella soltó el aliento que estaba conteniendo inconscientemente.

– Gracias.

– Su marido nos observa – dijo Hugh con una sonrisa traviesa –. Me pregunto si se fiará de su vasallo, ¿qué le parece, milady?

Por el rabillo del ojo, Lizzie vio los anchos hombros de su marido cuando se apoyó en la pared del salón. Sabiendo que la observaba atentamente, se puso de puntillas y besó a Hugh en la cara.

Kieran apareció a su lado antes de que sus pies bajaran al suelo.

– Elizabeth – dijo secamente.

Ella se giró para mirar el rostro malhumorado de Kieran.

– Gracias Hugh – dijo cogiendo la mano de su marido.

Kieran miró de uno a otro. Para dar crédito, Hugh ni siquiera esbozó una sonrisa antes de retirarse apresuradamente.

– ¿De qué hablaban Sir Hugh y tú? – preguntó, acercándola con fuerza contra él.

La sensación de su cuerpo pegado al suyo le envió una ola de deseo.

– Vamos a la cama – dijo Lizzie llevándolo a la fortaleza.



Sus ojos brillaron.

—¿Elizabeth, de que hablabas con Hugh?

—¿Estás celoso, milord?

Él negó con la cabeza, luego se detuvo y asintió.

Ella se rió.

—Sabía que estabas ahí cuando lo besé.

Kieran frunció el ceño.

—Le pregunté si podía perdonarme por haberlo juzgado mal y él aceptó. Por eso le besé.

El alivio cubrió el rostro de Kieran.

—Me preguntaba si mi esposa había sucumbido a las atenciones de otro caballero.

Todo el humor la abandonó, le sujetó la cara para que la mirara.

—Nadie más podría ocupar tu lugar. Estoy echada a perder milord. Te quiero a ti, solo a ti, para siempre.

Kieran tragó.

—¿De verdad?

Ella asintió.

—En verdad.

—¡Sajones! —la palabra fue gritada desde la torre de vigilancia, haciendo que el miedo la recorriese por completo.

Los hombres se apresuraron a abandonar el salón, yendo directos a la armería.

Kieran la tomó de la mano dirigiéndose al puente levadizo.

—Quédate en la torre hasta que te envíe un mensaje de que estás segura.

Corrieron hasta el puente, Elizabeth cometió el error de mirar por encima de su hombro más allá de la empalizada. más de un centenar de antorchas iluminaban el campo, una marea de hombres venía en su dirección. Eran



muchos. Richard debía de haberse aliado con otros señores sajones para que lo ayudaran.

Una vez en la torre, Kieran la cogió en brazos y subió las escaleras de dos en dos. El dormitorio estaba casi preparado para ser trasladado. La dejó en el suelo.

— ¡No lo abandones bajo ninguna circunstancia! — comenzó a dirigirse a la puerta.

El miedo la recorría, paralizándola. No podía soportar la idea de perder nuevamente a Kieran. No podría vivir sin él.

— ¡Kieran!

Este se giró y ella se lanzó a sus brazos, besándolo con todo el miedo y amor que sentía.

— Regresa a mí.

Sus ojos eran feroces, brillantes.

— *Aye*, lo haré, Elizabeth. Enviaré a Mary contigo, con algunas pieles para mantenerte caliente. Estate quieta y no hagas ningún ruido.

Ella asintió con la cabeza.

Le levantó la barbilla suavemente.

— Prométeme que no vas a salir de este cuarto, no importa lo que pase.

Ella suspiró.

— Lo prometo.

Kieran inclinó la cabeza, le besó la punta de la nariz, miró la puerta, deseando más que nada que Richard se fuera al infierno... literalmente. Los angustiosos minutos le parecieron horas y Lizzie hizo la única cosa que podía. Rezar.

Cuando Mary abrió la puerta, Lizzie la saludó, cogió las pieles colocándolas en el suelo. Esperaron en silencio, los sonidos de la batalla las rodeaban, Mary acarició el pelo de Lizzie, que agradeció el reconfortante gesto, pero no pudo bloquear los sonidos de la guerra fuera. Cerrando los ojos, rezó por Kieran,



Olivier, Hugh y todos los soldados normando a los que había llegado a querer como a una familia.

Sentía un intenso odio por Richard. Había demostrado ser un implacable adversario en la guerra. Había jurado vasallaje a William, para seguidamente, traicionarlo a él y a todos los barones vecinos de sus tierras. Era un traidor y como tal sería tratado. Debería sentirse afortunado por poder mantener su castillo y algunas de sus tierras. Muchos sajones no tuvieron tanta suerte y fueron despojados de todos sus bienes.

Richard iba a recibir lo que merecía... hoy moriría por su traición.

Fuera la voz de un hombre gritó una advertencia. Lizzie se levantó mirando a la puerta. Mary retrocedió tomando la mano de Lizzie, un segundo después un cuerpo golpeó contra la gruesa madera.

Alguien o algo golpeaba una y otra vez. Con cada golpe Elizabeth saltaba esperando lo inevitable.

¿Dónde estaba Kieran?

Lizzie corrió a la ventana, mirando el patio en busca de la familiar figura de su marido. Los cuerpos yacían desperdigados por el suelo, algunos soldados todavía luchaban con las espadas ensangrentadas y hachas de guerra.

—Milady, la puerta se está astillando —susurró Mary.

La puerta cedió.

—¡Elizabeth de Aedelmaer! —rugió Richard.

A Lizzie se le cayó el estómago a los pies. ¿Qué le había pasado a Kieran? ¿Cómo había recorrido Richard el camino hasta la torre sin que Kieran o cualquiera de sus hombres lo detuvieran?

Richard cruzó la cámara. Su expresión era letal.

—Me hiciste quedar como un idiota, mujer —su mirada la recorrió de arriba abajo llena de odio— ¡puta normanda!

Las palabras fueron dichas con amarga crueldad, pero Lizzie observó el deseo en sus ojos cuando lo dijo.

—¿Qué quieres? —preguntó ella, apretando con fuerza la mano de Mary.



Él empujó a Mary separándolas.

— ¡Vete! — gritó, Mary le envió una mirada suplicante antes de huir.

Richard pegó a Lizzie contra él, moliendo su duro sexo contra ella.

— Cuando acabe el día te tendré debajo de mi Elizabeth, gritando mi nombre. Oí decir que te gusta abrirte de piernas para el normando. Ahora sabrás lo que es un hombre de verdad.

Ella le empujó, pero sus brazos que parecían barras de acero que la mantenían presa a su lado.

— ¡Lord Richard, vienen! — se escuchó un grito en el corredor.

Lizzie rezó para que Kieran estuviese al frente de los hombres que se acercaban. El choque de espada se podía escuchar desde el otro lado de la puerta, se oyó el grito gutural de un hombre, entonces Kieran entró en el cuarto. Un reguero de sangre manchaba su mejilla, se podían ver cortes y golpes a través de su cota de malla. La sangre goteaba de su espada. Sus ojos azules recorrieron a Lizzie como comprobando que no estuviera herida. Buscó su mirada y ella intentó contener las lágrimas que ardían en sus ojos. Su mirada le suplicaba que fuera fuerte.

— Déjala ir Richard. Esto es algo entre tú y yo.

Richard lanzó un silbido, su aliento caliente rozó el cuello de Lizzie.

— *Nay*, no es entre tú y yo, D'arcy — la mano de Richard agarró uno de los senos de Lizzie apretándolo — ¡tomaste a la mujer que iba a ser mi esposa y la convertiste en tu puta! ¡Aedelmaer y todo lo de ella me pertenecía a mí!

Kieran se estremeció, un musculo en su mandíbula se tensó, sus ojos se volvieron feroces.

— Cuidado... la mujer de la que hablas tan groseramente y con tanta familiaridad, es mi esposa — su voz y expresión se volvió mortal.

Richard extendió la mano, cerca de la de Lizzie sacando un puñal y poniéndoselo en la garganta, no fue hasta entonces que Lizzie se dio cuenta de hasta donde era capaz de llegar Richard para vengarse.

— No, ella no es tu esposa. Bueno, no lo va a ser por mucho tiempo.



Kieran frunció el ceño.

– ¿Perdón?

– Se convertirá en viuda y me casaré con ella, D’arcy. Mientras ardes en los fuegos del infierno, sabrás que Elizabeth es mi esposa... *mi puta*.

Se notó un movimiento tras ellos y Richard se quedó rígido. Lizzie arriesgó una mirada sobre su hombro y vio a Olivier moverse con una velocidad sorprendente. En un momento estaba recostado en la ventana, y al siguiente estaba detrás de Richard, con la espada apuntándole a la espalda.

Richard no se movió. Tenía normandos a ambos lados y sabía que su posición era precaria.

El único problema que Lizzie veía era el puñal contra su garganta.

– Entonces que así sea – dijo Richard con voz mortalmente tranquila.

Los soldados entraron corriendo en la habitación con las espadas desenvainadas. Todos eran hombres de Kieran con Hugh a la cabeza. Al ver a Lizzie amenazada con el puñal miró a Kieran que negó con la cabeza.

– Parece que estamos en un callejón sin salida. Tengo a tu esposa, D’arcy, pero claramente has ganado la batalla ya que me tienes rodeado.

– Déjala ir. Esto es entre nosotros dos – dijo Kieran dando un paso en su dirección.

La punta del puñal se hincó en su piel, Lizzie sintió correr un pequeño hilo de sangre por el cuello y caer sobre su vestido. Se mordió el labio ante el dolor y mantuvo la mirada fija en Kieran.

Este se volvió hacia sus hombres.

– Déjenos.

– Milord – Hugh protestó con expresión suplicante.

Kieran lo silenció con una mirada y el caballero abandonó el cuarto tras los hombres.

– Tal vez puedas decir al caballero que me está apuntando por la espalda que se aparte, de mí y de su señora – la voz de Richard tenía un toque de



diversión, algo extraño considerando la situación en que se encontraba. Aunque la matara, Richard nunca sobreviviría.

– Olivier – Kieran le señaló la puerta para que saliera.

Olivier se apartó aunque con la espada en ristre, rodeando a Richard y Lizzie, y aproximándose a Kieran.

– Di a los demás que estaremos en el patio dentro de un momento. Allí, Lord Richard y yo lucharemos hasta la muerte.

– ¡Milord! – suplicó Olivier.

Kieran le advirtió con la mirada.

– ¡Vete!

Olivier lanzó una mirada impotente a Lizzie y corrió a la puerta.

Richard relajó su agarre.

– Me das tu palabra de que cuando mueras a mis manos, tus hombres me permitirán partir... y llevarme a Elizabeth conmigo.

Un musculo se contrajo en el rostro de Kieran. Su expresión fue más mortífera.

– Si – dijo entre dientes.

– ¿Cómo sé que dices la verdad?

Los brillantes ojos de Kieran inmovilizaron a Richard.

– Porque es mi palabra. Moriría antes de romperla.

Todo pasó muy rápido. En un abrir y cerrar de ojos, Richard que todavía tenía sujeta a Lizzie bajó las escaleras. Cada caballero normando dio un paso atrás con expresiones amenazadoras conforme avanzaba. Ella sabía que a cualquiera de ellos le gustaría ensartar al lord sajón, pero estaban indefensos, la frustración era evidente en sus caras.

Kieran andaba ante ellos con pasos largos, Olivier iba a su lado. Kieran le dio el casco al joven, seguidamente empezó a quitarse la cota de malla. Cuando llegaron al patio, Kieran no vestía más que las calzas y las botas. Su musculoso cuerpo se flexionó mientras sujetaba la espada que Olivier le entregó. Se giró esperando a Richard.



—Reclamaré mi premio cuando todo esto haya terminado. Vamos a salir de aquí sin mirar atrás. ¿Lo has entendido Elizabeth? ¡Preferiría prender fuego Aedelmaer hasta los cimientos que vivir en esta pocilga normanda! —Las palabras de Richard destilaban veneno. Lizzie pensaba que estaba demasiado confiado, considerando que estaba en desventaja y rodeado por el enemigo ya que sus hombres habían huido.

Los caballeros normandos rodearon el patio, en el centro del círculo quedó Kieran. Estaba magnífico con su ira y sus brillantes ojos azules mostraban furia. Elizabeth temblaba de miedo ante lo que iba a ocurrir.

—No te preocupes por mí, Elizabeth —Richard susurró dulcemente en su oído— en breve estaremos juntos —la empujó y ella corrió hacia Hugh, que rápidamente la puso a salvo a su lado.

—¡D'arcy! —gritó un caballero, después el canto cobró vida propia, cuando los soldados, los siervos y los hombres libres gritaron su nombre en el patio.

Richard se arrancó la cota de malla, hasta quedarse también con las calzas y botas. Su cuerpo largo y delgado no poseía la envergadura de Kieran, aunque una cadena de músculos ondeaba bajo su piel con cada movimiento de la espada.

Lizzie contuvo el aliento, un hombre iba a morir y ella sería testigo de eso.

Rezó una breve oración por Kieran. ¡No soportaría perderle una segunda vez!

Los dos hombres anduvieron en círculos, con los cuerpos tensos, las armas empuñadas. El canto en torno a ellos se redujo poco a poco, ahora era apenas alguna que otra palabra de aliento. Lizzie tragó en seco, tenía un nudo en la garganta.

Richard arremetió y atacó. Kieran saltó apartándose, evitando la hoja por poco. Respondió con un golpe de su espada, dando a Richard en el codo.

El sajón sonrió cruelmente, manejaba la espada con la misma agilidad que Kieran. Richard dio un grito de guerra y luego con un arco amplio bajó la hoja sobre Kieran, el choque de metal resonó como un trueno. Kieran levantó y alejó



la hoja de su cuerpo con su propia espada, los músculos se le marcaban bajo la piel, mostrando el gran esfuerzo que tuvo que hacer para detener el golpe.

Richard soltó una patada que hizo a Kieran caer de espaldas en el suelo.

Lizzie gritó involuntariamente y Kieran la miró. El movimiento le dio a Richard el tiempo suficiente para atacar. La espada estuvo peligrosamente cerca de cortar el brazo de Kieran cuando la bloqueó nuevamente.

Richard cayó sobre Kieran, sentándose a horcajadas sobre sus caderas, alzando su espada para la estocada final.

Kieran lo empujó, haciendo que el hombre más joven saliera lanzado. Lizzie se mordió el labio para no gritar de nuevo. No podía distraer a Kieran de la lucha. El tenía que concentrarse únicamente en la pelea ya que Richard demostraba ser un contrincante digno.

Richard se levantó, su pecho subiendo y bajando con la respiración entrecortada. Kieran ni siquiera parecía haber sudado. En verdad, su marido parecía sentir un chorro de energía cuando alzó la espada con un elegante movimiento y atacó.

Con un grito de guerra Kieran blandió hábilmente la espada consiguiendo derribar a Richard e inmovilizarlo en el suelo. Kieran se arrodilló encima de su enemigo, con las manos en torno al puño de la espada, preparado para el golpe final. Lizzie cerró los ojos.

—¡Termina con él! —Hugh gritó a su lado. Pronto se convirtió en un cántico que rugía en sus oídos.

Sintiendo la mirada de Kieran sobre ella, Lizzie abrió los ojos. Sintió su indecisión cuando sus miradas se cruzaron. Ella movió la boca pronunciando, *te amo*.

Kieran temblaba de odio, con su enemigo bajo él, a centímetros de que la espada lo enviara al infierno. Miró a Elizabeth, su rostro era solemne, sin miedo ni condena.

Ella había dicho, *te amo*. Por un instante se preguntó si lo había imaginado.

— Acaba de una vez — dijo el sajón bajo él.



Kieran miró a Richard, un hombre que luchó valientemente no solo por su vida, sino también por su tierra.

En otras circunstancias le hubiera gustado tener al hombre como un vasallo en vez de cómo un enemigo. Pero el destino tenía planes diferentes para ellos y cuando dos hombres luchaban por el amor de una mujer, solo uno podía salir vencedor, y él, Kieran el Negro, había ganado el corazón de Elizabeth.

—Hazlo normando. No viviré en una mazmorra.

—No tienes elección —respondió Kieran— eres un traidor a la corona. El rey William puede tener otros planes.

—Dijiste hasta la muerte. Eres un hombre de palabra. Ahora tienes que cumplirla.

Sus hombres y otras personas se quedaron en silencio a su alrededor, mirándolo, preguntándose que esperaba para matar al hombre que unos minutos antes tenía un puñal en la garganta de su mujer. Un hombre que había matado a una docena de sus soldados, hecho prisionero a su vasallo más valioso, que hizo que su escudero viviera en los establos con el ganado y raptó a su esposa teniéndola prisionera en una torre con la intención de casarse con ella. ¿Qué hombre haría cosas así?

Un hombre desesperado.

El hombre bajo él.

—Mataré a Elizabeth si no lo haces. Voy a huir, del mismo modo que ella escapó de mi, le cortaré la garganta y no...

Con un gruñido, Kieran hundió la espada en el pecho del hombre.

Los oscuros ojos del sajón le miraron fijamente. La sangre escapó por su boca, que momentos antes había dicho lo impensable.

Las exclamaciones de sus hombres y aldeanos resonaron sobre él, pero Kieran no sintió ninguna victoria.

Tenía las piernas temblorosas. Había perdido el control. Por primera vez en toda su vida había dejado que sus emociones sobrepasaran a su mente.



Cada parte de su ser había querido apresar a ese hombre para darle una muerte lenta y dolorosa, tal vez enviárselo al rey William como regalo. Sin embargo, cuando Richard dijo que mataría a Elizabeth, a su Elizabeth, la furia superó al raciocinio.

Agarró la empuñadura de la espada sacándola del cuerpo de Richard. Hugh estaba a su lado felicitándole, la sonrisa de Olivier mostraba su felicidad, aunque él quería, o mejor, necesitaba ver la expresión de solo una persona.

La multitud se apartó para dejarle que llegara hasta Elizabeth que se echó en sus brazos.

Kieran dejó caer la espada, abrazándola con fuerza, pegándola al máximo a su cuerpo, como si quisiera fundirse con ella.

—Gracias a Dios que estás bien —susurró ella contra su pecho— temí por un momento que...

—Estoy bien Elizabeth —murmuró, inhalando el suave olor de ella, agradeció a Dios por haberle dado esta mujer y este feudo. Había traído la cordura a su mundo y ahora solo quería quedarse solo con ella.

—¡Vamos a celebrar esta noche! —dijo Sir Hugh a la multitud y el rugido subió.

Dos caballeros se presentaron para coger el cuerpo de Richard.

— Qué hacemos con él, milord?

Elizabeth se apartó un poco y le miró a la cara.

Él se giró a sus caballeros.

—Lleven su cuerpo a las puertas de Langaer. Lleva tantos hombres como necesites. Ellos pueden enterrarlo. Enviaremos un mensaje al rey William sobre la traición de Richard y mandaré una solicitud personal para que sir Hugh tome su lugar como Lord de Langaer.

—¡Milord! —dijo Hugh con la mano en el corazón— no sé qué decir.

Kieran miró a Elizabeth que sonreía como una tonta, luego se volvió a su vasallo.

—Digamos que defenderás Langaer con tu vida.



— *Aye*, milord. Te lo prometo — dijo Hugh, con su vozarrón.

— Sir Hugh ahora me despido. — Se giró a Elizabeth tomándola de la mano — ven esposa, necesito tenerte entre mis brazos.

— ¿Que van a pensar todos, *milord*? — dijo ella tímidamente.

Él levantó una ceja.

— Que quiero mostrarle a mi esposa cuanto la necesito. Eso será... después de que tome un baño.

Sus ojos se iluminaron.

— ¿Le gustaría a milady bañarse conmigo?

La cogió de la mano dirigiéndose a la fortaleza.

— *Aye*, me gustaría.

Sus ojos resplandecientes de amor y pasión decían más de lo que las palabras jamás podrían.

Él la dio la vuelta, inclinándose sobre su boca, devorándola. Sus hombres vitorearon cerca.

— Te amo, milord — susurró Elizabeth contra sus labios, él se puso rígido. Ella se apartó lo suficiente para mirarlo a los ojos — Te amo, Kieran.

Escuchar las palabras hizo que su corazón latiera desbocado, pero escuchar el tono cariñoso junto con su nombre de pila lo hizo aun más dulce.

Sintiéndose incomodo e inseguro, principalmente con sus hombres alrededor, él apenas la sonrió. Entonces escuchó que alguien carraspeaba y sonaba muy parecido a Olivier.

— Te amo — dijo Kieran, las palabras salieron fácilmente de sus labios. Se dio cuenta que era la primera vez en su vida que decía algo así a alguien. Jamás había dicho esas palabras.

Su rostro se iluminó, los ojos buscaron su cara, como si estuviese buscando la verdad de sus palabras.

— Si milady. Has escuchado bien. Te amo, Elizabeth. Te amo — la puso ante él y se volvió a sus hombres — ¡Amo a Lady Elizabeth!



Un rugido resonó a su alrededor y levantó a Elizabeth en brazos. Ella se sujetó a su cuello y colocó la cabeza en su hombro. Él se apresuró hacia la fortaleza, andando con pasos rápidos. Esperando que Mary y las otras criadas ya hubiesen llenado la tina de madera con agua caliente, humeante, como era costumbre tras una batalla.

Dejó a Elizabeth en pie y ella sonrió tímidamente.

—No milady. No eres ninguna muchacha ruborizada.

Ella le dirigió una expresión de sorpresa y se rió.

Kieran se sentó cerca del fuego y le tendió una mano. La cogió y tiró de ella hacia su regazo. Se quedaron sentados allí, en silencio, observando el movimiento de las llamas. Él miró su perfil. Elizabeth se mordía el labio mientras miraba el fuego. Kieran se preguntaba que pensamientos rodarían por su cabeza. Viendo la señal que marcaba su cuello, se estremeció, sabiendo que le quedaría para siempre una pequeña cicatriz, como recuerdo del día de hoy. Sus brazos y tronco estaban llenos de cicatrices profundas, más grandes, de cuchillos, espadas y flechas, pero con gusto volvería a dejar que se las hicieran para quitarla el dolor que estropeó su carne perfecta. Bajó la cabeza y besó la herida, probando el sabor metálico de la sangre.

Ella se encogió.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Se siente bien con tus labios y lengua en mi cuello... —susurró señalando a las criadas que llenaban la tina.

Su pene se llenó de sangre, presionando contra ella. Deseaba que las mujeres se dieran prisa con el baño.

—¿Te gustan mis labios en tu carne?

Ella levantó las cejas.

—Sabes que sí.

—¿Qué es exactamente lo que te gusta? —le mordió el hombro, su lengua lamiendo desde la clavícula hasta el lóbulo de la oreja. Sus dientes rozaron el lóbulo, chupando suavemente, poniendo la lengua en la oreja.



Su respiración se aceleró, se sintió feliz porque ella disfrutara con su toque.

– Espera a que salgan – dijo Lizzie moviéndose en su regazo.

Él sujetó sus caderas con las manos y estiró las piernas abiertas hasta que ella montó uno de sus muslos. Lo levantó y notó que le costaba tragar saliva. Podía sentir el calor de su sexo contra él.

Con las criadas a su espalda, cambió un poco de posición, así no podrían verlos. Levantó una mano hacia el pecho de Elizabeth y acarició el pico a través del ligero tejido. Abrió más las piernas.

– ¿Te gusta esto? – murmuró con la respiración agitada, rozándole el pelo cerca de la oreja.

Ella asintió con la cabeza lamiéndose los labios.

La mano libre se posó en su estómago notando el endurecimiento de sus músculos bajo ella. Sus dedos descendieron, pasaron por el cinturón enojado hasta su sexo y el pequeño núcleo que crecía con su toque. Lo acarició sobre el suave tejido del vestido. Sonrió contra su cabello cuando ella contuvo la respiración y echó hacia atrás la cabeza, dejando la garganta expuesta a su contacto. Sus labios le recorrieron el cuello, deteniéndose en la pulsante vena allí. Apretó un poco más el pezón aumentando el ritmo y la presión de los dedos en su feminidad.

Ella gemía en voz baja y él sintió el latido familiar de su cuerpo contra su muslo. Ella giró la cabeza y le besó, silenciando su gemido cuando llegó al clímax.

Un momento después, aun temblando, se apartó un poco.

– Eres malvado.

Él sonrió, sintiéndose más vivo que nunca. Nunca había sabido que llevar a una mujer al orgasmo produjera tanto placer. Sabía sobre la auto satisfacción, sobre el momento y nada sobre la emoción. Pero el destino tenía un plan diferente en forma de Elizabeth y él era un hombre que había cambiado por ella.



Afortunadamente las criadas salieron rápidamente, cuando Mary cerró la puerta, Kieran puso a Elizabeth de pie. Ella se quedó delante del fuego, esperando que él se quitara las calzas y las botas.

Le llevó menos de un segundo. Su mirada lo recorrió lentamente, una mirada llena de pasión que le decía que su cuerpo la satisfacía. Sus labios se contrajeron cuando su miembro se elevó cobrando vida.

—Te deseo —dijo innecesariamente.

—Puedo ver eso —dijo ella, con una sonrisa perezosa en su rostro mientras se acercaba a él. Con los dedos extendidos sobre su pecho, los fue bajando por el estómago. Lentamente se puso de rodillas y envolvió las manos en la base de su polla. Sus calientes labios tomaron el miembro, introduciéndole profundamente en la boca. Su cabeza cayó hacia atrás y las manos se enredaron en los cabellos, empujándola más cerca, amando la sensación de las uñas hundiéndose en sus nalgas mientras ella lo acercaba más.

Lizzie chupó y lamió, rodeó la cabeza con la lengua una y otra vez, antes de introducirlo en la boca repetidas veces.

Necesitaba tomarla. Kieran la levantó quitándole el vestido antes de que ella pudiera parpadear. Lizzie miró la tina y después la alfombra frente a la chimenea. Viendo su mirada, la tumbó en la alfombra, poniéndose entre sus muslos.

—Te amo Elizabeth —le dijo, besándola al tiempo que la penetraba lentamente. Él gimió contra su garganta cuando su canal caliente lo rodeó.

Ella cerró los ojos dejando caer la cabeza hacia atrás.

—Elizabeth —susurró, ella abrió los ojos, el azul oscuro de ellos indicaba una pasión que conocía muy bien.

Kieran salió de ella, dejando a penas la cabeza del pene dentro. Frunció el ceño y se introdujo nuevamente.

Lizzie abrió la boca y lanzó un grito suave. Fue su perdición. Quería ir lentamente, pero no podía, y parecía que ella no se lo permitiría. Devolvía cada empuje furiosamente, su cuerpo agarrándolo y apretando, gritando su nombre al llegar al orgasmo.



La observó, maravillado con esta preciosa y apasionada criatura bajo él gimiendo su nombre. *Su mujer. Su esposa.*

Lentamente comenzó a penetrarla de nuevo, el sudor cubriéndole la frente, con el pene increíblemente rígido. Levantó la comisura de su boca y luego miró hacia abajo a la unión de sus cuerpos, observando cómo su miembro la penetraba.

Encontró la mirada de ella.

– Te amo Lizzie – la susurró y ella se quedó inmóvil.

– ¿Qué has dicho?

– Que te amo.

Ella sonrió.

– ¿Pero cómo me has llamado?

Kieran frunció el ceño cuando la miraba.

– Lizzie.

Ella se mordió el labio cuando las lágrimas llegaron a sus ojos.

– Me gusta que me llames así.

Lizzie no podía creer que Kieran hubiera susurrado su nombre. *Su nombre real.* El amor por este hombre la abrumaba, lo besó con todo lo que sentía por él, todo el amor y el deseo que había reprimido mientras Richard y él luchaban.

El sudor corría por su frente, sabía que estaba conteniendo su clímax por ella. Levantó las caderas aumentando el ritmo, él sonrió contra sus labios.

– Goza conmigo Lizzie. – susurró en su boca.

Ella le rodeó la cintura con sus piernas pasando las uñas por su hombros mientras él se impulsaba contra ella.

– Así Kieran, fóllame.

Con un gruñido, él se corrió. Derramó su simiente en su interior y un segundo después ella lo siguió con su canal apretado latiendo contra él en un orgasmo intenso, haciendo que su corazón y su cuerpo se estremecieran.



Kieran se puso de espaldas llevándola consigo. Le recorrió la espalda con la mano lentamente de arriba abajo. Besándole la cabeza.

– *Le vous aime de tout mon coeur, Lizzie* (Te amo con todo mi corazón)

Ella sonrió contra su pecho y miró esos bellos ojos azules.

– Yo también te amo con todo mi corazón, Kieran.

Fuera de la fortaleza, Betty sonreía, sabiendo que esa noche los Lores de de Aedelmaer habían concebido una heredera. La niña, más tarde, sería una joven de cabellos rojos y temperamento impetuoso a juego con el color de su pelo. Ella sería la primera de los muchos hijos que tendrían Kieran el Negro y Lizzie, su alma gemela.

Betty silbó feliz de ir camino de otra época, otro lugar y así poder ayudar a otra pobre alma que hubiera nacido en la época equivocada.

FIN.